



“Va a haber plata, pero no comida”: Relación campesino / naturaleza en la vereda La Aldea Parte Alta del corregimiento San Sebastián de Palmitas (Medellín)

Andrea Mejía Martínez

Trabajo de grado presentado para optar al título de Antropóloga

Asesora

Carolina Peña Padierna, profesional en antropología.

Co-asesora

Claudia Patricia Puerta Silva, PhD en Antropología social y etnología.

Universidad de Antioquia
Facultad de Ciencias Sociales y Humanas
Antropología
Medellín, Antioquia, Colombia
2022

Cita	(Mejía Martínez, 2022)
Referencia	Mejía Martínez, A. (2022). <i>“Va a haber plata, pero no comida”: relación campesino/naturaleza en la vereda La Aldea parte alta del corregimiento San Sebastián de Palmitas, Medellín.</i> [Trabajo de grado profesional]. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.
Estilo APA 7 (2020)	



CRAI María Teresa Uribe (Facultad de Ciencias Sociales y Humanas)

Repositorio Institucional: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia – www.udea.edu.co

Rector: John Jairo Arboleda Céspedes.

Decana: Alba Nelly Gómez García.

Jefe departamento: Sneider Hernán Rojas Mora.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

Agradecimientos

A todas las maestras y maestros que me presenta la vida, que me abren la mente y el corazón.

A mis vecinos y vecinas, y principalmente a Coco y Análida, que sin ellos, estas reflexiones no serían posibles.

A Caro, por permitirme explorar mis preguntas y sentimientos, enseñándome a autorizarme y crear dentro de la academia.

A mi familia, mis amigas y amigos, que siempre me acompañan.

Tabla de contenido

1. Introducción	11
1.1 Formas de estar e investigar: antropología de la vida campesina, ecología política y feminismo	15
1.1.1 Construyendo territorio: ecología política y de la agricultura	18
1.1.2 Ecología política feminista	19
2. Parte 1	21
2.1 Capítulo 1. Lo que comemos es naturaleza: la mirada antropológica a las categorías de sistema alimentario, campesino y naturaleza	22
2.1.1 Somos lo que comemos: Sistema alimentario	22
2.1.2 ¿Cómo entender la Naturaleza?: Relación Naturaleza/ cultura	25
2.1.3 Ecosistemas	27
2.1.4 Ser campesino y campesina	28
2.2 Capítulo 2. Desarrollo y comida: Mirada al sistema alimentario global y nacional	36
2.2.1 Del sistema alimentario global al nacional.	36
2.2.2 Impacto en los ecosistemas	43
2.3 Capítulo 3. Un pueblo por donde pasar: Configuración territorial de Palmitas	45
2.3.1 Caminos prehispánicos y coloniales. Fundación caserío: San Sebastián de La Aldea (1788-1900)	50
2.3.2 Construcción de la Vía al mar (1920– 1955)	51
2.3.3 Conexión vial Valle de Aburrá-río Cauca – Túnel Fernando Gómez Mejía.	53
2.3.4 Autopista al Mar 1	57
2.3.5 Autopistas para la prosperidad e IIRSA.	60
3. Parte 2	64
3.1 Capítulo 4. De la tierra al alimento: Sistema alimentario de La Aldea, Parte Alta	66
3.1.1 Sistema alimentario local	67

3.1.2 Producción. Siembra: suelo y semillas	68
3.1.3 Sostener y esperar	77
3.1.4 Comercialización– transporte-distribución	80
3.1.5 Transformación	81
3.1.6 Consumo	84
3.2 Capítulo 5. Territorialización desterritorializante: Agricultura, carreteras y saber experto en La Aldea	86
4. Parte 3	92
4.1 Capítulo 6. Entre el cuidado y la belleza: Construcción de territorio desde las mujeres	94
4.1.1 Feminismo, ecología y cuidados.	94
4.1.2 El alimento, las plantas y el jardín	98
4.1.3 Agua	101
4.1.4 Análida y la belleza	105
4.2 El cuidado como posibilidad para pensar un nuevo paradigma de relacionamiento.	110
Reflexiones finales	112
Referencias	115

Lista de figuras

Figura 1: Manos campesinas (2020)	29
Figura 2. Mujeres campesinas conversando sobre el agua (2020).....	32
Figura 3. Aprendiendo de la tierra y Coco (2020)	33
Figura 4. Las banderas rojas continúan hasta diciembre del 2020 (2020).	46
Figura 5. .Mapa de Medellín a San Sebastián de Palmitas.	47
Figura 6. La molienda de Jhon Fredy en La Aldea parte alta.(2020).....	49
Figura 7. La Aldea Parte baja vista desde La Aldea parte alta (2021).....	51
Figura 8. Vendiendo pandebonos en la vía (2021)	54
Figura 9. La ciudad se expande. Autopista al mar, San Cristóbal (2021).....	56
Figura 10. Casas en La Alde (2020).....	57
Figura 11. Gran intercambiador– glorieta, desvío a La Aldea. Autopista al Mar 1 (2020)	59
Figura 12. Estas son las dos entradas para vehículos a la vereda La Aldea Parte Alta por la Vía al Mar (2021).....	60
Figura 13. Mapa comparación de los proyectos de la IIRSA para Colombia y de los proyectos priorizados por el país.	62
Figura 14: Entre caña, plátano, cebolla y casas. Vereda La Aldea parte alta (2020)	67
Figura 15 .Coco (2020)	69
Figura 16. Tumbando monte (2020)	71
Figura 17. Retomando cultivo de café (2021).....	72
Figura 18. Café (2020)	73
Figura 19. Invernadero dotado por la Umata (2020).....	78
Figura 20. Desmonte y transporte de caña (2021)	81
Figura 21. Quesito. En la primera cuarentena obligatoria en 2020, se transformaban más alimentos para consumo propio y para venta en la vereda (2020)	82
Figura 22. Molienda (2020)	83

Figura 23. Conversando sobre el achiote (2020)	94
Figura 24. Reconociendo plantas medicinales silvestres con Rosa (2020).....	100
Figura 25. El jardín de Otilia y el jardín de Marta (2020)	100
Figura 26. Luceli recogiendo agua (2020)	102
Figura 27. Tanque de nacimiento de agua (2020).....	104
Figura 28. Sacando Agua para cocinar y tomar (2020)	105
Figura 29. Análida con un perro amigo (2020).....	108

Siglas, acrónimos y abreviaturas

BM	Banco Mundial
CECORA	Central de Cooperativas de la Reforma Agraria
EPF	Ecología Política Feminista
ETC	Grupo de Acción sobre Erosión, Tecnología y Concentración
FAO	Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura
ICA	Instituto Colombiano Agropecuario
IDEMA	Instituto de Mercadeo Agropecuario
IICA	Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura
IIRSA	Integración de la Infraestructura Suramericana
INCORA	Instituto Colombiano de la Reforma Agraria
OEA	Organización de Estados Americanos
SINAP	Sistema Nacional de Áreas Protegidas
SSP	San Sebastián de Palmitas
STACA	Servicio Técnico Agrícola
TLC	Tratados de Libre Comercio
UMATA	Unidad municipal de asistencia técnica agropecuaria

Resumen

En este trabajo busco entender las formas de relacionamiento entre los habitantes de la vereda–campesinos/as– y la naturaleza, en el marco del sistema alimentario. Para ello indago con habitantes de la vereda La Aldea parte alta, del corregimiento San Sebastián de Palmitas, de la ciudad de Medellín acerca de su alimentación, sus concepciones y prácticas en las que pueden identificarse las formas de relacionamiento con la naturaleza y el territorio.

Para este propósito, se tienen en cuenta las conexiones temporales y espaciales que forman parte de las articulaciones y configuraciones locales con marcos nacionales y globales.

Me sitúo desde una antropología que no sólo observa las poblaciones humanas y sus relaciones entre sí, sino también la relación de sus entramados culturales con la –naturaleza: las relaciones, impactos y formas de apropiación de los ecosistemas, desde un enfoque ecológico y particularmente de la ecología política– feminista.

Palabras clave: campesino, naturaleza, San Sebastián de Palmitas, territorio, mujer campesina, sistema alimentario, cuidado.

Abstract

The present work is situated in the higher part of la vereda La Aldea, of the corregimiento of San Sebastián de Palmitas, of the city of Medellín. This work looks for understanding the given ways of relationship between the farmers and nature, focusing in the food system. In this respect, I wonder, depart from the configuration of the local food system, what are the forms of relationship with nature and the territory of the population of the vereda La Aldea.

For this purpose, temporal and spatial connections are taken into count, articulating local configurations with national and global frameworks.

I stand from an anthropology that not only looks at the human populations and their relationships with each other, but also the culture-nature relationship: the relationships, impacts and ways of appropriations of ecosystems, from an ecological perspective and particularly from a feminist-political ecology.

Key words: Farmer, nature, San Sebastián de Palmitas, territory, peasant woman, food system, keeping

1. Introducción

Quizás todo empezó con las hormigas: hace 3 años llegaron a mi habitación como un gran ejército apropiándose de todo, de todo de lo que el cemento y yo nos habíamos apropiado antes. Las hormigas me enseñaron que soy naturaleza, parte de ella, una especie más, que puede crear desequilibrios, transformaciones y muerte. Con las hormigas he peleado, alegado, llorado, he entendido los desequilibrios ambientales, las consecuencias innegables de una lógica que nos va permeando a todos, una lógica que omite la vida y la diversidad, que destruye los suelos, los cuerpos y los espíritus, que crea monocultivos, como bien lo dice Vandana Shiva en monoculturas de la mente.

Pensé y realicé mi trabajo de campo en tiempos de pandemia a causa de la Covid-19 (2020-2021), sentada bajo el sol, con gorra, botas de caucho y azadón en mano. Reflexioné viendo a mis vecinos trabajar, hablarme de los precios bajos de los productos, de la preocupación por lo que vendrá y de la bondad de vivir allí y no aguantar hambre, me atravesó el cuerpo ver el hambre injusta de la ciudad, la espera del crecimiento de una planta, las conversaciones sobre los agroquímicos y llorar por los pequeños bosques cada vez más pequeños de la vereda.

Antes de quedar confinada en La Aldea, mi interés era por la minería en Cerro Rico, Bolivia pero, ante la imposibilidad de viajar cambié el tema en abril del 2020. Hice mi trabajo de campo en medio de la transición a “la normalidad”: el mundo virtual, los afanes de la vida personal, la vuelta a la vida cada vez más precarizada y los cambios en la vereda que genera la gran infraestructura vial a ritmos veloces.

Pensar el sistema alimentario de la vereda fue gracias a las conversaciones con Jorge, o más conocido como Coco, un vecino amigo que en la cuarentena nos acompañó y enseñó a sembrar, nos guió, nos contradijo, anduvimos juntos la vereda. Coco me enseñó que nada es blanco y negro y que, al campesino, sin idealizar, hay que agradecer; a su vez, motivó las preguntas por las formas de hacer agricultura, las imposiciones y las resistencias a modelos hegemónicos globales.

Así, mi pregunta empezó por pensar la agricultura y el hambre. Primero, con el llamado instintivo de la tierra, a poner mis manos en las raíces de las plantas, a observar su color, aroma, forma; a observar los ciclos y ritmos naturales. La pregunta pasó por mi cuerpo y mis sentimientos. Además de esto, las conversaciones y aprendizajes de la práctica del sembrar con Coco, sus

conocimientos y trabajo sumados a las condiciones materiales que se vivían en la cuarentena, me ayudaron a definir que quería escribir mi proyecto de trabajo de grado en la vereda y sobre la vida en la vereda.

Inicié preguntándome por el hambre, luego por el metabolismo social de la vereda. La pregunta fue mutando hasta que me encontré con la necesidad de entender lo que hay detrás de lo que tanto me duele: cuando se talan los bosques, cuando las aguas se secan y se contaminan, cuando las hormigas se comen las plantas, cuando los alimentos vienen cargados de químicos, cuando la tierra ya no es fértil, cuando veo las jornadas, el trabajo y las condiciones difíciles de campesinas y campesinos y las pocas alternativas para vivir con más dignidad.

¿Cómo es posible que aquellas personas que saben sembrar el alimento, que son quienes pueden proveernos, tengan condiciones de vida tan complejas? Y contradictoriamente –pensaba– ¿cómo es posible que ellos, campesinos, no tengan una relación más “saludable” con la naturaleza? Finalmente, comprendí la íntima relación de la destrucción de la vida con las condiciones socioeconómicas que se han impuesto durante décadas en este territorio, a partir de la relación establecida con el sistema alimentario global y la ubicación estratégica de este lugar en relación con el desarrollo de la infraestructura vial en el país.

De esto, surgió entonces el argumento central que guió mi trabajo: la agricultura carga unas lógicas ontológicas de relacionamiento y existencia en el mundo, unas formas específicas de habitar un territorio, de conocerlo, acercarse y relacionarse en él, y en ese sentido, las formas convencionales hegemónicas de la agricultura, por medio de diferentes dispositivos, imponen su ontología y transforman la cultura, la vida cotidiana, las prácticas campesinas, el relacionamiento con la naturaleza y el territorio, así como generan cambios y afectaciones a los ecosistemas.

Pensar en la comida y los procesos políticos que hay detrás de ella me permiten pensar el mundo y a nosotros en él, así como cuestionar las relaciones naturaleza-cultura que en este caso se expresan en la relación naturaleza– campesino.

En medio de la investigación, aparecieron preguntas por las mujeres; su voz no estaba muy cerca de mis preguntas iniciales, parecía que dentro del sistema alimentario y particularmente en la agricultura, ellas no tuvieran mucho por decir y con esto, me lo decían todo. Surgió la importancia de comprender las diferentes construcciones de territorio y de relacionamiento que se crean entre hombres y mujeres. Sin pretender hacer un estudio que profundice en preguntas propias de los enfoques de género o las teorías feministas, el hallazgo principal de este trabajo en lo local

fue las formas diferencias de construcción del territorio entre hombres y mujeres de esta vereda. Sin intención en caer en dicotomías y esencialismos, la pregunta por la relación de la mujer con el territorio se vuelve urgente y llena de respuestas y alternativas a considerar, como lo expondré más adelante.

La Aldea es una vereda ubicada a 30 minutos de Medellín, pasando el Túnel de Occidente, la atraviesa la Autopista al mar, una carretera que pronto será doble calzada y comunica a Medellín con el mar; su construcción y puesta en marcha ha transformado las dinámicas sociales, culturales y económicas de los pobladores. Esta vía, separa La Aldea en dos: La Aldea parte baja, donde se encuentra el centro poblado de la vereda, y La Aldea parte alta, donde se enfoca esta investigación y me encuentro escribiendo.

Yo no soy de aquí, pero vivo hace cuatro años compartiendo territorio con mis vecinos, la mayoría de ellos campesinos nacidos en estas montañas empinadas, pintadas con cebolla, café y caña. Durante la primera cuarentena obligatoria en el 2020, los vaivenes del sistema alimentario –entendido de manera simple como los flujos y rutas de producción, consumo y desecho de los alimentos–, provocaron inestabilidad constante en el sustento del campesino; la variación de precios, la disminución de lugares para jornalear y la falta de compradores de los alimentos obligaron activar distintas estrategias para subsistir.

La cuarentena, dejó claro que la producción campesina se encuentra en vilo. El sistema alimentario hegemónico ha ocasionado pérdida de autonomía local y soberanía alimentaria, a su vez desastres ecológicos y sociales, a tal punto que ahora es necesario y apremiante pensar en alternativas y en otras formas de organizarnos para alimentarnos.

Algunos vecinos bajaban por la vereda repartiendo cilantro, col, guineo, cebolla, panela, arepas y, a cambio, recibían algo de lo que el otro tenía sembrado en casa o transformaba. En su momento, no había hambre, incluso había más ayudas que en tiempos normales... no había hambre, pero sólo de comida no se vive.

La sociedad se ha organizado de una manera extraña, ilógica, sin sentido –pensaba yo– mientras tanto, mis vecinos me enseñaban a sembrar comida, a compartir tardes de historias, mientras yo –por mi parte– alegaba por el uso de agroquímicos, buscaba intercambiar semillas con ellos, aprender por otras vías sobre agroecología y permacultura e intentar transmitir un poco de estos conocimientos, sin mucho éxito. Las lógicas tan diferentes de cómo entendíamos la naturaleza se hacían también muy evidentes. Mientras el pensamiento de mis vecinos agricultores

estaba en la tierra, en el alimento, en el cultivo, y en todas las dificultades y condiciones para poder sobrevivir con la agricultura; mi pensamiento estaba en los bosques, en el agua, en la vida, en la preservación y el disfrute de estos.

Caminar la vereda revela un orden de relaciones que se han establecido aquí de diferentes formas y desde hace mucho tiempo: no hay casi árboles, hay sólo pequeños parches de bosques nativos, hay muchos cultivos: de caña, cebolla junca, café y algunos otros pequeños que van acompañando los caminos: plátano, yuca, maíz, frijol; hay jardines muy bonitos; tierras muy arcillosas y amarillas; hormigas, muchas hormigas; y ahora, muchas casas y ruido. También hay personas muy amables, con sonrisas y saludos siempre, mujeres que bajo risas nerviosas guardan la historia de la vida campesina, hombres de trabajo duro, manos con callos, espaldas cansadas.

Caminar la vereda hace visible lo innegable: el sistema alimentario repercute directamente en los ecosistemas y en las relaciones que se tejen alrededor de la naturaleza. Para que los alimentos se conviertan en un plato de comida en nuestra mesa, hay una larga cadena de personas, acciones, vínculos y usos de la naturaleza detrás que lo hacen posible. Esa cadena está determinada por muchas variables que en la mayoría de los casos no tenemos en cuenta al comer, pero pensar en la comida, de dónde viene, cómo se produce, cuáles son las relaciones que existen detrás de ella, nos puede ayudar a entender algunas formas de organización de la sociedad; Mónica Di Donnato dirá al respecto que “un alimento no es sólo un alimento, sino un sistema complejo de múltiples flujos físicos interconectados y con múltiples impactos a diferentes escalas” (Donato, S/f, p. 359)

Yo parto de la búsqueda de entender las formas de relacionamiento entre los habitantes de la vereda –campesinos– y la naturaleza, en el marco del sistema alimentario. En este sentido, me pregunto, a partir de la configuración del sistema alimentario local, ¿cuáles son las formas de relacionamiento con la naturaleza y el territorio de los campesinos y campesinas de la vereda La Aldea parte alta del corregimiento San Sebastián de Palmitas de Medellín?

De esta manera, propongo una mirada desde una antropología que no sólo mire las poblaciones humanas y sus relaciones entre sí, sino también la relación cultura-naturaleza: las relaciones, impactos y formas de apropiación de los ecosistemas, desde un enfoque ecológico y particularmente de la ecología política feminista, pues me permite preguntarme por las prácticas y percepciones que me acercan a entender, en su complejidad, los relacionamientos y sus dimensiones política, económica y epistemológica.

Para este propósito, mi objetivo es analizar, a partir de la configuración del sistema alimentario local, las formas de relacionamiento con la naturaleza y el territorio de los campesinos y campesinas de la vereda La Aldea parte alta del corregimiento San Sebastián de Palmitas (de ahora en adelante SSP) de Medellín.

En tiempos de crisis como los que estamos viviendo –crisis económica, social, política, ambiental, ontológica– pensar la relación con la naturaleza, la agricultura y el alimento, podría permitir concebir alternativas al desarrollo, a la lógica moderna/colonial. Permite ver, en los entendimientos de lo local, las matrices de poder global y las estructuras que son necesarias desentrañar para generar transformaciones que busquen otros relacionamientos con la vida.

A su vez, a partir del análisis de los sistemas alimentarios locales, podemos seguir trayectorias de actores, situaciones y relacionamientos, que puedan dar luces sobre otras posibilidades para los pobladores locales, en la búsqueda de vidas dignas que estén en consonancia con la naturaleza y sus ciclos.

1.1 Formas de estar e investigar: antropología de la vida campesina, ecología política y feminismo

Durante este proceso, me he cuestionado una y otra vez sobre las formas de hacer antropología e investigar, ¿cómo se hace? ¿Qué es realmente la etnografía? ¿Cómo posicionarme en una investigación donde yo soy parte del sujeto de estudio, donde yo soy habitante de la vereda, donde son mis vecinos –y algunos de ellos, amigos– con quienes hablo?

Durante mi formación académica, el trabajo de campo ha surgido siempre como un ideal de lo que queremos llegar a hacer, nos han mostrado el “trabajo de campo” como aquel momento-espacio donde salimos en busca del Otro, incluso a veces la diferencia radical, lo lejano, lo extraño. Esperamos ir en un viaje casi fantástico, como los descritos por Malinowski o Lévi-Strauss, desplazarnos a tierras lejanas para develar algo que no somos. Sin embargo, las reflexiones antropológicas más recientes cada vez nos presentan un panorama diferente: podemos hacer antropología del opresor, de lo hegemónico, de nuestra sociedad, del mismo estado, de nuestras familias, de nosotras mismas. Y ahora, cada vez más, es necesario hacerlo.

Hay que cuestionar nuestra propia cotidianidad, nuestros valores, pensamientos y lógicas, y esto no es sencillo; allí aparecen dudas, miedos y preguntas, porque nos estamos cuestionando

nuestra propia existencia y la veracidad de ella, sin embargo, a su vez, nos estamos abriendo a la posibilidad de conocer otras formas de tejer y comprender el mundo y la vida. Esto me permite entender que nuestra construcción de la realidad es también parte de una construcción cultural más, que no es la única ni debe ser la referencia de lo “real” y lo verdadero.

Parto entonces, de ver la etnografía como método, entendiéndola como conocimiento situado, que busca principalmente acompañar a la investigación antropológica, que, siguiendo la idea del antropólogo Tim Ingold, debe buscar

abrir un espacio para una indagación generosa, abierta, comparativa, y sin embargo crítica de las condiciones y potencialidades de la vida humana. Es unirse con la gente en sus especulaciones acerca de cómo pudiera o podría ser la vida, fundamentados en un profundo entendimiento de cómo es la vida en tiempos y lugares particulares (Ingold, 2015, p. 2)

Aquí, enfoco la etnografía no sólo como un conjunto de instrumentos y herramientas para la obtención de información, sino también como un enfoque de investigación y una mirada para el análisis y el entendimiento de la realidad.

Viví mi trabajo de campo, entre el poner límites a mi vida personal y mi vida académica; para darme cuenta de que la vida campesina se conoce haciendo: en el diario vivir, en las prácticas más cotidianas, en la comunicación con el otro y principalmente, en el trabajo. No sólo se explora a través de entrevistas o técnicas como la cartografía social o las líneas de tiempo, se explora desde la conversación, desde la charla matutina o el caminar entre caña, desde ir a tomar guarapo cuando muelen, o trabajar la tierra antes de que caiga el sol. Se conoce y se comprende desde el hacer, desde el trabajo que las manos campesinas muy bien conocen, y donde se condensa constantemente un conocimiento arraigado y formas particulares de entender el mundo.

Con Juan Sebastián Anzola (2017) conocí la Antropología de la vida campesina y esta me permitió comprender el hacer antropología en estos espacios: donde la vida, el conocimiento y el trabajo están íntimamente relacionados. Alberto Arce y Flavia Charão-Marques (2022) me abren las puertas para pensar la interacción entre los actores, las materialidades y la construcción de territorio en el marco de los procesos del desarrollo. Y mis interlocutores, vecinos y amigos me han enseñado que se aprende de lo cotidiano, del hacer, del caminar, del trabajar, de ver las manos destruidas por arar la tierra y sembrar, las ojeras por no tener para comer, los cuerpos fuertes pero agotados de trabajar desde niños, los conocimientos sobre los ciclos naturales, sobre las plantas medicinales, sobre cómo coger las herramientas que nos dan la comida.

Me desprendí de la idea de que el trabajo de campo se hace sólo por medio de entrevistas, de observar al otro o grandes procesos, y me apego a la vida cotidiana, a lo que se dice, se calla y lo que se percibe.

A su vez, el feminismo como acción de vida, teoría y metodología, sugiere una mirada que tenga en cuenta lo que dicen los sentidos y emociones, la dimensión de lo político desde la intimidad y los cuerpos, y la capacidad de reflexionar los procesos que suceden en mi a la hora de investigar.

En este sentido, esta investigación se realizó en medio de charlas cotidianas, recorridos territoriales, trabajar en conjunto la tierra, entrevistas semiestructuradas y observación de lo que iba sucediendo en la vereda. Las observaciones las realicé entre el 2020 y el 2021. El registro de lo observado y pensado lo hice en diarios de campo, grabaciones y cámara fotográfica, además, durante el 2020 en el curso de Antropología Política con la profesora y asesora de esta tesis Carolina Peña Padierna, elaboré un pequeño corto documental “somos lo que comemos” sobre las primeras preguntas relacionadas con el alimento y el campesino, que fueron las que dieron paso a este trabajo. El registro de este corto sirvió a su vez para desarrollar esta investigación.

La escritura la realicé entre los años 2021 y 2022, para esto, tuve estadías fuera de la vereda, para ver con mayor claridad los análisis y reflexiones que surgieron en los meses de pandemia. Para el proceso de análisis y escritura, las conversaciones en el marco del “Laboratorio de etnografía política”¹ fueron importantes para situarme y proponer una escritura creativa que busque otras formas de comunicar desde la academia y que, a su vez, tenga en cuenta mis experiencias personales, la voz de mis interlocutores y el para quién escribo.

Este trabajo se divide en 3 partes: en la primera parte, expongo los conceptos principales que utilicé; después presento una revisión del sistema alimentario, que conecta históricamente los programas, proyectos y lógicas desde lo global a lo nacional, para así, articular lo que sucede en la vereda y situarla en dinámicas espaciales más amplias, centrándome en la relación con la infraestructura vial que se vuelve central para comprender las transformaciones socioespaciales en la vereda; finalmente reflexiono sobre el ser campesino y la relevancia de hablar sobre el mismo.

En la segunda parte de este trabajo, analizo el sistema alimentario local, por medio de algunas de sus etapas: siembra, producción, comercialización-transformación y consumo; me

¹ Este laboratorio es una iniciativa de la docente Carolina Peña y está conformado por estudiantes que en su mayoría están en proceso de escritura de sus trabajos de grado.

centro en el proceso de la agricultura; al finalizar esta segunda parte, propongo la desterritorialización como tal vez el principal proceso de configuración del territorio en desarrollo esta vereda.

En la tercera parte, exploro la relación de las mujeres campesinas-rurales con el territorio y la naturaleza en la vereda, para esto, me posiciono desde la ética de los cuidados, y tengo en cuenta su participación diferencial en el sistema alimentario local y las otras formas de habitar y hacer el territorio, como es su relación con las plantas medicinales, el jardín, el agua y el alimento.

1.1.1 Construyendo territorio: ecología política y de la agricultura

Desde hace unos años he sentido particular interés por las apuestas de la ecología política latinoamericana; en esta investigación me sirvo de sus aportes, particularmente, de las reflexiones del sociólogo Omar Felipe Giraldo (2018) sobre la ecología política de la agricultura.

La ecología política es un campo inter y transdisciplinar que toma en cuenta las relaciones que se establecen entre humanos y entre humanos y no humanos. Las relaciones de poder en torno a la naturaleza están atravesadas por diferentes jerarquías y asimetrías en múltiples dimensiones, entre estas, la construcción imaginaria y simbólica.

Posicionarme teóricamente desde la ecología política latinoamericana me permite comprender las relaciones de poder, los conflictos, negociaciones y disputas que se dan en torno a la agricultura, no sólo a niveles macro, sino también en lo local, donde las jerarquías y disputas se dan en lo económico y social, pero también en lo ambiental, epistemológico y ontológico.

No todos nos vinculamos de la misma manera con la naturaleza y no a todos nos afectan de la misma manera los conflictos ambientales. La ecología política latinoamericana comprende entonces que muchos de los conflictos sociales que se libran en la actualidad, son, en sus bases, conflictos ambientales: disputas por el acceso, la distribución o las formas de entender y relacionarse con la naturaleza.

Por otra parte, la ecología política permite comprender cómo estas relaciones de poder atraviesan los cuerpos y los territorios, y que la crisis civilizatoria que vivimos,

no es un problema que se derive de haber desatendido la naturaleza en los cálculos del desarrollo, sino que es un síntoma de los símbolos dicotómicos modernos, que incluyen la separación sujeto y objeto, naturaleza y sociedad, individuo y comunidad, mente y cuerpo, razón y emociones, de los cuales se derivan el individualismo, la fe en el progreso y nuestra

auto-percepción antropocéntrica por la cual concebimos las urdimbres de la vida como vulgares recursos disponibles para nuestros afanes explotadores (Giraldo, 2018, p. 42)

Me posiciono desde la crítica que hace la ecología política a la modernidad y al desarrollo, entendidos como el “sostén desde el cual se entienden las relaciones entre el capital, la cultura y la naturaleza, y los dispositivos puestos en marcha para el control territorial y las corporalidades que habitan en diversos espacios.” (Giraldo, 2018, p. 12)

Por otra parte, al analizar el trasfondo cultural del desarrollo agrario y del sistema alimentario hegemónico a lo largo de la historia, podemos dar cuenta

cómo el sistema crea activamente los “cuerpos dóciles” necesarios para hacer posible que la naturaleza pase de ser el espacio-vida al cual pertenecemos como seres bióticos, para convertirse en una mercancía que se transa en términos de los valores del mercado (Leff, 2004), y en donde el gran capital, en connivencia con el Estado, decide sobre la vida en un proceso que coincide con la muerte.” (Giraldo, 2018, p. 12)

De esta manera, el análisis de la ecología política considera las relaciones más allá de lo social, comprendiendo las relaciones con la naturaleza y el territorio desde las prácticas, las percepciones, lo simbólico, lo epistemológico, lo ontológico y partiendo de una visión amplia de lo político, que tenga en cuenta las vidas diarias, los conocimientos propios y los cuerpos.

1.1.2 Ecología política feminista

En los inicios del siglo XXI, dentro de la ecología política, se da una apertura a temas y debates transversales sobre las relaciones de género, lo que ha llevado a la construcción de una metodología y crítica feminista, consolidando un campo específico dentro de la ecología política, llamado Ecología Política Feminista (EPF).

Esta perspectiva pone sobre el escenario las posturas feministas y de género, proponiendo en su diversidad, análisis con una visión amplia de lo político, la sociedad civil, la historicidad, y las discusiones acerca situaciones específicas y conocimientos particulares; trasciende el marco de la institucionalidad para acceder al análisis de las prácticas diarias, a lo privado, al cuerpo y las relaciones ambientales.

La ecología política feminista es un conjunto de conocimientos con diversas trayectorias, que tienen en común algunos elementos asociados a “las críticas de los procesos patriarcales de

construcción de desigualdades hacia las mujeres y la naturaleza, y la imposición de desigualdades de género. De igual manera, las EPF cuestionan las dinámicas capitalistas y neoliberales de hoy” (Ulloa, 2020, p. 97)

Basándome en la antropóloga Astrid Ulloa (2020) que recopila los elementos comunes en las diversas propuestas dentro de la ecología política feminista, subrayo los siguientes:

- La urgencia de pensar las epistemologías y “deconstruir los dualismos modernos, para generar en última instancia nuevas metodologías que incluyan a los no-humanos” (Ulloa, 2020, p. 97)

- “La necesidad de conocimiento situado para analizar las diversas trayectorias ubicadas histórica y espacialmente” (Ulloa, p. 97) haciendo parte del análisis el conocimiento local, los sentidos territoriales, las subjetividades, las identidades y las prácticas en torno a la naturaleza en contextos particulares.

- La búsqueda “la descolonización de las imposiciones coloniales, como las formas específicas de producir conocimiento, y las nociones de naturaleza y género como categorías únicas, que se encuentran sujetas a relaciones de poder desiguales.” (Ulloa, 2020, p. 97)

- “La generación de alternativas al desarrollo y reconocimiento o generación de otros modos de vida basados en la defensa de la vida, con el fin de presentar alternativas al capitalismo neoliberal y al patriarcado, que están conectadas a una crítica del modelo de desarrollo económico.” (Ulloa, 2020, p. 98)

De esta manera, en esta investigación me acompaño de los aportes de la ecología política latinoamericana feminista para comprender las dinámicas locales, desde una mirada que no omita las prácticas y preguntas diferenciales entre mujeres y hombres, que tenga en cuenta los ámbitos públicos y privados, así como las propuestas de alternativas que surgen desde las formas diferentes de construir territorio.

A su vez, me cuestiono sobre las formas de producción de conocimiento, lo que me impulsa a situarme y compartir la voz de mis interlocutores, a tomar en serio sus posturas y propuestas que nacen a su vez, de las prácticas cotidianas.

2. Parte 1

En esta primera parte, expongo una revisión de los conceptos principales que utilicé para este trabajo. Presento una revisión del concepto de sistema alimentario, que conecta históricamente los programas, proyectos y lógicas desde lo global a lo nacional, para así, contextualizar la vereda y situarla en marcos espaciales más amplios, centrándome en la relación con la infraestructura vial que se vuelve central para comprender las transformaciones en la vereda; finalmente reflexiono sobre el ser campesino y la relevancia de hablar sobre éste. El sistema alimentario, la infraestructura vial del desarrollo, el ser campesino y esta vereda, están íntimamente conectados y el análisis permite verlo. Para comprender los procesos locales en su complejidad, se exige una mirada en perspectiva histórica y a su vez escalar.

Las decisiones y procesos globales se presentan en lo local con múltiples dinámicas y contradicciones, esta transferencia de las decisiones no son procesos lineales ni estáticos, por el contrario, son la suma de muchas interacciones, actores, tensiones y respuestas, que van configurando lo local en el presente.

2.1 Capítulo 1. Lo que comemos es naturaleza: la mirada antropológica a las categorías de sistema alimentario, campesino y naturaleza

2.1.1 Somos lo que comemos: Sistema alimentario

Me pregunto por el sistema alimentario, visto como un sistema complejo, una asociación de componentes que están interactuando constantemente; una cadena de personas, actores, actividades, conocimientos, hábitos, que dan como resultado la producción, transformación, distribución y consumo de los alimentos, así como su desecho. Sosteniendo el sistema alimentario, se encuentran epistemologías y ontologías que pueden ser analizadas y leídas de manera general, en el sistema alimentario global, pero también de manera particular, en territorios y contextos específicos.

El sistema alimentario como categoría ha sido utilizado desde diferentes ámbitos. Por un lado, enfoques institucionales que buscan la intervención por medio de planes, programas y proyectos; entre estos se encuentra principalmente la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura FAO; por otro lado, en la academia diferentes enfoques desde la ciencia política, la economía, las ciencias de la salud, la ecología y la antropología han usado esta categoría.

Con respecto al enfoque institucional, se encuentra que la FAO, define sistema alimentario como:

La suma de los diversos elementos, actividades y actores que, mediante sus interrelaciones, hacen posible la producción, transformación, distribución y consumo de alimentos. Cabe resaltar que durante las transformaciones, transacciones e interacciones producidas en el sistema alimentario, puede identificarse una serie de actividades interrelacionadas, a las cuales se va añadiendo o disminuyendo valor sucesivamente, desde la gestión de los recursos naturales y la biodiversidad hasta la gestión de las pérdidas y desperdicios de alimentos (FAO, 2017, p. 4)

Esta categoría se lee usualmente de la mano de la noción de seguridad alimentaria; una apuesta que abandera esta institución a nivel global y que está enfocada en el acceso, la disponibilidad, la calidad y la inocuidad de los alimentos. Por otro lado, las condiciones de los

pequeños agricultores y los impactos y relaciones ambientales no son muy consideradas; en esta forma de entender el sistema alimentario predomina una visión económica, resguardada en la búsqueda de inocuidad y calidad de los alimentos, donde se hace evidente la visión de la naturaleza como recurso y la necesidad de su gestión.

Esta definición propone que pueden existir múltiples sistemas alimentarios en un mismo país, y que “todos los sistemas alimentarios están interconectados y la suma de ellos constituye un sistema alimentario global” (FAO, 2017, p. 5)

Esta visión ha sido la base para múltiples estudios que sustentan intervenciones a nivel mundial, principalmente en países “en desarrollo”. Esta concepción del sistema alimentario omite el carácter político, histórico, socioeconómico, cultural y simbólico que se entreteje alrededor de la alimentación y que repercute tanto en la economía y la vida cotidiana de las comunidades, como en los ecosistemas.

Dentro de los estudios revisados, son pocos los que proponen una mirada del sistema alimentario desde las interacciones humano-naturaleza, entre ellos se encuentra un artículo escrito por Gómez (2010) y otros autores, donde proponen entender el sistema alimentario como “un conjunto de actividades y resultados que van desde la producción directa hasta el consumo de los alimentos, lo cual implica tanto la dimensión humana como la dimensión ambiental. El objetivo básico de estos sistemas es la seguridad alimentaria.” (Gómez, 2010, p. 74)

Estos autores proponen una mirada enfocada desde lo ambiental y las interacciones biogeofísicas, para plantear la importancia del estudio del sistema alimentario desde la transdisciplinariedad, y tener una mirada amplia de la que hagan parte las interrelaciones humano-naturaleza: el autor hace énfasis en el cambio climático y cómo este afecta y se agrava por el sistema alimentario actual. Sin embargo, su enfoque no se aleja de la concepción economicista de la FAO, pues parte de ver la alimentación y los suelos como servicios ecosistémicos o ambientales, los cuales “constituyen todos aquellos beneficios que la población obtiene de los ecosistemas” (FAO, 2017, p. 77) y, por tanto, plantea la necesaria “gestión ambiental” de los “recursos naturales” que hacen parte del sistema alimentario.

Desde la ecología de la alimentación, “la mayor parte de los trabajos que han aparecido en literatura han hecho análisis indirectos sobre los requerimientos energéticos o materiales o sobre las emisiones de gases de efecto invernadero de la alimentación” (Donato, S/f, p. 359), así, muchos estudios desde la visión ecológica se basan en el impacto ambiental en términos de requerimientos

energéticos o el impacto relacionado con el comercio de alimentos y las pautas de consumo alimentario, en términos territoriales (huella ecológica).

Dentro de la ecología humana, la antropología biológica ha estudiado la interrelación del sistema alimentario con los ecosistemas desde tres puntos: 1) desde el ambiente físico, estudiando las interrelaciones plantas-animales y la identificación de los recursos alimentarios. 2) desde lo socioeconómico (producción y circulación de alimentos), pensando las estrategias de adaptación al sistema alimentario. 3) Efectos biológicos sobre el humano, que se basa en las necesidades energéticas y nutritivas de las poblaciones. (Cresta, s/f)

Bajo estas perspectivas, el análisis se ha centrado en la descripción y estudio desde lo biológico, nutricional, tecnológico, energético, adaptativo y económico, dejando de lado las particularidades simbólicas, culturales, socioeconómicas y principalmente políticas.

Desde la antropología de la alimentación, surgen perspectivas interesantes que parten de los cambios y cuestionamientos a los estudios clásicos de la alimentación que buscaban obtener insumos para la “colonización del paladar”. Estas críticas permitieron el desarrollo de análisis de problemas alimentarios que tienen en cuenta las dimensiones políticas y socioculturales de la alimentación que, además, se preguntan por las “diversas concepciones del fenómeno en el propio seno de la sociedad occidental contemporánea” (Carrasco, 2004, p. 93) que traen consigo un componente político que es necesario develar.

Desde la antropología se abre la posibilidad de:

Un análisis de la interrelación entre los ámbitos biológicos y sociales, y un campo para la puesta a prueba de los contrapuntos monistas y dualistas entre la naturaleza y la cultura. [...] permite evidenciar la articulación ontológica existente entre los sistemas de poder, los simbolismos de la comida y todos aquellos aspectos que las políticas alimentarias implican en tanto cualidades sensibles, propiedades tangibles y atributos definatorios (Carrasco, 2004, p. 95)

Por su parte, la politóloga Natalia Campos, propone el sistema alimentario como “asociaciones de componentes que interactúan constantemente, los sistemas constituyen la base de las más primordiales formas de organización de la vida humana. Los sistemas alimentarios no son solamente sistemas, son sistemas complejos” (Campos Delgado, 2016, p. 1).

En este sentido, la visión del sistema alimentario como un sistema complejo lleva al análisis desde nodos que conforman una red de interrelaciones entre humanos y humanos-no humanos,

constantes que muchas veces no son dependientes la una de la otra, que pueden coexistir y transformarse continuamente, y que tiene un carácter político fundamental.

Retomando la antropología de la alimentación, se propone que al entender:

el acto alimentario como hecho social total deja de ser un puro comportamiento y se concibe también como un valor y un hecho de conciencia y de poder. Esta perspectiva permite realzar el sentido político de la alimentación humana, y pretende superar la ignorancia intervencionista ante la complejidad del fenómeno (Carrasco, 2004, p. 84)

De esta manera, parto de la búsqueda de entender las formas de relacionamiento, simbólicas y de poder, que se dan entre los campesinos de la vereda y el territorio a través del sistema alimentario. Me propongo una mirada desde la antropología que no sólo conciba a las poblaciones humanas y sus relaciones entre sí, sino también la forma en cómo se expresa la relación dual cultura-naturaleza: las relaciones, impactos y formas de apropiación de los ecosistemas, para preguntarme por las prácticas y percepciones que me lleven a entender en su complejidad los relacionamientos y el por qué político, económico, epistemológico e incluso ontológico de los mismos.

La pregunta no es por el sistema alimentario, más bien, el sistema alimentario es el vehículo que me permite acercarme a la relación del campesino con la naturaleza. La pregunta es por la relación con el territorio y la vida en un contexto específico: San Sebastián de Palmitas.

2.1.2 ¿Cómo entender la Naturaleza?: Relación Naturaleza/ cultura

Para pensar en la idea de naturaleza, es necesario pensarla como una construcción social, producto de una época y un contexto. Astrid Ulloa enfatiza que,

La naturaleza es sentida, conceptualizada y construida de manera diferente de acuerdo con procesos sociales basados en contextos materiales, instituciones sociales, nociones morales, prácticas culturales e ideologías particulares. Estas prácticas, concepciones e imágenes establecen maneras de percibir, representar, interpretar, usar e interrelacionarse con las entidades no humanas (Ulloa, 2001, p. 189) Diversas nociones de naturaleza han coexistido en un mismo momento social, sin embargo, algunas han sido hegemónicas en momentos específicos de la historia; de estas, se subrayan dos miradas hegemónicas: la noción monista y la dualista. La primera consideraba a la naturaleza y al ser humano como una única esencia divina. En contraposición, la noción occidental,

entendida dentro del sistema de dicotomías heredadas del pensamiento griego, buscaba generar conocimiento a partir de la fragmentación y los pares de oposición.

La cultura fue separada de la naturaleza, el ser humano de lo no humano, y a su vez, se jerarquizó y elevó la humanidad sobre “lo natural”, y a partir de esto, por medio de procesos técnicos se buscaba cuantificar, ordenar y controlar dicha naturaleza, ya planteada como externa.

Esta distancia y fragmentación de la naturaleza y del humano como parte de ella, parte de los dualismos que separaron y jerarquizaron las maneras de ver y relacionarnos: cuerpo/mente, naturaleza/cultura, pensamiento/sentimientos, bien/ mal...

Para pensar la noción de naturaleza en América Latina, parto del momento de lo que se conoce como la conquista europea, donde se impone esta visión dualista (Gudynas, 2011). En el marco colonial del proyecto moderno, Europa, “no solamente estaba “descubriendo” el mundo, sino que lo estaba definiendo, jerarquizando, categorizando y clasificando, al tiempo que iba poniendo en marcha su proyecto de expansión colonial” (Serje & Suaza, 2002, p. 313). Esta forma de definir el mundo pone a la naturaleza en una visión cartesiana, antropocéntrica, utilitarista, economicista y científicista (Grosfoguel, 2016; Machado, 2010)

La difusión del concepto naturaleza ha sido clave para la apropiación de la vida, pues plantea “lo externo al humano” como dispuesto para la manipulación, la experimentación, modificación o incluso, conservación; poniendo siempre al humano como el ser que define, controla y orienta la vida, llegando a entenderla como un medio de satisfacción de las necesidades individuales y sociales, que puede ser poseída y abstraída, pensándola como:

Un puro objeto: objeto de la ciencia y a ser un conjunto inerte de recursos. Así pasamos de la naturaleza sagrada a la naturaleza científica y, de ahí, a la naturaleza como mercancía: La naturaleza existe en tanto y en cuanto puede ser susceptible de valorización en términos de la lógica del valor de cambio. (Machado, 2010, p. 12)

Dentro de la antropología y las ciencias sociales, cuestionar estos dualismos y particularmente la idea estática de la universal existencia de la naturaleza, ha sido la posibilidad de la búsqueda de alternativas de relacionamiento.

Las investigaciones realizadas por Philippe Descola y Viveiros de Castro, a finales del siglo pasado con comunidades indígenas del Amazonas, permitieron replantear la oposición naturaleza/cultura. A partir de este momento, conocido como el giro ontológico, se dieron cambios epistemológicos y metodológicos dentro de las ciencias sociales, donde empiezan transformaciones

que ahora nos permiten comprender la naturaleza como un constructo social que, a su vez, representa gran centro de disputas, conflictos, tensiones y negociaciones.

El giro ontológico pretendió disolver las certezas modernas que se tenían sobre la naturaleza, dándose cuenta de que, incluso la idea de naturaleza no existe en muchas comunidades, o existe de manera diferencial; de esta manera, Descola y Viveiros abren paso a pensar las siguientes preguntas:

¿Qué tipo de realidades emergen cuando se desestabiliza la certeza de la dicotomía naturaleza/cultura? ¿Cuáles son sus propiedades? ¿Qué nos dicen esos mundos posibles acerca de las relaciones que los humanos pueden establecer con no-humanos o con ciertos lugares? ¿Y acerca del conocimiento mismo? (Ruiz Serna & Del Cairo, 2016)

Así, la relación que se establece a partir de la separación de la naturaleza/cultura, es clave para comprender la realidad actual. Pensar en otras formas de esa relación, e incluso, la inexistencia de la noción de naturaleza abre las posibilidades de pensar otras formas en que se habita el mundo y se relaciona con la vida.

De esta manera, cuestionar nuestra propia forma de comprender la naturaleza y nuestra relación en ella, permite develar las tramas que hay al interior de dicha relación.

En el caso de esta investigación, cuestionar la relación campesino-naturaleza, pasa por comprender la configuración histórica y política, de situar, observar los contextos y entender la diversidad y heterogeneidad de procesos y sujetos.

A su vez, entiendo que, dentro de la vereda, la noción de naturaleza existe, hay una separación entre el ser humano y la naturaleza, que, por medio de analizar el sistema alimentario local, puedo dar algunas pautas para pensar cómo se instaura esta dicotomía, y cómo se establece la naturaleza como externa, para así, tener la posibilidad de pensar alternativas y otras formas de relacionarse con la vida.

2.1.3 Ecosistemas

En algunos apartados utilizo el término ecosistemas. Este, fue desarrollado en 1935 por Sir Arthur Tansley, un concepto que ha sido clave para la ecología y la teoría ecológica. Unos 30 años después fue adoptado por la antropología ecológica, lo que permitió integrar al ser humano dentro de la perspectiva ecosistémica.

La definición de Rappaport es uno de los mayores aportes, el autor define como ecosistema “el total de las entidades vivientes y no vivientes íntimamente relacionadas en intercambios materiales dentro de una porción definida de la biosfera.” (Durand, 2002, p. 175)

El uso de este concepto permitió entender a los humanos como organismos que están involucrados en los procesos de intercambios materiales y energéticos con los demás componentes del ecosistema, como comunidad de seres vivos y un medio natural compartido. Sin embargo, su desarrollo dentro de la antropología ecológica ha tenido algunas críticas; la principal es que en la visión ecosistémica, se ha marginado el concepto cultura dentro de la misma antropología:

al establecer como principal unidad de análisis a las poblaciones humanas y a los comportamientos físicos observables dentro de ellas, la antropología ecológica excluye los conocimientos, pensamientos y sentimientos a partir de los cuales las personas entienden el mundo y guían sus acciones (Durand, 2002, p. 177)

Sin embargo, para esta investigación, que no parte de la antropología ecológica, el uso del término ecosistema, me permite posicionar a mis interlocutores dentro de un medio biológico, como parte de él, que transforma y es transformado.

2.1.4 Ser campesino y campesina

Hace muchos años un amigo campesino me insistía que yo –universitaria citadina– le enseñara, porque él no sabía nada. Yo solo podía observar sus manos al tomar la gambia, sus botas de caucho firmes al pararse en los zurcos, su destreza al poner la semilla y al desyerbar la tierra. Yo no podía hacer nada de lo que él sabía hacer, él siembra el alimento que después será mi energía para poder vivir, y ¿él cree que no sabe nada? Años después, en cuarentena, mi vecino Coco se sentaba a sembrar con nosotras, se reía de cómo cogíamos las herramientas y decía, que a los de la ciudad hay que enseñarles a sembrar su comida porque poco saben de la vida.

Figura 1: Manos campesinas. (2020)



Cuando inicié esta investigación pensaba que no era necesario acercarme a la categoría *campesino*, a pesar de que muchos de mis interlocutores se reconocieran como tal; pues creía que utilizar esta categoría me limitaría, entonces sugerí pensar en *pobladores de la vereda*, más que en *campesinos*. Sin embargo, durante el trabajo de campo, me di cuenta de que me es inevitable el acercamiento constante a esta categoría y que al contrario de lo que pensaba al inicio, pensar en esto amplía mis exploraciones.

Para lograr comprender las relaciones con la naturaleza a partir del sistema alimentario, es necesario situar y comprender el contexto y los sujetos que conciernen a esta investigación.

Me basaré en el documento técnico “Conceptualización del campesinado en Colombia” del ICAHN que plantea la siguiente definición de campesino:

sujeto intercultural, que se identifica como tal, involucrado vitalmente en el trabajo directo con la tierra y la naturaleza, inmerso en formas de organización social basadas en el trabajo familiar y comunitario no remunerado o en la venta de su fuerza de trabajo (ICAHN, 2017, p. 7)

El documento en cuestión es una conceptualización elaborada por una comisión de expertos, a partir de la necesidad de incluir en los instrumentos censales colombianos la categoría

de campesino. Se define entonces que el campesino se puede categorizar según cuatro dimensiones: territorial, cultural, productiva y organizativa.

La dimensión territorial, plantea el campesinado como territorialmente diverso, entendiendo el territorio como espacio socialmente construido, de esta manera, la vida campesina “se constituye en una *red de vínculos sociales* expresada territorialmente en comunidades, veredas, corregimientos, minas, playones, entre otros, y se desarrolla en *asociación con los ecosistemas*, lo que configura la diversidad de comunidades campesinas” (ICAHN, 2017, p. 8) [cursivas propias].

De esta manera, los campesinos se desenvuelven principalmente en territorios rurales, donde se apropian del entorno de diversas maneras para obtener los productos e ingresos para su subsistencia. Los vínculos, la tenencia y uso de la tierra, las relaciones con el ambiente y la naturaleza y la relación urbano-rural, son ejes principales para el análisis de la dimensión territorial del campesino.

La dimensión cultural se vincula a las prácticas y formas de identificación de la población, que son dinámicas (cambiantes en el tiempo) y colectivas (pasan de generación en generación) y su componente simbólico se expresa en la vida cotidiana. Estas formas de expresión se relacionan con los conocimientos tradicionales, las prácticas económicas-productivas, las prácticas y relaciones con el territorio y el habitarlo, y las fiestas, deportes y artes.

Aunque esta definición parezca muy genérica, y la discusión al interior de la antropología sobre la cultura, y por tanto la dimensión cultural, puede extenderse a muy amplios horizontes, esta definición es pertinente en mi investigación por hacer explícitos los siguientes criterios:

1) conocimientos tradicionales campesinos: formas de educación campesina y culinaria; conservación, recuperación y cuidado de semillas nativas o tradicionales, y medicina tradicional; 2) prácticas económico-productivas, de conservación y conocimiento de la naturaleza, producción artesanal, formas propias de intercambio y mercados; 3) prácticas relacionadas con el territorio y el hábitat: historia oral, utilización de espacios culturales, construcción tradicional (viviendas o acueductos comunitarios), territorialidad y organización social (ICAHN, 2017, p. 10)

Se relacionan directamente con lo fundamental de mi pregunta de investigación, ¿Cómo se relaciona el campesino con la naturaleza? Durante el trabajo de campo me encontré con estos conocimientos, prácticas y relaciones que se tejen constantemente y que, como bien lo dice el documento, se expresan en la cotidianidad del campesino, en el hogar o en el trabajo.

La dimensión productiva, propone el campesino como sujeto multiactivo en su actividad económica, pues, aunque tiene un vínculo estrecho con la tierra y las actividades agropecuarias:

es importante considerar otras actividades rurales que construye con los diversos ecosistemas y con el manejo de la biodiversidad para su subsistencia y la de su hogar, además de prácticas productivas distintas a las actividades primarias, como la transformación de los recursos naturales, la manufactura de artesanías, la elaboración de alimentos o bebidas en el hogar, así como la prestación de algunos servicios relacionados con el turismo (ICAHN, 2017, p. 12)

Sumado a esto, las condiciones actuales para el campesino, son muy complejas, pues al no garantizar posibilidades para subsistir con las actividades tradicionales, se adaptan y buscan otras formas de generar ingresos al hogar, en el caso de San Sebastián de Palmitas, como ya lo mencioné, los trabajos relacionados con la carretera: mano de obra no calificada, trabajo en estaderos, en peajes, venta informal; trabajos en Medellín, mototaxismo, domicilios, reciclaje, arriendo de casas, construcción, etc. se han vuelto constantes y se complementan muchas veces con el jornaleo² y el trabajo de la tierra.

Al identificar las dinámicas de la actividad agropecuaria campesina en Colombia y particularmente en la vereda, se comprende la multiplicidad de actividades que surgen por la necesidad de subsistencia y por esto, no se deja de ser campesino, como lo propone el Grupo de Acción sobre Erosión, Tecnología y Concentración (ETC), refiriéndose a las *redes campesinas alimentarias* como productores a pequeña escala, que no necesariamente controlan sus propios recursos productivos, sino que también necesitan trabajar para otros para producir alimentos, por falta de tierra o que han sido desposeídos de ella. Su sustento puede variar entre la producción de alimentos y empleos urbanos, por causas socioeconómicas o ambientales, la forma de producción no necesariamente es agroecológica, “los campesinos toman sus decisiones sobre el uso o rechazo de pesticidas o fertilizantes sintéticos a partir de razones éticas, económicas, ambientales o de acceso. Algunos emplean sustancias químicas para su producción comercial, pero las evitan cuando producen para sí mismos” (ETC, 2017, p. 10)

Por otro lado, la dimensión productiva de la categoría campesino me permite pensar en las mujeres rurales y campesinas. Muchas veces estas mujeres no trabajan directamente la tierra, pero están íntimamente asociadas con el cuidado; son ellas las que permiten que las redes de

² La palabra jornaleo se refiere al trabajo por jornal, es decir, por día.

sostenimiento familiar y entre familias permanezcan, encargándose de la reproducción social de la familia campesina.

También, en el caso específico de esta investigación, muchas de las mujeres campesinas realizan actividades económicas como: elaboración de alimentos para la venta como la morcilla, arepas, dulces; el cuidado, cría y comercio de animales como gallinas, cerdos, etc. Estas actividades, sus conocimientos y formas de relacionarse con la naturaleza, son, en su mayoría, diferentes a las del hombre-campesino agricultor.

Figura 2. Mujeres campesinas conversando sobre el agua (2020)



La dimensión organizativa plantea las redes de relaciones familiares y no familiares como fundamentales en la vida y supervivencia campesina, siendo la familia y la mujer campesina su eje, la base para la continuidad de conocimientos, decisiones, redes de apoyo y de la seguridad alimentaria.

Figura 3. Aprendiendo de la tierra y Coco. (2020)



Estas dimensiones están completamente articuladas y no es posible aislarlas, entender cada una articulada a las otras me posibilita un análisis de la vida campesina, sus relacionamientos diversos con la naturaleza, la tierra, el territorio y, por tanto, con su actividad económica.

Los estudios antropológicos se han centrado, según Anzola, en dos visiones del campesino, una folclórica, siempre conectado a la tierra y otra como sujeto político, colectivo y siempre en movimiento. Estas lecturas del campesino “suponen que hay momentos de efervescencia en los que aflora lo puramente campesino, ya sea un festival de música tradicional o una movilización política” (Anzola, 2017, p. 174). De esta manera, se deja de lado la vida cotidiana campesina, las prácticas y saberes que constantemente están transformando el ser campesino.

La propuesta de la antropología de la vida campesina busca entender en la vida campesina “un mundo que merece la pena ser reconocido” (Rodríguez & Green, sf). Esta forma de entender los estudios de “lo campesino”, propone la valoración del trabajo material del campesino y el conocimiento que se aplica a él y a la vida cotidiana, metodológica y éticamente, permite investigar

el trabajo, trabajando, ensuciándose las manos, aprendiendo, andando, viviendo y analizando a partir de las categorías propias del campesino.

De esta manera, la visión de la antropología de la vida campesina me permite comprender al campesinado, no como sujeto prístino, estático y homogéneo, sino como un conjunto diverso de personas con conocimientos especializados y prácticas de las que hay mucho por aprender y por reflexionar.

Al preguntar a algunos de mis vecinos interlocutores si se reconocían como campesinos, todos asintieron. El arraigo al territorio y a la forma de vida campesina, a pesar de las condiciones externas a las que se ven sometidos, permanece. Ser campesino es para mis interlocutores una *fortuna, un anhelo, un orgullo*. Sin embargo, reconocen que sus condiciones de vida no son las mejores y que su trabajo es subvalorado.

Hablar de campesino y campesina en este trabajo, es también una forma de darle lugar a ellas y ellos, de reconocerles y agradecer por sus conocimientos y su trabajo, de quitar pesos y culpas como individuos para comprender mejor el porqué de sus prácticas y percepciones, de entender todo el conocimiento que su trabajo guarda y que sus manos día a día nos entregan.

Hablar de campesino/a y de *desarrollo* me mueve las fibras internas, visualizo a mis vecinos, sus manos tarjadas, su fuerza, las condiciones indignas a las que se ven sometidos a diario, y su humildad, su tranquilidad, su transparencia. No es generalizar ni optar por pensar que el campesino es homogéneo o “puro”. Es mejor un agradecimiento profundo por los aprendizajes que sus miradas, sonrisas y manos me regalan desde hace muchos años y entender, que el desarrollo ha impuesto condiciones que desde la ciudad nos hemos negado a pensar y reflexionar.

Simplemente preguntarnos por el plato de comida que a diario tenemos en nuestra mesa, es un llamado para preguntarnos por el campesino/a. ¿Quién siembra lo que comemos? ¿En qué condiciones? ¿Cuánto le pagan? ¿Cómo se siembra, abona, cosecha, transporta? ¿Cuántas personas están involucradas en la producción de nuestro alimento? ¿Es el campesino el eslabón más pequeño de la cadena? ¿Por qué?

Esta investigación más que un proceso académico concluso, pretende ser un llamado de atención a cuestionar nuestra forma de ver el alimento, el territorio, la naturaleza y la vida. Un llamado de atención para cuestionar lo que no nos cuestionamos, lo básico para existir y valorar también las otras miradas del mundo, el trabajo campesino y el conocimiento que hay detrás de él. No es sólo producir comida, va más allá de ello.

La relación del campesino/a con la naturaleza se transforma y se vive desde su relación con la tierra, sus saberes, sus haceres y vidas diarias, así, desde el entender el sistema alimentario, su participación en él y la configuración territorial a lo largo del tiempo y conectado con marcos globales y nacionales, me permite comprender a mayor profundidad por qué es dicha relación así.

2.2 Capítulo 2. Desarrollo y comida: Mirada al sistema alimentario global y nacional

Hacer la pregunta ¿dónde vives? Es preguntar en qué lugar tu existencia moldea el mundo.

*Dime cómo habitas y te diré quién
eres.*

Iván Illich

Entender la articulación de los procesos globales con los nacionales nos permite situarnos y comprender que los procesos que se desenvuelven en la actualidad tienen un trasfondo y relación con otras escalas, temporales y espaciales.

En mi proceso académico ha sido importante comprender estas articulaciones, entender lo local como consecuencia, respuesta y parte de procesos de mayor envergadura, analizar las formas cómo se manifiestan los procesos de desarrollo y globalización diferencialmente en lo local. La antropología me ha permitido localizarlos y entenderlos desde las transformaciones en la vida cotidiana, en lo práctico, en lo simbólico y ontológico.

San Sebastián de Palmitas, el corregimiento en el que se sitúa esta investigación, ha sido para mí un lugar donde puedo observar el mundo globalizado: las consecuencias de este y las respuestas que suscita. Así como aquí se llevan a cabo estos procesos de una manera específica, como lo veremos en el desarrollo de este trabajo, cada lugar permite entender las configuraciones específicas que resultan de los procesos de desarrollo y globalización.

De esta manera, este apartado permitirá una mirada más amplia en el tiempo y en el espacio, que desvela las articulaciones de las dinámicas globales con lo local. En la primera parte presento un contexto de la vereda La Aldea y la importante relación con la infraestructura vial, para luego, presentar el sistema alimentario global y la forma cómo ha definido lo nacional, y por tanto lo que sucede en la vereda.

2.2.1 Del sistema alimentario global al nacional.

En el sistema alimentario puedo analizar la forma de entender la naturaleza que parece ocultarse detrás de éste y así, las formas como se han impuesto y configurado en el territorio

específico dicha ontología. El análisis de las transformaciones históricas en el sistema alimentario global me permite ver las dinámicas locales como producto de dichas transformaciones, ver las respuestas y formas cómo se han entremezclado dichas imposiciones y a su vez, comprender la mirada de naturaleza y la construcción de esta que es promovida por un sistema alimentario hegemónico.

Este apartado es una revisión del sistema alimentario global-nacional, haciendo énfasis en la agricultura colombiana, lo que me permite posteriormente analizar los procesos propios de San Sebastián de Palmitas y, particularmente, de la vereda La Aldea parte alta, epicentro de mi estudio.

1945– 1975

Al concluir la segunda guerra mundial, se da apertura a las políticas de desarrollo y la planificación del desarrollo, reconfigurando la articulación de las economías a nivel mundial bajo las orientaciones de Estados Unidos. A partir de esto, inician transformaciones aceleradas en el sistema alimentario global. Caracterizado por la situación de poder de Estados Unidos a nivel internacional, inicia una nueva forma de acumulación intensiva-capitalista y una nueva división internacional del trabajo agrícola.

El desabastecimiento alimentario que se vivía en muchos países europeos como consecuencia de la guerra promovió la búsqueda de diferentes estrategias para su mitigación; desde la distribución de alimentos y el fomento de su producción, hasta políticas comerciales para la protección de la producción agropecuaria.

El periodo entre 1945 y 1970 se caracteriza por,

- La reorganización productiva a escala global, fundamentada en profundas reformas que propendían a la articulación de los países periféricos con Estados Unidos. Estas reformas buscaron la sustitución de importaciones, y la puesta en marcha de orientaciones por medio de la asignación de recursos, la capacitación, dotación de infraestructura.
- El establecimiento de nuevas organizaciones y agencias para atender estas funciones. La creación de instituciones mundiales como el Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura (IICA) en 1942, el Banco Mundial (BM) en 1944, la FAO (Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura) en 1945, son cruciales para comprender la aplicación y puesta en marcha del desarrollo a

partir de programas y proyectos. Estas instituciones han sido orientadoras de las políticas de la alimentación impulsadas bajo los intereses de Estados Unidos.

- El adecuamiento de los mercados latinoamericanos a la oferta norteamericana de bienes agrícolas y manufacturados.
- La urbanización acelerada de los países de las periferias. Estos años la población urbana se duplicó, generando entre otras cosas, “un reducido crecimiento del empleo de calidad y la ampliación del subempleo y el denominado “empleo informal”, de bajos ingresos, dinámica caracterizada como “urbanización sin industrialización” (Fajardo, 2018, p. 42)
- El aumento de los cultivos de producción bajo las lógicas capitalistas modernas (sustentadas en las condiciones de la revolución verde –que más adelante explicaré–) y la disminución de los cultivos campesinos.
- Expansión del sector agrícola a través de los mercados externos.
- Transformaciones en la dieta tradicional por productos destinados sobre todo al consumo urbano, producidos por la creciente industria alimenticia. (Escobar, 2007)

Esta etapa estuvo marcada por la profundización y expansión de las relaciones capitalistas, sujetas a la premisa de la “separación de los productores de los medios de (re) producción y destrucción de cualquier actividad económica no orientada al mercado” como lo es la agricultura campesina o agricultura de subsistencia (Federici, 2013, p. 114).

En Colombia, esta inserción a la economía mundial y la reconfiguración de las condiciones que articulaban la economía nacional a los mercados globales generó gran impacto en el campo y la economía campesina. Esta transición hacia la economía globalizada incidió en la distribución de la tierra, los usos del suelo y la disposición de los medios tecnológicos y económicos (Fajardo, 2018), profundizando los conflictos que han caracterizado al mundo rural colombiano y la aseveración de la violencia, que dieron como resultado un desarraigo constante, el desplazamiento del campesino a las ciudades.

Darío Fajardo identifica tres fases en la definición de modelos y políticas, que fueron la tendencia general en los países de la periferia. La primera fase entre 1940 y 1970, fue una época donde se encontraba presente una agricultura orientada a la producción de alimentos para consumo directo y la coexistencia con otros cultivos para exportación y materias primas para la industria. La segunda, entre 1980 y 2010, donde se afianza y amplía la agricultura para la exportación (café,

banano) y materias primas para la industria (algodón, caña de azúcar, arroz) y unas mayores inversiones de capital transnacional. La tercera fase, a partir del 2010, se basa en la reducción de la agricultura, que cede su espacio a un nuevo orden alimentario financiero-energético (Rubio & Peña, 2013) convirtiendo el país en importador de alimentos en una etapa de reprimarización de la economía (Fajardo, 2018).

En un contexto de inestabilidad política y creciente conflicto social y armado, se formula la Ley 135 de 1961, un programa de reforma agraria para solucionar los problemas de tenencia de la tierra y de utilización de las tierras rurales para la agricultura, mediante la distribución e incorporación de estas a la explotación agraria.

Esta ley fomentó el desarrollo rural y agrario, la inserción del campesino a la economía nacional por medio de la modernización agraria, y el impulso de la revolución verde en el país, evitando la implementación de una real reforma agraria, queriendo solucionar los conflictos por medio del aumento de la producción y la intensificación de la tecnología y no por la redistribución de la tierra.

Este proceso se expresó por medio de la organización y operación de entidades privadas y públicas, como el Servicio Técnico Agrícola (STACA), para atender funciones de asistencia, la Caja Colombiana de Crédito Agrícola Industrial y Minero-Caja Agraria, para apoyos crediticios, el Instituto Colombiano de la Reforma Agraria (INCORA) “para atender la administración y adjudicación de las tierras baldías y otras funciones dirigidas a eliminar y prevenir la distribución inequitativa de la tierra y fomentar su aprovechamiento adecuado” (Fajardo, 2018, p. 58).

A su vez, esta ley abrió espacio para la posterior organización de otras instituciones que fomentaban el desarrollo rural y agrario, como el Instituto Colombiano Agropecuario (ICA), encargado de funciones de investigación y transferencia de tecnología, el Instituto de Mercadeo Agropecuario (IDEMA) y la Central de Cooperativas de la Reforma Agraria (CECORA) (Fajardo, 2018).

Estas instituciones contaron con el apoyo técnico de organismos internacionales, bajo las orientaciones de Estados Unidos, por medio de instituciones como la Organización para la Agricultura y la Alimentación (FAO) y de la Organización de Estados Americanos (OEA) por vía del Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura (IICA). En Colombia, las iniciativas de carácter técnico, en particular el ICA, asumieron la promoción de la revolución verde (Fajardo, 2018).

La acción institucional promovió la construcción de obras de infraestructura vial, electrificación y de riego, así como la gestión de compra de cosechas para asegurar los precios para sustentar la comercialización de productos no perecederos, la dotación de créditos, la capacitación y entrega de insumos y del paquete tecnológico de la revolución verde.

Revolución verde

En la década de los años 60, ya habiendo tomado fuerza la idea del desarrollo y bajo el pretexto de la necesidad de acabar el hambre de los países subdesarrollados, se intensifica la producción agrícola por medio de la idea de aplicar a la agricultura la misma lógica de la industrialización de los bienes materiales, intensificando el trabajo y aumentando los ritmos de producción. Este proceso, fue posible por un incremento masivo de la producción agrícola en Estados Unidos, basado en el uso de variedades de semillas genéticamente modificadas, de agroquímicos de síntesis y de la mecanización del trabajo agrícola. La Revolución Verde, como se le conoce a este proceso, logró un gran crecimiento de la producción agrícola, y difundió a nivel mundial un nuevo modelo tecnológico basado en conocimiento científico, sustentado en la ruptura de la dependencia a los ciclos naturales y en el control de la naturaleza por medio de transgénicos y agroquímicos.

Este paquete tecnológico en los países desarrollados transformó la producción de raíz, sustituyendo el modelo campesino familiar por el modelo agroindustrial. A su vez, en países de Latinoamérica y Asia, se impuso de manera desigual este paquete, que trajo una transformación en la agricultura familiar campesina y, por tanto, en la ruralidad.

Los resultados de la revolución verde demostraron que “el hambre no es un problema técnico sino político, de distribución de poder y no de incrementos productivos” (Masso, 2012, p. 11). Los cambios en lo local ocasionados por la revolución verde fueron devastadores a nivel social y ecológico. Algunas de las consecuencias fueron,

la dependencia de las personas productoras (entre aquellas con acceso a la tecnología) respecto de la industria suministradora de insumos y se promovieron las economías agroexportadoras, minando la autonomía local e impulsando una mayor integración de las economías nacionales en el mercado mundial, socavando la soberanía alimentaria de las poblaciones. En cuanto a los efectos ambientales, la extensión de monocultivos de las variedades híbridas supuso, entre otros, una grave erosión genética y daños (contaminación de tierras y acuíferos, pérdida de fertilidad del suelo, salinización) relacionados con el uso

intensivo de los agroquímicos necesarios para obtener los rendimientos deseados. (Masso, 2012, p. 11)

Además, el conocimiento experto ha sido permeado y construido a partir de las bases de esta lógica productivista. La revolución verde “fue adoptada como forma de producción en el estamento académico; es decir, los programas curriculares para la formación profesional y técnica” (Gómez, 2010, p. 16), la cual se hace visible en los planes y proyectos estatales que fueron quienes se encargaron de llevar y fomentar este nuevo paquete, que, “no puede pensarse exclusivamente como un sistema tecnológico y económico-político, sino como una compleja relación de significaciones culturales que le dan sustento a esas mismas configuraciones estructurales que lo hacen posible.” (Giraldo, 2018, p. 42)

Con esto, quiero hacer énfasis en que la revolución verde impulsa la lógica del capitalismo y de la modernidad. La pretensión de deshacerse de la dependencia a la naturaleza a partir de los avances de la ingeniería genética y de la biotecnología, expone la forma en que se entiende la naturaleza y la relación con ella que la modernidad ha impulsado y que se ha insertado en el imaginario colectivo y simbólico.

1980–2000

Este periodo está caracterizado por la aceleración del ingreso de Colombia a las políticas de desregulación y financiarización de la economía, la búsqueda de reducción de la injerencia de los estados en la economía para entregarle al mercado la asignación de los recursos, afectando directamente al campesinado y la economía campesina.

El Banco Mundial impone nuevas estrategias hacia el campo, buscando la apertura económica, la liberalización de los mercados y el impulso de la globalización, estos cambios se dirigieron principalmente “hacia la especialización en la producción de agroexportables, en particular materias primas para biocombustibles, y el desmantelamiento de las producciones locales de alimentos para ser sustituidos por bienes importados.” (Fajardo, 2018, p. 119)

De esta manera, se acentuó la dependencia de los pequeños productores a la industria que suministra los insumos y se promovieron las economías agroexportadoras, generando un detrimento en la autonomía local y la soberanía alimentaria. De la mano de este proceso, se da una reducción de la oferta agrícola, “compensada desde entonces a través de importaciones crecientes de bienes de origen agrícola y pecuario, pero sin una adecuada reasignación de la mano de obra

desalojada de la producción agrícola” (Fajardo, 2018, p. 112), lo que generó una creciente vulnerabilidad alimentaria en el país.

El desmonte de las capacidades institucionales del estado junto con el ingreso masivo de capitales del narcotráfico aceleró la concentración de las tierras y el paramilitarismo, lo que resultó en un aumento de cultivos destinados a los mercados externos y una ampliación de la mano de obra agraria. El conflicto social y armado, sumado a las condiciones cada vez más precarizadas del campo, condujeron a una nueva ola de desplazamiento a las ciudades.

La población campesina se vio inducida a buscar medios de vida distintos, avanzando la concentración de tierras, el despojo de los territorios, la proletarianización del campesino y “desagriculturización” de la vida rural (Fajardo, 2018).

Estas décadas fueron la preparación y apertura de los marcos legales del país como tránsito hacia una reconfiguración y relocalización de la agricultura,

que ha producido la transformación de territorios previamente capaces de generar el abastecimiento alimentario para sus sociedades, en espacios adecuados para el establecimiento de plantaciones de monocultivos, articulados a mercados controlados por empresas transnacionales. La aplicación de estas políticas ha conducido a países anteriormente provistos de condiciones de autoabastecimiento a convertirse en importadores netos de alimentos. (Fajardo, 2018, p. 203)

2000-2020

Este periodo se caracterizó por la reprimarización de la economía, donde el sector minero energético sustituyó a la agricultura y a su vez continuó el debilitamiento de la agricultura y se aseveró la guerra en el campo. Entre 1995 y 2008 se reduce significativamente “la asignación presupuestal, en particular para los programas de desarrollo rural, con el consecuente debilitamiento de las entidades nacionales de fomento y asistencia técnica.” (Fajardo, 2018, p. 206)

Los Tratados de Libre Comercio (TLC) generaron rupturas en la soberanía y autosuficiencia alimentaria, pues los países antes productores dependieron cada vez más del mercado mundial. Los TLC fueron la pieza fundamental para permitir la entrada sin aranceles de los productos abarataados, generando una desestructuración de las unidades campesinas y una devastación de la agricultura local, que trajo como consecuencia la agudización del hambre, la pobreza y la migración a las ciudades.

A partir del 2007, la crisis financiera, dio paso para que fondos especulativos vieran los productos agrícolas como escasos y susceptibles de especulación, refugiándose en el control de ellos: los commodities. Esta financiarización de los mercados agroalimentarios principalmente de los cereales, dio paso a un nuevo orden alimentario, financiero-energético (Rubio & Peña, 2013) basado en la especulación de alimentos y en los agrocombustibles.

La disposición del aparato político y económico colombiano, lo convirtió en escenario de nuevas inversiones externas, dándose una revalorización de determinados recursos minero-energéticos, donde la premisa era que la disminución del suministro de alimentos de producción nacional podría ser compensada con las divisas obtenidas por medio de las exportaciones mineras en un momento de auge de reprimarización de las economías latinoamericanas.

En este sentido, el sistema alimentario actual, está constituido por 1) sistema de producción (agrícola) sustentado en la intensificación, concentración, especialización, que se intenta deshacer de la pequeña producción campesina familiar, generando dependencia, pobreza y desplazamiento hacia la ciudad, además, la pérdida de biodiversidad y diversidad genética, poniendo en jaque las especies nativas, e intensificando la explotación y extracción a gran escala para la exportación y fomentando las importaciones de alimentos, con lo cual se genera pérdida de autonomía local y soberanía alimentaria. 2) Una industria agropecuaria, que ha generado la diferenciación entre productos alimentarios y productos agrarios, haciendo que el sector agrario pierda importancia en la cadena alimentaria, y que las etapas de transformación y distribución sean protagónicas. Esta forma industrializada define la cantidad de intermediarios que son parte de la cadena, convirtiendo al sector agrario como un simple proveedor para la industria alimentaria. 3) Una distribución alimentaria (transferencia y circulación) basada en supermercados y grandes superficies y una desterritorialización de los alimentos, donde en definitiva se aleja el comprador de cualquier referencia de sus raíces geográficas. 4) Consumo estandarizado y uniforme, que busca una producción social de hábitos y pautas alimentarias homogéneas, descontextualizando cada vez más los alimentos y definiendo las formas de cultivo y una estética estandarizada de la comida. (IDEAS, 2006; Durán, 2008; Masso, 2012)

2.2.2 Impacto en los ecosistemas

Las consecuencias de la cadena alimentaria global sobre los ecosistemas son desproporcionadas, siendo, por un lado, una gran fuente de emisiones de gases de efecto invernadero; se estima que el 23% del total de emisiones antropógenas de gases de efecto

invernadero [2007 a 2016] proviene de la agricultura (IPCC, 2020, p. 8); por otro lado, “la agricultura consume 70% del agua dulce extraída en el mundo, pero la cadena de producción industrial de alimentos consume la mayor parte por medio de la irrigación, la cría de ganado y el procesamiento. Una tercera parte de los principales acuíferos están sobreexplotados y las dos terceras partes restantes se están agotando.” (ETC, 2017, p. 6)

Además, el uso de agroquímicos genera incremento en la acidez de los suelos, erosión, salinización, compactación, provocando la pérdida de fertilidad y la inhibición del crecimiento de los cultivos (Giraldo, 2018). Esta podría ser una de las mayores contradicciones del modelo agroindustrial, siendo los suelos la base más importante para la agricultura; el capitalismo, al tratar la naturaleza como mercancía, termina agotando las condiciones necesarias para la acumulación.

Además, la necesidad de cada vez más espacio para los cultivos extensivos ha generado deforestación de zonas de especial importancia biológica y la expansión de la frontera agrícola, esto, sumado a la contaminación generada por los químicos, deriva en pérdida de hábitat para la fauna y flora local, y con esto, un desequilibrio en toda la cadena biológica. La pérdida de diversidad biológica, en cuanto a las variedades de semillas, es otro de los puntos que son importantes, en especial, al pensar las patentes de las semillas y la estandarización del consumo.

Los precios bajos a los que se ve sometido el campesino, la falta de tierra y la cantidad de intermediarios para la venta, son, entre otras cosas, las causas de la búsqueda de más espacio para producir más alimentos, ocasionando tala de bosques nativos, lo que genera a su vez sequía de fuentes hídricas y el uso de agroquímicos, contaminación del suelo y de fuentes hídricas.

2.3 Capítulo 3. Un pueblo por donde pasar: Configuración territorial de Palmitas

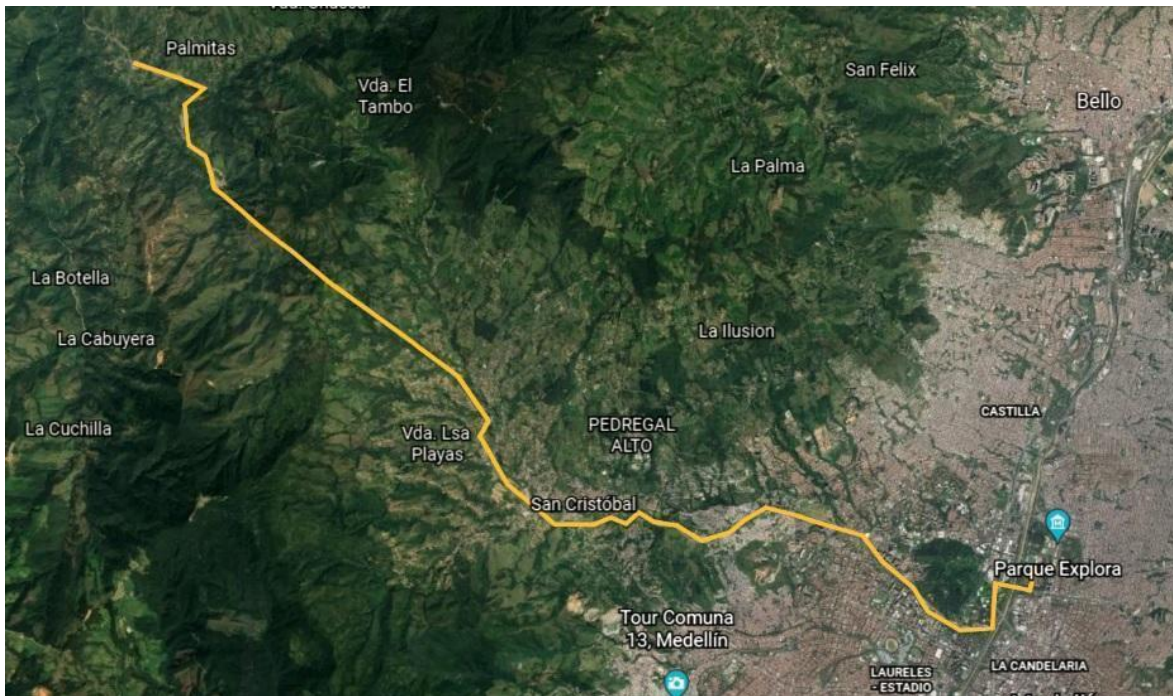
Desde la Universidad de Antioquia cojo la calle Barranquilla, rodeo la Universidad Nacional y tomo La Iguaná, paso la 65, luego el puente de la 80, desde donde veo el Éxito, y ya estoy en la doble calzada que, atravesando por barrios a lado y lado, me saca de la ciudad; paso por el lado del corregimiento de San Cristóbal, cada vez más grande, luego llego al Túnel de Occidente; a este punto ya empiezo a sentir frío, el paisaje se transforma, ya son menos luces en las montañas. El túnel son 5 km de aires condensados y sucios que atraviesan las entrañas de la montaña. Al otro lado, las nubes y el frío ya se apoderan del paisaje: ya estoy en San Sebastián de Palmitas. Bajo por la vía que está llena de huecos y arreglos, están construyendo la doble calzada. Cada semana hay algo diferente, todo cambia muy rápido, a veces ni reconozco por dónde voy. A 5 km de la salida del túnel, justo en el parador La Aldea, me desvío. Tomo el puente que hace un par de años no existía, tomo a la derecha, me encuentro una pequeña vía en pésimo estado: piedras, lodo, moho, agua, olor a cebolla: ya estoy en casa.

Durante la primera cuarentena obligatoria estricta por el Covid 19, la vía que conecta Medellín con el Urabá era un gran trapo rojo. Si, los trapos rojos que se convirtieron en símbolo de hambre ondeaban a lado y lado de la vía. Familias enteras se volcaron a exigir ayuda y como respuesta recibieron represión y uno que otro mercado. La vía que ha sido símbolo de progreso y desarrollo se convertía en hambre y a tan solo 30 kilómetros de allí, mis vecinos campesinos agricultores botaban los alimentos porque no había compradores o los precios eran tan bajos que no merecían el esfuerzo de la cosecha. En ese momento entendí que nos dominan por el estómago, que el desarrollo es hambre, es muerte, es enfermedad. Que la carretera sólo es conexión para las grandes empresas y la economía de la devastación. Para el ciudadano de a pie, para el campesino y para la naturaleza, es muerte.

Figura 4. Las banderas rojas continúan hasta diciembre del 2020. (2020).



Hace 4 años conocí San Sebastián de Palmitas, buscaba vivir fuera de la ciudad huyendo del caos que esta representaba, llegué a Palmitas contenta al sentir su clima frío y su ambiente campesino. SSP se encuentra al noroccidente de Medellín a 32 kilómetros de la ciudad, para llegar se toma la vía que va a la región de Urabá, saliendo de la ciudad siguiendo la quebrada Iguaná encontramos la carretera doble calzada en muy buen estado, al lado derecho la comuna 13 y al lado izquierdo la comuna 7 que luego se conecta con San Cristóbal, luego se pasa el túnel de occidente y a sólo 5 km se puede ver una línea de casas de colores incrustadas en la montaña, ese es el pueblo: 3 cuadras de casas, una pequeña iglesia, algunos minimercados, un restaurante y un pequeño parque; en realidad, SSP es más siembra, monte y alimento que casas, su zona rural inicia desde que termina el túnel de occidente. Un territorio tranquilo, sencillo, muy bonito y poco conocido por los medellinenses al lado de los demás corregimientos. Es la comuna 50, uno de los cinco corregimientos de Medellín y el de mayor vocación agraria y población campesina.

Figura 5. Mapa de Medellín a San Sebastián de Palmitas.

Nota: tomado de Google earth.

Según cifras de la Alcaldía de Medellín, SSP tiene una extensión de 57,79 km², distribuidos en 7 veredas (Urquitá, La Aldea, Potrera-Miserenga, La Sucia, La Frisola, La Suiza, Volcana-Guayabala y dos centros suburbanos, La Aldea y la Centralidad). Habitamos el corregimiento 7.819 personas: 4.140 mujeres y 3.679 hombres. El Índice Multidimensional de Condiciones de Vida (IMCV) en 2019 fue inferior al de la ciudad (36,09 frente a 49,0), siendo esta la comuna de Medellín con menores condiciones de vida (Alcaldía de Medellín, 2020). Limita al Norte con el Municipio de San Jerónimo, al Sur con el corregimiento de San Antonio de Prado y el Municipio de Heliconia, al Oriente con el Municipio de Bello y el corregimiento de San Cristóbal y al Occidente con el Municipio de Ebéjico.

Si de clima hablamos, hace frío y es muy rico en fuentes hídricas. Cuenta con varios afluentes de agua como las quebradas La Volcana, La Sucia, La Legía, La Frisola, La Chuscala, entre otras, las cuales desembocan en el Río Cauca. Sus pisos térmicos se encuentran entre los 1.440 y 3.100 msnm lo que lo hace un territorio con gran diversidad. De él hacen parte 3 cerros importantes: Cerro del Padre Amaya, la Cuchilla de las Baldías y el Alto de Urquitá. Se caracteriza por las grandes pendientes, la abundante biodiversidad, fuentes de agua y la producción agrícola,

donde los cultivos más comunes son: caña de azúcar, cebolla junca, cilantro, plátano, café y cultivos pancoger como yuca, maíz, frijol.

La mayor vocación económica es la agrícola, desarrollada en parcelaciones y minifundios, combinada con la explotación pecuaria, porcícola y bovina en menores escalas y principalmente destinadas al autoconsumo. La economía se moviliza por el comercio de productos y comestibles en los locales comerciales que están a orillas de la vía al mar y en las tiendas de las veredas. (Alcaldía de Medellín, 2020, p. 19)

Debido a su gran biodiversidad y a la necesidad de protegerla, parte de su territorio fue declarado por Corantioquia, mediante el Acuerdo 267 de septiembre de 2007, como *Distrito de Manejo Integrado de los recursos naturales renovables Divisoria Valle de Aburrá-río Cauca* (CORANTIOQUIA, 2014), una figura de protección ambiental que hace parte del Sistema Nacional de Áreas Protegidas (SINAP) y que ha generado también repercusiones y conflictos importantes en la vida del corregimiento.³ A pesar de esto, SSP es un territorio con grandes factores de riesgo ambiental asociados a las pendientes y al alto grado de erosión de los suelos, generado por el establecimiento de infraestructura, el asentamiento humano, los cultivos intensivos y las fuertes modificaciones de los ecosistemas (Muñoz, 2014).

Este trabajo se concentra específicamente en la vereda La Aldea parte alta. Es la vereda más grande del corregimiento y se encuentra dividida en dos por la carretera que conduce al mar: La Aldea parte alta y La Aldea parte baja; en esta última se encuentra la mayor cantidad de población recogida en un centro suburbano cada vez más grande. Los últimos 4 años habito en la vereda La Aldea parte alta, entre cañaduzales y cultivos de cebolla y cilantro he compartido con mis vecinos –campesinos en su mayoría– y he podido ver las transformaciones que a ritmos vertiginosos vienen sucediendo en el corregimiento y específicamente en la vereda.

Rosa –una vecina amiga, campesina, habitante y oriunda de la vereda– me cuenta, mientras mira hacia la gran vía al mar, que todo antes era muy diferente. Con los pies descalzos se recorría la vereda por los angostos caminos que subían la montaña hasta llegar a la centralidad, el agua se tomaba de los muchos nacimientos que se encontraban en medio del monte: era el baño, el agua

³ Para ampliar sobre esto, pueden revisar la tesis de Helena Pérez: Conflicto entre la declaratoria de áreas protegidas y áreas rurales dedicadas a la producción agropecuaria. Casos corregimientos San Cristóbal y San Sebastián de Palmitas de la ciudad de Medellín. (Medellín: Universidad de Antioquia, 2011)

para beber, para cocinar, para limpiar. Las pocas familias que habitaban el territorio vivían en casas muy lejanas la una de la otra.

Tierra de arrieros, agricultores y trapiches. Campesinos que se reconocían en sus pasos por el monte y en las pequeñas y pocas tabernas y tiendas que reunían a los vecinos en ese entonces. Cuentan mis vecinos que la comida abundaba, los trapiches eran comunes en las fincas. La panela, el chocolate, la arepa, la mazamorra, el frijol eran preparados por las mujeres, tomando el alimento directamente de la tierra y transformándolo en la casa propia o de los vecinos, para luego ser intercambiado entre ellos. Rosa recuerda los pies descalzos, el chachafruto, el frijol Vida, los baños esporádicos en las quebradas y las largas jornadas de caminar a la “finca” con sus papás a trabajar: los hombres a la tierra, las mujeres a la cocina. Recuerda ella:

Todo esto eran cafetales y cañaduzales, esto era hermoso, hermoso, cafetales, cañaduzales, y todo eran árboles, mangos, frutales, aguacates, [...] llovía el frijol, el maíz, el mango, eso todo fresco todo hermoso, y ahora mire, casas, carreteras. Mire en La Aldea solo habían dos casas y ahora mire como se ve La Aldea, es un pueblo. Antes había solo una viejita que hacía morcilla, empanadas y arepa de chócolos (Diarios de campo, 2020).

Figura 6. La molienda de Jhon Fredy en La Aldea parte alta. (2020)



Las montañas eran oscuras en las noches a falta de alumbrado público, los caminos angostos, empantanados o empolvados dependiendo de la época, el monte tupido entremezclado con árboles, café, caña, maíz y plátano. Ahora, las dinámicas sociales, económicas, culturales y ambientales se han transformado, la conexión de Medellín con el occidente del departamento, la región del Urabá y por ende el mar, ha sido determinante para la historia del corregimiento.

En este sentido, plantearé algunos hitos de proyectos que han sido importantes en las transformaciones de San Sebastián de Palmitas y las implicaciones en las condiciones sociales, económicas, culturales y ambientales del territorio. A partir de un rastreo de los proyectos de infraestructura vial que repercuten en el corregimiento, haré un mapeo general del contexto de SSP, pues éste, ha sido históricamente definido, ordenado y transformado por proyectos que responden más a su posición geográfica estratégica en términos de desarrollo económico que a los reales intereses y vocaciones de sus habitantes.

Los diferentes roles que ha asumido el corregimiento han sido consecuencia de intereses globales, nacionales, regionales y municipales, así mismo, la configuración actual es consecuencia de dichos proyectos, pero también de las condiciones y respuestas que la población y el entorno han dado y que se reflejan en las vidas cotidianas y en la forma de habitar el territorio.

Es difícil pensar a SSP fuera de contextos más amplios y de su relación con las vías y carreteras, es allí un lugar importante para pensar el desarrollo, sus consecuencias y respuestas en las prácticas y percepciones de manera local.

Realizaré un recuento histórico de los proyectos que han transformado a SSP y cómo se relacionan dichos proyectos con escalas espaciales más amplias.

2.3.1 Caminos prehispánicos y coloniales. Fundación caserío: San Sebastián de La Aldea (1788-1900)

Relata mi vecina Rosa, que su papá solía contar y que en la escuela les enseñan a los niños, que una tarde, bajo un palo de mango –que señala con amor– un ángel resucitó y el padre José María Restrepo inició las labores para hacer el monumento a San Sebastián, allá, abajo en La Aldea.

Dice Rosa que San Sebastián nació debajo de un árbol y que por eso los árboles son benditos. Después de esto, se decide construir una capilla en su honor y se empieza a formar el caserío original (actualmente vereda La aldea parte baja) (Diario de campo, 2020).

En 1742 es la fundación de San Sebastián de La Aldea, un pequeño caserío atravesado por una red de caminos prehispánicos y coloniales que facilitaban la conexión entre las pocas familias que habitaban este territorio y otros caseríos como lo eran San Jerónimo, Sopetrán y Santa Fe de Antioquia.

En el siglo XIX e inicios del XX, se presenta un gran crecimiento en el Valle de Aburrá, respondiendo a los procesos de desplazamiento de la población rural a la ciudad por la violencia bipartidista, con este crecimiento, se empiezan a buscar nuevos recursos y tierras para cultivar en el Urabá antioqueño, y así, lo que antes era simplemente un caserío, lugar de paso para pocos, ahora empieza a hacer parte de los planes regionales.

Figura 7. La Aldea Parte baja vista desde La Aldea parte alta. (2021)



2.3.2 Construcción de la Vía al mar (1920– 1955)

La industrialización y la modernidad empiezan a ser parte del panorama global, las ciudades crecen y el comercio interno se intensifica y Medellín no se queda atrás. Los inicios del Siglo XX están marcados por un crecimiento acelerado de la población del Valle de Aburrá y un mejoramiento de la infraestructura, lo que implica una urgente necesidad de planificar.

La planificación, como lo explica Diana Cárdenas en su trabajo de maestría: “Planeación y configuraciones socioespaciales desde lo local: el caso de San Sebastián de palmitas”, es un concepto íntimamente relacionado con el desarrollo.

La planificación surge con los Estados modernos como un conjunto coherente de herramientas, con cierto carácter de científicidad y racionalidad, vinculado a un proceso técnico e instrumental, que buscaba mejorar las condiciones de los países afectados por la crisis económica de los años 30. De esta forma, comienza a introducirse sistemáticamente la planeación como medio para desarrollar políticas y programas que compensarán los desajustes del sistema capitalista (Cárdenas, 2011, p. s/p)

Hay entonces dinámicas y actores externos al corregimiento que influyen en sus procesos internos y podemos ver, como ya lo mencioné, que SSP no es independiente o ajeno al sistema global. Existe una serie de elementos que se interrelacionan constantemente y van incidiendo en los espacios. De esta manera, la planificación surge como la promoción del desarrollo, a nivel de país, pero también a nivel territorial, por medio de conjuntos de herramientas que permiten elaborar, aprobar y ejecutar programas y proyectos que van en consonancia con los objetivos del desarrollo. De esta manera, en 1958 se crea el Departamento Nacional de Planeación, este es el ente encargado de desarrollar los Planes Nacionales de Desarrollo, que buscan articular los propósitos de cada gobierno nacional con los proyectos en cada territorio por medio de los Planes de Ordenamiento Territorial.

Para ese entonces, Medellín era proyectada como una ciudad que buscaba la productividad y la industrialización y para esos fines, la carretera aparecía como símbolo de progreso y modernidad, que pretendía superar las dificultades de la infraestructura para el comercio de la región. Es así, como en 1926 se da la aprobación para la construcción de la Vía al Mar que es inaugurada en 1955. Durante este periodo, la población rural seguía siendo un porcentaje significativo, para Medellín más del 30% de la población era rural (Cárdenas, 2011).

Con la construcción de la Vía al Mar, SSP empezó a ser más visible y a jugar un papel en la configuración regional. Al construir esta vía, que hoy conocemos como antigua Vía al Mar, algunas familias adineradas se trasladan a las orillas de la carretera y se dan cambios que favorecieron a la población, como lo son la electrificación de las veredas, la construcción de la iglesia y del centro de salud; se traslada la centralidad al borde de la Vía al Mar (donde permanece

actualmente). Allí se configuró el centro de la economía del que en 1963 se oficializaría como corregimiento de la ciudad de Medellín: San Sebastián de Palmitas.

La Vía al Mar era símbolo de pujanza y de progreso para la región, sin embargo, por un lado, las fallas geológicas, la ingeniería de la carretera y el alto flujo de vehículos, generaron una serie de problemas como la alta accidentalidad, daños constantes, desplazamientos de mucha duración, etc. Y, por otro lado, la búsqueda de la inserción al contexto global, donde se empezaba a hablar del libre mercado y del Puerto de Urabá, inicia una serie de intervenciones macro que han sido decisivas para la vida del corregimiento.

2.3.3 Conexión vial Valle de Aburrá-río Cauca – Túnel Fernando Gómez Mejía.

Es así como, en 1996 se aprueba la construcción del Túnel Fernando Gómez Mejía o Túnel de Occidente, que se vincula a la Conexión Vial Valle de Aburrá-Río Cauca. Este proyecto, se gesta en el ámbito nacional, regional y municipal, y repercute de manera directa en la vida del corregimiento, fraccionando y entretejiendo otros vínculos distintos a los tradicionales.

En 2006 se inaugura oficialmente el Túnel de Occidente y con esto, se empiezan a hacer más notorios los grandes cambios que a ritmos vertiginosos suceden hasta el día de hoy.

Esta carretera afectó el paisaje natural y cultural del corregimiento, generando grandes rupturas en el tejido social y en el entorno, y a su vez, transformando toda la configuración territorial, fragmentando el corregimiento y la vida económica, cultural y social. Se dan entonces unas nuevas maneras de apropiarse de los territorios y de resignificar los espacios, respondiendo a las lógicas de la globalización, el libre comercio y de los planes que a partir de aquí se empiezan a acelerar en el territorio.

Algunos de estos cambios a nivel ambiental son: la desestabilización de los terrenos e inestabilidad de los suelos, mayor erosión en las tierras, deterioro en la capacidad productiva de la tierra, contaminación por ruido, polvo y gases; a nivel social, el pago de peaje para los habitantes del corregimiento generó una separación mayor de sus pobladores con Medellín, promoviendo también más dificultades para el campesino a la hora de la comercialización de sus productos, y a su vez, una mayor cercanía de los pobladores de Medellín con SSP.

La carretera impulsó nuevas actividades económicas más allá de la agricultura campesina, que era la principal, algunas de esas actividades se vinculan directamente a la vía, como lo son,

trabajar en estaderos, conducir moto taxis, vincularse a la construcción de la vía e incluso vender informalmente en la carretera.

Figura 8. Vendiendo pandebonos en la vía. (2021)



Además, la urbanización es más evidente en el corregimiento, por ejemplo, La Aldea se expande como centro suburbano, éste se convierte en lugar de llegada de muchos trabajadores de la vía, que llegan de Medellín, Urabá y otras partes de Antioquia, además de habitantes de la ciudad en busca de la tranquilidad que ofrece la vereda. Esto ha generado la aceleración en la construcción de casas para arriendo y ventas de tierras, promoviendo la urbanización y la pérdida de saberes y formas de vida campesina y también el desplazamiento de la población, que genera desarraigo, ruptura del tejido social y de las redes sociales de parentesco y vecindad, las cuales son de especial importancia para llevar a cabo la vida cotidiana (Muñoz, 2009).

En definitiva, SSP se está reconfigurando a ritmos vertiginosos, por el lado de la producción agropecuaria campesina, se ha disminuido la diversidad en los cultivos, la fertilidad de la tierra y las manos campesinas que quieran seguir sembrando a pesar de las condiciones. También van desapareciendo sitios tradicionales que mis vecinos recuerdan con cariño: viviendas antiguas, moliendas y cultivos entremezclados con bosques nativos. La vida rural se empieza a combinar con la vida urbana, aparecen muchas actividades que se relacionan más directamente con la ciudad, y los vínculos y cercanía con esta son cada vez mayores.

Me dice Enrique: mucho forastero, y antes no había tanta necesidad como ahora, primero no se quedaba un campesino sin conseguir trabajo, antes era que para una o para otra finca. Se acabaron las fincas y vaya usted hay trabajito, no. Ya dejan perder las cosechas porque un joven ya pega es a la carretera, a trabajar en la carretera, en un estadero o con una buena moto. Antes todos tenían su plátano, su maíz. (Diario de campo, 2020)

La mayoría de mis interlocutores campesinos son conscientes de ello y manifiestan cierta añoranza por lo que fue y preocupación por lo que vendrá. Además, es muy evidente una ruptura generacional: los jóvenes y niños no presentan interés en el trabajo agrario, cada vez hay menos personas, y muy pocos jóvenes que trabajan la tierra, que jornaleen, que quieran permanecer en el campo y sus labores; esto se relaciona directamente con la precarización de la vida campesina y la proletarización del campesino que va de la mano con la idea de desarrollo que se impone. Mi vecino “Coco” me dice:

Ya no hay con quien trabajar. Cuando los viejitos nos muramos entonces qué o qué. Los que han leído la biblia, los viejos que les gusta leer, dicen que va a haber plata pero que no va a haber comida, porque después que nos muramos los viejos, los jóvenes no van a trabajar. Va a haber plata en abundancia, pero no comida. Y mire, la carretera ha generado mucho empleo, pero ya no hay trabajo. El fin del mundo es el que va a estar cruzado por carreteras por todo lado, cuanto cañón haya, va a tener carreteras, va a tener luz y mire (me dice mientras señala la montaña del frente que empieza a tener cada vez más luces) (Diario de campo, 2020).

Por otro lado, los bosques nativos están siendo talados de a poco, algunos cultivos han sido quitados para construir casas y con esto vienen, entre otras cosas, conflictos por linderos y apropiaciones de tierras, debido a la poca formalización de títulos de propiedad. Además, los nacimientos de agua se ven afectados por el aumento de las familias que desean tomar el agua de allí, pues los acueductos veredales formales no están lo suficientemente adecuados para tanta población, lo que genera a su vez problemas de salud pública por la escasez de agua dependiendo de la época y por la ausencia de agua potable para el consumo humano y animal.

Figura 9. La ciudad se expande. Autopista al mar, San Cristóbal. (2021)



La aparente separación entre el campo y la ciudad empieza a ser más difusa, esta brecha conceptual ha pretendido separar lo rural de lo urbano, como si fueran dos espacios opuestos y contrarios. Sin embargo, la realidad es otra: estos dos espacios se complementan, se necesitan, se repercuten y como en este caso, se mezclan también de maneras jerárquicas y desiguales, creando conflictos y tensiones, pero también respuestas y resistencias, como veremos en los siguientes capítulos.

El campo ha estado subordinado a la ciudad, los procesos urbanos afectan y repercuten directamente en la situación del campo y de los campesinos. Hoy en día, hablar de lo rural o del campo, ya no se limita a hablar de campesino. Por un lado, la población campesina cada vez es menor; según la ONG Penca de Sábila, en Medellín se estima que la población campesina que vive en los corregimientos es de 50.000 personas, es decir, el 2,5% de la población de Medellín (datos aproximados, debido a que no se cuenta con un real censo) (Corporación ecológica y cultural Penca de Sábila, 2011)

Figura 10. Casas en La Aldea. (2020)



Por otro lado, la ciudad se encuentra en constante crecimiento y expansión sobre territorios rurales, lo que genera que cada vez menos campesinos se dediquen a la agricultura, transformando los usos del suelo en una constante disputa por la supervivencia de la economía campesina, con repercusiones mayores sobre los ecosistemas, desarraigo, proletarización del campesino, encarecimiento de la vida, pérdida de soberanía alimentaria, pérdida de conocimientos campesinos y su relación con la tierra y la naturaleza, y al entrar cada vez más personas externas que tienen poca o nula identidad con el territorio y con la cultura campesina, se exporta un modo de vida urbano globalizado que se entremezcla y construye dinámicas complejas para la vida rural.

De esta manera, como ya lo mencioné anteriormente, la relación de SSP con Medellín se convierte en punto importante para su configuración. Los corregimientos son vinculados a las ideas de ciudad, y se planifica sin tener en cuenta las reales condiciones y vocaciones de los pobladores.

2.3.4 Autopista al Mar 1

Sumado a lo anterior, en el 2015 se aprueba la construcción de Autopista al Mar 1, este proyecto tiene como objetivo,

conectar la ciudad de Medellín con las principales concesiones viales del país, y, a la vez, acercarla con los centros de intercambio comerciales más importantes, como la Costa Caribe, la Costa Pacífica y el río Magdalena. La Concesión tiene una longitud de 181 km y se realizan las siguientes intervenciones: 1) Mejoramiento de la calzada existente y la construcción de la segunda calzada en el tramo Medellín (Conexión Vial Aburrá-Río Cauca-Santa Fe de Antioquia. 2) Construcción del nuevo Túnel de Occidente, para mejorar la movilidad en la entrada a Medellín. 3) Rehabilitación de la vía entre Santa Fe de Antioquia y el Corregimiento de Peñalisa (Municipio de Salgar). 4) Operación y el mantenimiento de la vía entre Santa Fe de Antioquia y Cañasgordas. 5) Operación y el mantenimiento de todo el tramo concesionado. (Devimar, sf, p. s/p)

Para el momento en que se desarrolla esta investigación, la Autopista al Mar 1 ya tiene un avance notorio. Justo atravesando la vereda se despliega ya la doble calzada que, avanzando con los ritmos propios del desarrollo, ha modificado todo el paisaje visual y sonoro de la vereda, ha traído superficies de comercio a borde carretera como D1, Fruver, grandes estaderos, etc. que entre otros, desplazan a la población que antes eran quienes comercializaban sus productos al borde de la carretera, modifican hábitos de consumo y alimentación de los pobladores, generando a su vez menos adquisición de productos en los minimercados y verdulerías del pueblo y promoviendo, como ya mencioné, la urbanización acelerada de la vereda.

Figura 11. Gran intercambiador– glorieta, desvío a La Aldea. Autopista al Mar 1. (2020)



Este proyecto no responde a las necesidades de los pobladores de la vereda, del campesino ni de la búsqueda de mejoras en sus condiciones de vida, por el contrario, está marcado por un fuerte interés económico de externos, que pretende:

según la Agencia Nacional de Infraestructura, ANI, la conexión entre el centro del país, Medellín y la costa Caribe, pasando precisamente por el mencionado Puerto de Urabá y la Transversal de las Américas y cuyo objetivo, entre muchos otros, es el de reducir los costos de operación entre las principales zonas francas y los puertos de comercio exterior (ANI, 2014, p. 6)

Figura 12. Estas son las dos entradas para vehículos a la vereda La Aldea Parte Alta por la Vía al Mar. (2021)



La Autopista al Mar 1 hace parte de las “Autopistas para la prosperidad” y ellas, a su vez, de la segunda ola de contratación de las Nuevas Autopistas, parte del proyecto “Cuarta Generación de concesiones viales de Colombia” un programa de infraestructura vial creado en el gobierno de Juan Manuel Santos, que es el proyecto más ambicioso de infraestructura vial en la historia de Colombia y busca el desarrollo acelerado para ser más competitivos y enfrentar los retos del comercio global.

Al ser aprobada la Autopista al Mar 1, en rueda de prensa, el entonces presidente Juan Manuel Santos, afirmó que, “Mar 1 no solo acercan el occidente del territorio a el Caribe, sino que además hace parte del grupo de proyectos que a futuro conectarán con Venezuela.” (Ministerio de transporte, 2015)

2.3.5 Autopistas para la prosperidad e IIRSA.

No puedo pasar de alto la Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Suramericana (IIRSA) a la cual Colombia entra a formar parte en el año 2000, esta iniciativa se presenta como una forma de ordenamiento territorial global que genera cambios estructurales en toda la región.

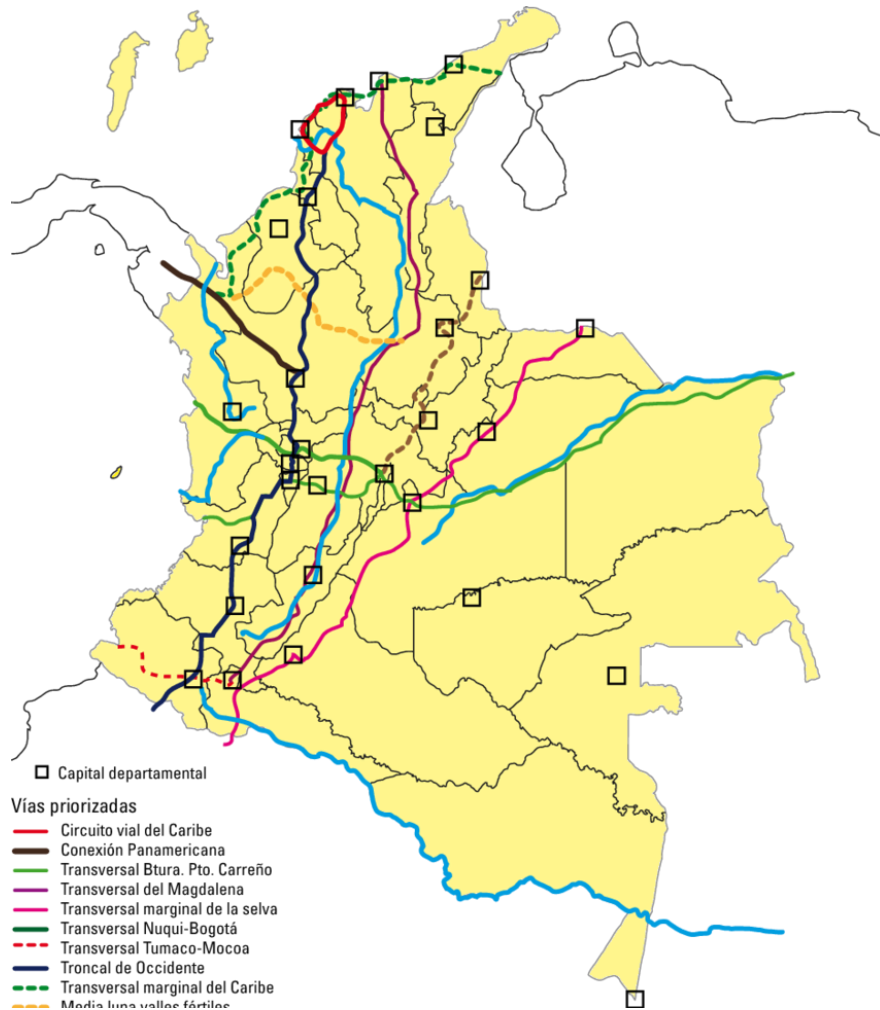
IIRSA consiste en la construcción de gran infraestructura a lo largo y ancho de Sur América, conectando los centros de producción con los centros de consumo para abaratar y acelerar los costos y tiempos de traslados y poder tener mayor control sobre estos, estableciendo así un nuevo ordenamiento planificado a partir de la demanda (Revista Kavilando, 2011). La lógica detrás de IIRSA es la misma que ha operado durante siglos, pero ahora con nuevas tecnologías y con la infraestructura como principal eje, buscando,

Hacer fluir el corazón de las selvas o las profundidades de las minas hacia los centros industriales y, a la inversa, llevar el espíritu industrial y competitivo hasta el centro de las selvas y minas. Agilizar los desplazamientos diversificando sus medios: ferrocarriles, autopistas, ríos, canales y cables de fibra óptica. Transformar el territorio. Adecuarlo a las nuevas mercancías, a las nuevas tecnologías y los nuevos negocios. Cuadricularlo, ordenarlo, hacerlo funcional y... productivo. Ese es el modo capitalista de entender la naturaleza y relacionarse con ella. (Blog La peste, 2016)

La infraestructura para el desarrollo no se concentra exclusivamente en la construcción de vías, sino en toda una lógica de entender el territorio como mercancía a ser explotada, producida y exportada. En este sentido, se va creando una red de infraestructura integrada que tiene en cuenta la necesidad energética para su funcionamiento, por medio de la construcción de mega hidroeléctricas y extracción de hidrocarburos.

En este proyecto, los puertos en las costas se convierten en lugares claves para la organización regional y, a su vez, los ríos se convierten en espacios de transporte de mercancías. Este proyecto organiza los territorios desde una visión meramente económica, subordina unos a otros e impone su forma de entender la naturaleza y la vida (Rentería, 2007).

Figura 13. Mapa comparación de los proyectos de la IIRSA para Colombia y de los proyectos priorizados por el país.



Fuentes: www.iirsa.org, CGA, 2005; Presidencia de la República, 2005; Ministerio de Transporte, 2004.

Tener en cuenta este proyecto nos da un marco de referencia para entender cómo decisiones globales repercuten en territorios locales, es así, como IIRSA ha afectado y sigue afectando social, política, cultural y ecológicamente a territorios en toda la región y es necesario no dejar de lado estos marcos espaciales para comprender dichas afectaciones y transformaciones.

En lo concerniente a este trabajo no pretendo analizar a profundidad estos proyectos, pero a lo largo de la escritura retornaré a ellos para comprender mejor el contexto relacionado con

escalas más amplias y, también, cómo la lógica que subyace a estos proyectos permea las vidas concretas de mis vecinos, el territorio y la forma de relacionarse con el entorno.

A su vez, se abre la pregunta por ¿quiénes o qué se transporta por esta vía? La construcción de estas grandes obras perjudica a mis vecinos agricultores, por un lado, por el daño en la tierra, las desviaciones de las aguas, los cambios económicos consecuencia de la cercanía con la ciudad; pero también, con estas vías se incentiva la importación de alimentos, lo que perjudica de manera radical a los pequeños agricultores y campesinos del país. ¿De dónde viene lo que comemos?

En este sentido, comprendo que, lo que ocurre en SSP, lo que se ve en lo local, en las vidas cotidianas, en las prácticas y percepciones, es resultado, por un lado, de proyectos políticos, sociales y económicos que escalan a niveles tan amplios como los globales, pero también a las diferentes respuestas, reacciones, construcciones y resistencias de los pobladores.

La población campesina que habita la vereda La Aldea parte alta se ha ido adaptando a las transformaciones que vienen de la mano con la infraestructura vial y los proyectos que se han llevado a cabo en el corregimiento, lo que ha supuesto cambios su forma de vivir, habitar y relacionarse con el territorio y la naturaleza.

3. Parte 2

En la primera parte de este informe de investigación, me centré en esbozar un panorama amplio a través del que me propongo comprender lo que observo en la actualidad, en tanto respuesta a transformaciones que se han vivido en el territorio y que tienen relación directa con marcos espaciales más amplios.

Estos recorridos históricos y a escalas globales y nacionales, me permiten comprender con mayor profundidad lo que sucede en la vereda y con mis vecinos en la actualidad. Se me hace inevitable recordar constantemente que lo que estoy observando en este territorio responde a esas dinámicas de mayor envergadura, porque esto, me permite entender que los procesos no son solamente resultado de lo que pasa en la vereda, de las interacciones de las personas con su entorno, con su trabajo, con sus formas de entender y hacer el mundo, sino que también de factores externos, y en este caso, como lo pudimos observar en la primera parte, factores de otras escalas espaciales y temporales que han transformado constantemente la vida, creando nuevas dinámicas y a su vez, los pobladores y ecosistemas responden a esto y se empiezan a crear nuevas configuraciones que están en constante cambio, en este sentido, recalco que éstos son procesos dinámicos que están en constante transformación y a distintos ritmos.

Muchas veces cuando observé la relación de mis vecinos con la naturaleza me parecía contradictorio, lo que decían era muchas veces opuesto a sus prácticas e incluso, entre algunos haceres, se encontraban contradicciones constantes; con el paso del tiempo, de estar compartiendo, estar inmersa también en parte de la dinámica veredal, y comprender las condiciones externas a las que se ha visto sometido el territorio y sus pobladores, pude comprender algunas de las cosas que suceden con mayor profundidad.

El desarrollo impone ritmos que, como lo pudimos observar en la primera parte con la infraestructura vial, son cada vez más acelerados y se pueden situar en diferentes lógicas, desde, las velocidades en la construcción de las vías, y cómo esta empieza a afectar cada vez más aceleradamente a la población, en términos de urbanización, cambios en las actividades económicas, pérdida de saberes y haceres, desterritorialización, etc. y también, en la agricultura, donde las formas tradicionales de hacer agricultura se mezclan con las imposiciones del conocimiento experto que está ligado al desarrollo y la revolución verde, y con esta tecnología del

desarrollo, se impone un ritmo diferente a los ciclos naturales y a los saberes de la agricultura campesina-familiar, transformando también las cotidianidades, saberes y haceres de las vidas de los campesinos y por tanto, su relación con la naturaleza.

Estos procesos se presentan en doble vía; así, los campesinos responden de diferentes maneras en la vida cotidiana y se empiezan a crear configuraciones nuevas, muchas veces contradictorias. Estas nuevas configuraciones crean relaciones particulares con el territorio y las materialidades que permiten observar cómo se desenvuelven los procesos de desarrollo en un lugar específico.

Esto se podrá observar a lo largo de esta segunda parte, para esto, me valgo de lo que Alberto Arce y Vania Charão Marques denominan *Interfaces y ensamblajes del desarrollo*, que, son líneas de fuga, propiedades, que se ensamblan en configuraciones afectivas, entidades que son lubricadas por las experiencias materiales de los actores. Estas configuraciones hacen visible el conocimiento, la agencia y las prácticas territoriales en procesos de desarrollo. Esta aproximación, a una agencia distribuida en lo material, permite visibilizar conflictos, luchas y alianzas entre redes transnacionales, los regímenes globales de explotación de recursos y los variados intereses en un territorio (Arce & Charão Marques, 2022, p. 9)

En este apartado voy a esbozar el sistema alimentario local (producción, transporte-distribución– comercialización, consumo, desecho), poniendo énfasis en comprender la agricultura en la vereda y la relación que deriva de quienes la practican, con la naturaleza.

3.1 Capítulo 4. De la tierra al alimento: Sistema alimentario de La Aldea, Parte Alta

A Coco lo conocí un día mientras me ofrecía limones y yo a su vez le ofrecía limonada. Conversamos un rato y sin pasar 20 minutos, él me compartió semillas de habichuela y arveja; mis preguntas de curiosa nos llevaron a la tierra, el cogió el azadón, movió un pedacito de tierra y soltó 3 semillas –por si alguna no revienta–, entre risas y mucha charla quedamos que nos iba a seguir enseñando a sembrar.

Los días pasaron con Coco en casa riéndose de nosotras por no saber sobre la tierra, alegando por los agroquímicos, enseñándonos su forma de sembrar, caminando hacia la molienda a comer panela recién salida y comprar miel de caña, en su invernadero mostrándonos la tecnología y los bultos de abonos que tenía, truequeando alimentos, y conversando sobre la pandemia, la ciudad, el hambre, la vereda y la agricultura. A Coco le agradezco sus conocimientos compartidos y las reflexiones que se gestaron en mí.

La noción de campesino está asociada a su relación con el entorno, con los ecosistemas, con el territorio, la tierra. En este sentido, el hacer determina gran parte de la relación campesino-naturaleza, es decir, las prácticas. Entendiendo que mi etnografía fue con campesinos y que reivindicó al campesino desde el hacer, y lo que está detrás de ese hacer, que es todo un conglomerado de saberes y conocimientos que han venido configurándose desde muchos años atrás legado de generación en generación, ahí en las prácticas es donde puedo analizar la relación campesino-naturaleza.

En el hacer, en la vida cotidiana, es donde observé esta relación naturaleza-cultura. Allí donde el campesino pone sus manos en la tierra, la campesina en el fogón, donde el conocimiento se expresa en conceptos aplicados, verbos, herramientas y trabajo. Es entonces, la valoración del trabajo material del campesino y el conocimiento que está aplicado allí y en la vida cotidiana, su manera de expresarse y conectarse a diario en el territorio.

Así, la relación naturaleza-campesino, la entiendo como hibridaciones ontológicas que se manifiestan fundamentalmente en prácticas localizadas como la agricultura.

Entiendo la noción de las prácticas como “la propiedad socio-material que orienta a los actores a interactuar con los materiales de un territorio, implica que las prácticas pueden emerger

como influencias del proceso de la globalización, de las dinámicas locales, pero también, como resultado de la interacción entre ambas.” (Arce & Charão Marques, 2022, p. 4)

De esta manera, las prácticas pueden responder a procesos cercanos entre actores locales, pero también como respuestas a “procesos amplios, de carácter remoto y de composición compleja, que responden a instituciones y directrices políticas nacionales o globales.” (Arce & Charão Marques, 2022, p. 4)

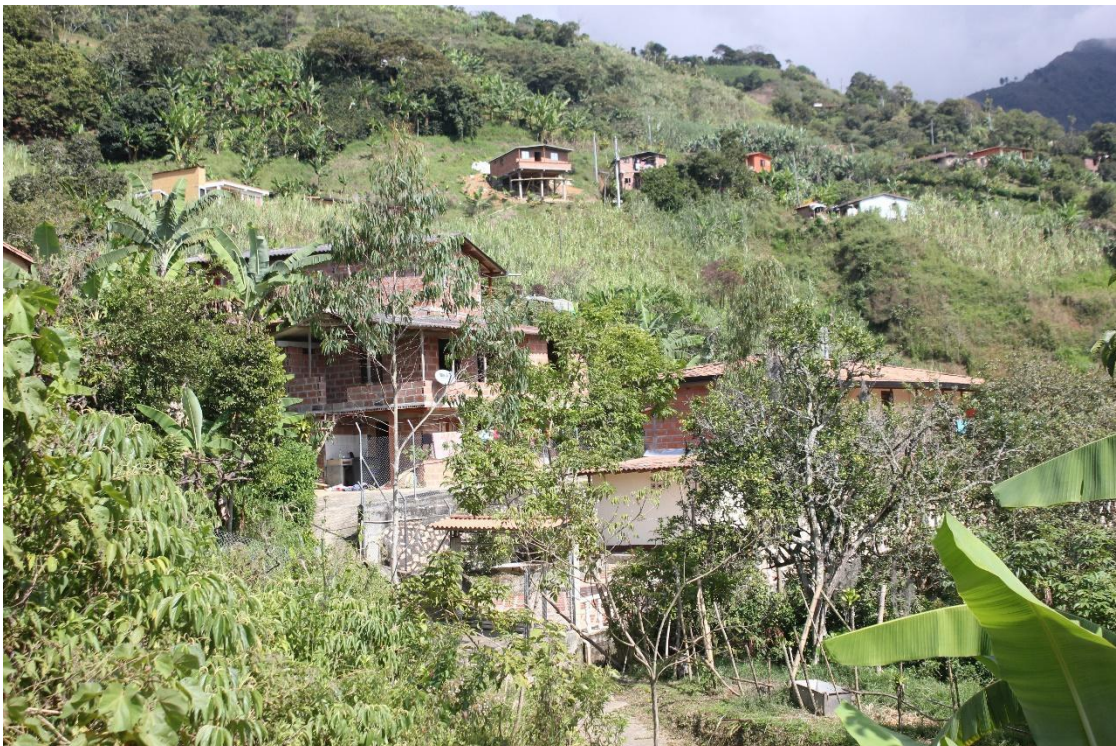
En este sentido, al observar, preguntar y participar de los haceres/prácticas campesinas, se pueden comprender las contradicciones y ensamblajes que se mantienen fluctuando en una constante tira y afloje, mostrando las implicaciones de los encuentros, disputas, negociaciones e imposiciones epistemológicas y ontológicas en los procesos de desarrollo.

3.1.1 Sistema alimentario local

La comida se va a acabar, porque no va a haber quien trabaje. Todo el mundo antes tenía su plátano, su panela, su yuca; pero la gente cambia su comida por cemento.

Enrique

Figura 14: Entre caña, plátano, cebolla y casas. Vereda La Aldea parte alta (2020)



La vereda es una colcha de diferentes coberturas vegetales e infraestructura: parches de bosques nativos y secundarios que no se conectan entre sí, pastos y cultivos, algunos invernaderos, quebradas, nacimientos y casas. Los principales cultivos son el cilantro, la cebolla junca, la caña de azúcar y, en menor medida, café. Además de estos, algunas familias tienen pequeños cultivos pancoger: maíz, yuca, plátano, frijol, arveja, tomate. Cada vez menos son estos cultivos, así como pocas son las familias que crían animales para su venta o alimento. Hay algunos pollos de engorde, gallinas criollas ponedoras, cerdos y vacas, siendo éstas últimas las que menos habitan.

El sistema alimentario local actual está permeado por las dinámicas que atraviesan la vereda, como lo vimos en la primera parte, la Autopista al mar es un importante factor de transformaciones en el territorio. A su vez, los planes que se establecen desde el desarrollo rural y agrario han ido modificando las dinámicas locales, pudiendo ser observado en la disminución de cultivos, pero también en la disminución de bosques, quebradas y en general biodiversidad.

3.1.2 Producción. Siembra: suelo y semillas

La gente acá solo piensa qué árbol tumbar para sembrar
Análida

Todo inicia en el suelo, este es la base fundamental para la agricultura y para la vida en general, allí se encuentran los elementos clave para el desarrollo de la vida, así como se llevan a cabo los ciclos necesarios para que existan los sistemas vivos en el planeta. Están los nutrientes, la biodiversidad, la materia orgánica para el nacimiento y crecimiento de las plantas. Además, el suelo es el mayor sumidero de carbono en la naturaleza, y en los procesos y ciclos del agua, capta, infiltra y almacena el agua permitiendo la recarga de los acuíferos, atrapando ciertos contaminantes y mejorando la calidad de las aguas (Burbano-Orjuela, 2016).

Análida se levanta en las madrugadas, camina la vereda y entre los bosques y las quebradas, busca los lugares con más árboles para coger hojas que caen al suelo. Recoge y llena costales que luego lleva a su casa, allí mezcla la hojarasca con tierra, restos de comida orgánica y cartón: Compost. Para ella, el mejor abono para *hacer tierra* es la hojarasca, dice que allí están los alimentos del bosque y por tanto de la vida.

Figura 15 .Coco. (2020)

Coco toma dos granitos de Triple 15 o Agromil⁴, escarba un poco la tierra y los pone allí, dice que el suelo debe estar húmedo para que se deshaga el abono y se absorba bien. Por meses se reía de mí y alegábamos ante su insistencia y mi negación del uso de agroquímicos.

-“Coco: Las hormigas negra y la mona son las que están aquí; si hay de la negra, hay que echarle *lorban* líquido varias veces hasta que se acaben.

-Andrea: (mirando con cara de descontento) Mmm...

- Coco: ¿Tú prefieres que se te acaben las matas por no echarle una vez veneno?

- Andrea: Pero coco, ¿no hay alternativas? ¿Desde siempre ha habido químicos?

- Coco: No, pero si desde hace mucho. En la casa hay venenos muy fuertes de hace mucho tiempo. Hay un veneno yo no sé de dónde salió, se llama *Nadir*⁵. Eso es muy fuerte. Es que ahora están buscando que no tiren en las matas, en las tomateras, que no tiren esos venenos. [...] Esos otros venenos que yo tengo son biológicos, usted dice que eso son venenos, pero no son venenos, son *puros venenos biológicos* que están dando la Umata⁶, porque primero nosotros sembrábamos en la casa por fuera una tomatera, una frijolada, se tiraba *tamaron*,

⁴ Según su ficha técnica, Agromil es un bioestimulante elaborado a base de auxinas, giberelinas, citocininas y vitaminas. Triple 15 es quizás el fertilizante de síntesis más utilizado, es un abono mineral soluble en agua que contiene fósforo, nitrógeno y carbono.

⁵ “NADIR® 600 SL, insecticida sistémico, absorbido por vía radicular y foliar, con actividad por ingestión y contacto y acción sobre formas móviles de ácaros (no ovicida). Persistente. Se aconseja aplicar a la aparición de los primeros individuos de la plaga a combatir. Controla razas resistentes a otros insecticidas. Su actividad puede durar hasta tres semanas.” Tomado de http://www.ghcia.com.co/plm/source/productos/9956_33_332.htm. En el 2013 la ANLA canceló el registro nacional de Nadir y otros plaguicidas “con el fin de prevenir y controlar los posibles factores de deterioro ambiental”. Ver: <http://portal.anla.gov.co/noticias/anla-cancela-registro-nacional-plaguicidas-varios-productos>

⁶ Unidades Municipales de Asistencia Técnica.

se tiraba *manzate*, que son horribles, manzate se tiraba para calentar la mata. Si no tira manzate tira cal para calentar. Antes se echaban venenos peores que los de ahora.”⁷ (Diario de campo, 2020).

Para preparar el suelo, mis vecinos quitan toda la capa vegetal superior, para esto, si es necesario, primero se aplica *matamaleza* por aspersión, o se quema con gasolina y fuego, también, de ser necesario, cortan con machete *malezas*, arbustos o si necesitan más espacio para sembrar mayores cantidades, se talan árboles; luego, remueven esta primera capa y *pican* la tierra que está abajo dejándola suelta; me dice Coco mientras pica la tierra en el invernadero donde trabaja, que *es bueno picar cuando está húmedo porque seco es muy duro*; luego se hacen las *camas* o *hileras*, es decir, las divisiones de cómo se sembrarán las plántulas o semillas, y se espolvorea cal agrícola.

Depende del cultivo que se vaya a sembrar, se le aplican determinados abonos, se hacen huecos para poner plántulas o esquejes o con el dedo se ponen las semillitas, *tres por si alguna no revienta*. Análida le dice a este proceso *huertiar*, es decir, preparar la tierra para sembrar alimentos.

“La cebolla junca se *deshija*. De un cultivo de cebolla junca usted le saca los hijos para que quede más espacio para ella crecer y esos hijos los pasa a otra era. [...] Con el cilantro es sencillo, mire, yo tiro semillas *al voleo*, o con el dedo las pongo de a tres, más o menos así [señalando una distancia con los brazos de aproximadamente 20 cm]” (Coco, Diario de campo, 2020)

“Ahora que Carlos volvió al café, toca poner a germinar la semilla. Las bolsitas no pueden quedarse flojas, se mezcla tierra, si tiene mucha piedra se zarandea, se echa cal, gallinaza y se llenan las bolsitas para poner semillas. Luego espera que crezca la matica y ahí si la pasa” (Coco, Diario de campo, 2020).

Cuentan mis vecinos que antes había pocas familias dueñas de la tierra de la vereda; sus tierras fueron repartidas entre sus hijos y nietos, quedando en su mayoría con pequeñas partes de tierra que son insuficientes para obtener ganancias cultivándolas. Debido a esto, para poder saldar y sobrevivir de la agricultura, se va expandiendo la frontera agrícola y con esto, talando árboles y sembrando alrededor de las quebradas que son las fuentes de agua para el consumo y el riego.

En cuanto a la agricultura parcelaria, las formas de propiedad y sucesión dominantes en las áreas de minifundio generan la subdivisión de las fincas hasta *escalas improductivas* (“micro-minifundio”). En estas propiedades, los sistemas de producción se caracterizan por

⁷ Lorsban y tamaron, son insecticidas organofosforados (organofosforados: grupo de sustancias derivadas de la estructura química del fósforo) utilizado para el control de plagas en diversos cultivos. Por su parte, manzate, es fungicida con actividad multisitio para el control preventivo de diversas enfermedades en diversos cultivos, formulado a base de mancozeb.

la explotación intensiva de los recursos naturales con cortos períodos de barbecho debidos a la limitada disponibilidad de tierras, lo cual genera deforestación, pérdida de la cubierta vegetal, disminución de la biodiversidad y de la retención del recurso hídrico, y erosión de los suelos. (Fajardo, 2018, p. 113) [Cursivas propias]

Figura 16. Tumbando monte. (2020)



Las semillas son nuestras madres, guardar las semillas es un acto político.

Vandana Shiva

Cuando la tierra está lista, después de estar sin capa vegetal superior, suelta y mezclada con el abono o a la espera de los tiempos que pide la cal agrícola para actuar (3 días-1 semana), los campesinos se disponen a la siembra. Para esta juegan varios factores importantes, por un lado, las semillas, plántulas o esquejes que serán sembrados, por otro lado, los tiempos y fechas para la siembra y por otro, las condiciones climáticas y lunares.

Las semillas son el primer eslabón de la cadena alimentaria. Una buena cosecha viene de una buena semilla. Allí, en estos pequeños seres es de donde surge el alimento, la vida. Preguntarse

por la semilla es preguntarse por el origen y quien controla las semillas, controla toda la cadena productiva y por tanto los alimentos.

Mis vecinos ya no guardan semillas nativas, la Unidad Municipal de Asistencia Técnica Agropecuaria (Umata), regala bolsas de diferentes semillas a cada campesino que esté inscrito. Y así como los agroquímicos, ellos guardan en sus casas bolsas llenas de semillas por largos ratos, hasta que las siembran, se truequean o se regalan. Algunas plantas prefieren no sembrarlas desde la semilla sino comprar plántulas. En San Cristóbal hay un vivero dedicado a la producción de plántulas de especies comestibles, allí, compran plántulas para luego ser trasplantadas a tierra.

Por otra parte, para sembrar café, las semillas son dotadas por la Federación Nacional de Cafeteros, a quienes estén inscritos. Me cuentan mis vecinos que:

Hace 40 años más o menos, antes solo se sembraba café, todo mundo era café, dejó de ser así cuando al café le dio la roya y la broca. Cuando llegó la broca acabó con una cosecha en todo el país. [...] Antes se sembraba café caturro pero la roya lo acabó, el caturro es la hoja amarilla le da pepa amarilla, se palotea la mata, se caen todas las hojas. Ahora se siembran variedades nuevas: catimori, punto rojo, variedad castillo. Sacaron uno nuevo hace poco. Lo trae la federación de cafeteros. [...] Las diferencias es que están buscando que no los afecte, ya la roya no los ataca. [...] La federación da todos los abonos y venenos y semillas. Hay que inscribirse a la federación para poder sembrar café en forma, por ejemplo, mire que Carlos es socio de la federación toda la vida, pero dejó acabar el café, y ahora está retomando” (Enrique, Diario de campo, 2020).

Figura 17. Retomando cultivo de café. (2021)



Me cuenta Enrique, que “la Federación ayuda mucho, regala las semillas, da el abono de inicio de levante (DAP) durante 8 meses, cada 2 meses se le echa a cada mata 20 gr. Después en adelante, dan abono de producción y urea” (Diario de campo, 2020). Así, la Federación de Cafeteros define y decide qué variedades de café se siembran a lo largo de todo el país. Ellos guardan el control de las semillas, los abonos, las variedades. Sus estándares de calidad definen cómo se siembra, qué especies se compran y el destino del producto.

Figura 18. Café. (2020)



Tanto la relación del campesino con el suelo, como con las semillas, son las bases fundamentales para la producción de alimentos y para el sustento de la vida, representan con claridad las formas de construir conocimientos que asumen un carácter específico de relación social con la naturaleza.

Dicha relación viene adjunta a los procesos de imposición de la tecnología del desarrollo; así, como lo vimos en la primera parte, la revolución verde se impuso por medio de políticas a nivel nacional que derivaron en programas y proyectos que fueron llevados a cabo en lo local por medio de instituciones como la Umata, a partir de la entrega de insumos como abonos, plaguicidas,

mangueras, semillas, etc. infraestructura como invernaderos, vías de acceso, etc. y capacitaciones, talleres, charlas dirigidas a los campesinos para el uso de agroquímicos y semillas, control de plagas, entre otras.

Las Umata fueron creadas por medio de la Ley 101 de 1993, para prestar el servicio de asistencia técnica a productores agrícolas, forestales y pesqueros. Dentro de sus principales objetivos se encuentra la capacitación de pequeños agricultores, la planificación de las explotaciones, la transferencia de tecnología técnica a pequeños agricultores y la reorientación de la explotación agrícola para que los pequeños agricultores obtengan mayores ganancias (Redacciones El tiempo, 1992).

La Ley 101 de 1993 surge a partir de los programas de Desarrollo Rural Integrado. Algunos de los objetivos de esta ley son:

* Adecuar el sector agropecuario y pesquero a la internacionalización de la economía, sobre bases de equidad, reciprocidad y conveniencia nacional. * Elevar la eficiencia y la competitividad de los productos agrícolas, pecuarios y pesqueros mediante la creación de condiciones especiales. * Favorecer el desarrollo tecnológico del agro, al igual que la prestación de la asistencia técnica a los pequeños productores, conforme a los procesos de descentralización y participación. (Ley 101 de 1993)

Es así como esta institución ha jugado un papel central en la configuración del sistema alimentario local de la vereda. Una vecina recuerda la primera vez que vio llegar a funcionarios de la Umata en un camión lleno de bultos de abonos, fertilizantes y venenos, que fueron repartiendo a lo largo de la vereda. Y mis vecinos agricultores se refieren constantemente a la información sobre el uso de abonos y venenos, semillas y riego que se les ha dado en capacitaciones de la Umata.

Allí es donde el conocimiento experto juega un papel de suma importancia. Aquellas personas, profesionales y técnicos venidos principalmente de la ciudad –y hago énfasis en su procedencia porque mis vecinos lo recalcan– terminan invalidando e incapacitando los conocimientos tradicionales del campo, por medio del discurso compartido a partir de talleres, capacitaciones y las mismas dotaciones. Establecen el conocimiento científico como el verdadero, la mejor opción, lo que se debe hacer, por encima de los conocimientos campesinos. Este discurso de la subvaloración de los conocimientos que están fuera de la academia –y de alguna manera, fuera del mercado– responde a su vez a las lógicas propias del desarrollo.

La dotación de insumos e infraestructura que son lejanas para el campesino, que no tienen conocimientos previos sobre ellos, vienen acompañados de talleres, charlas y capacitaciones donde se enseñan a cómo utilizarlos, lo que deben y no deben hacer. Así, estos conocimientos se establecen como los conocimientos que sí son e incluso muchas veces, los únicos que son posibles para que funcionen dichas dotaciones o infraestructura. Estos insumos e infraestructura son materialidades que traen relaciones específicas con el territorio.

Para participar de estas dotaciones y capacitaciones, los pobladores se inscriben en la oficina de la UMATA que se encuentra en la Casa de Gobierno, en la centralidad del corregimiento. Allí, los programas van saliendo y se buscan los perfiles que sí cumplan los requisitos para cada programa o proyecto.

¿Por qué no incentivar al cuidado de las semillas y su reproducción? ¿Por qué no enseñar la producción de abonos orgánicos, de fácil uso y preparación y en equilibrio con la naturaleza? ¿Por qué no motivar a la cooperación y asociación del campesino? Las soluciones de la tecnificación del campo y el asistencialismo responden a las dinámicas globales de la agricultura que recordé en la primera parte.

La idea del técnico que va a las zonas lejanas a brindar información y dotación cumple un papel importante en todo este entramado. Las formas como las lógicas globales llegan a lo local están muchas veces mediadas por los burócratas y técnicos, quienes son los encargados de, por medio de estos espacios y materialidades, hacer que dicha lógica se establezca con éxito.

De esta manera, detrás de estos “apoyos” está la noción de naturaleza que guarda la revolución verde y el desarrollo, como recursos que deben ser controlados para el aprovechamiento del ser humano a costa de lo que sea, transformando las formas tradicionales de la agricultura campesina, poniendo sus conocimientos y haceres en cuestionamiento, al punto de ser invalidados por sí mismos.

La superioridad asignada al conocimiento científico-técnico antropocéntrico y metafísico de origen europeo, y la exclusión, omisión, silenciamiento, de los conocimientos subalternos, entre los cuales se encuentran, por supuesto, los saberes indígenas y campesinos previos a la era del desarrollo rural, son aspectos clave en las relaciones de poder del agroextractivismo a escala global. Con la colonización epistémica del centro sobre su periferia, se logra hacer creer que los sistemas cognitivos, tecnológicos y sociales de Occidente, se encuentran en una etapa más “avanzada” que los saberes no-occidentales,

los cuales terminan considerándose –incluso por aquellos sobre quienes se ejercen los dispositivos de dominación–, como estorbos epistémicos que deben ser superados. Al final el espacio de legitimidad del saber acaba siendo ocupado completamente por los conocimientos generados por una élite científica que se considera a sí misma representando el mundo de la única forma verdadera y válida, al pretender ubicarse en una plataforma neutral de observación. (Castro-Gómez y Grosfoguel, 2007 citados por Giraldo, 2018, p. 41)

La colonización del ser, el saber y el hacer, se lleva a la práctica, con acciones, actores e instituciones presentes en lo local, que muchas veces, sin planes o consciencia específica de esto, se ligan al orden establecido y reproducen la lógica hegemónica.

A pesar de esto, dichos conocimientos y prácticas se entremezclan y se crean *interfaces del desarrollo*: líneas de fuga que permiten entender las resistencias, conexiones y la agencia del campesino frente a los procesos de desarrollo. “La agencia nos puede indicar cómo y porqué los actores adoptan una tecnología, una idea, pero también cómo ellos enfrentan a los problemas que surgen en su territorio” (Arce & Charão Marques, 2022, p. 4) En este sentido, los saberes y haceres se entremezclan creando diferentes formas de relacionarse y entender la naturaleza.

Así, aunque la forma de mis vecinos de preparar el suelo y las semillas está permeada por el conocimiento experto y las dotaciones suministradas por instituciones como la Umata, en sus prácticas permanece un entendimiento de los ciclos naturales y del conocimiento que se les fue compartido por sus abuelos y padres.

La observación de los vientos, del clima, de las temporadas y la luna es clave fundamental para mis vecinos en momentos de la siembra y la cosecha de los alimentos. Incluso, dejan de sembrar cuando la tierra no está preparada al momento que la luna ha llegado al punto de la siembra o porque no está el clima o temporada de dicho cultivo. De esta manera, los conocimientos sobre los ciclos y los cultivos están tan arraigados a sus prácticas que, aunque el conocimiento experto no les mencionó esto, ellos tienen la certeza de la experiencia, de la práctica. Saben que por más agroquímicos que apliquen, hay ciertos elementos que deben tener en cuenta y los aplican en su trabajo diario.

Un buen ejemplo de la continuidad entre el ser, el hacer y el conocer de los agricultores del Sur global es su horizonte temporal. Durante milenios los pueblos rurales han construido una manera de entender y vivir la vida que está en continua imbricación con ciclos como

las lluvias y las sequías, la siembra y la cosecha, el invierno y el verano, la luna creciente y decreciente, o la fertilidad de las hembras para la reproducción. Ese mundo vivido es cíclico y no lineal, porque año tras año, vuelta tras vuelta, existe la certeza de que la naturaleza volverá a proporcionar el sustento de la familia. El apego a la base cíclica de la naturaleza hace que se cree un acoplamiento temporal de la actividad humana a estos procesos biológicos y permitir, en el tiempo, la reproducción material de las comunidades. Por supuesto, en la condición de hibridación de las culturas contemporáneas, este tiempo cíclico coexiste en tensión con el tiempo lineal e infinito del progreso (Giraldo, 2018, p. 196)

Por otro lado, a pesar de la insistencia por parte de ellos, en que el uso de agroquímicos no es nocivo para la salud, a los cultivos pancoger les aplican poco o nada de agroquímicos.

La yuca se siembra en verano por que arrecha más. El café se siembra en invierno y se puede sembrar en cualquier luna. El maíz se siembra el 19 de marzo, es siembra de San José. Siempre se siembra maíz, tomate y frisol. Faltando 3 o 4 días para el 19 se empieza a organizar la tierra. Mi papito mantenía yuca y frisol para todo el año, no vendía, sino para comer todo el año. Ya ahora casi nadie siembra para sí mismo. [...] Ya no hay con quien trabajar porque todos se van a trabajar en otra cosa o a estudiar. [...] Ya no hay jóvenes tirando azadón ni trabajando la tierra. (Coco, Diario de campo, 2020)

Estos conocimientos de los ciclos, ritmos y procesos de la naturaleza se dan por medio de los conocimientos tradicionales recibidos de padres y abuelos, y se validan constantemente en la práctica y la observación.

3.1.3 Sostener y esperar

Un año se va muy rápido, me decía Mario, un vecino campesino mientras miraba el cultivo de cebolla. “La mata de plátano 18 meses, la yuca entre 12 y 15 meses, la mata de cebolla junca 3 meses, el cilantro 50 días si tiene buena agua y urea, la cebolla de huevo 3 meses” (Diario de campo, 2020). Estos son los tiempos para que las plantas empiecen a producir alimento cuando se le aplican los abonos de síntesis. Los tiempos de la tierra son lentos, pausados e implican paciencia

y trabajo constante: *deshierbar, abonar, platear, encalar, deshijar*, depende la planta hay un proceso detrás para mantenerlas bien y que la cosecha sea buena.

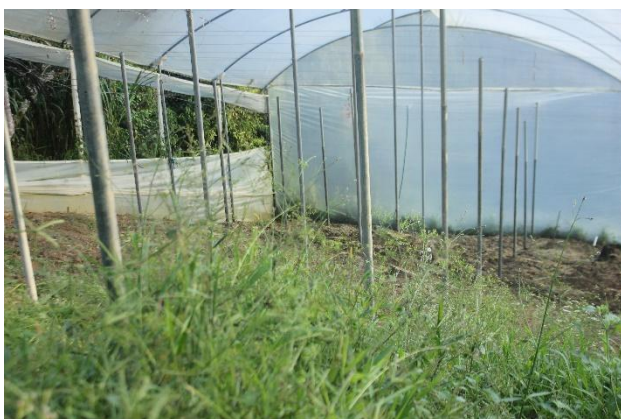
Con los agroquímicos, los tiempos y trabajo de la agricultura se transforman. Me decía Análida sorprendida con el frijol de un vecino que creció muy rápido por el uso de agroquímicos que *así cualquiera*. Sin embargo, no es tan así. Los ciclos naturales y las condiciones ambientales no son controlados en su totalidad por la tecnología de la revolución verde.

Acá, en la pequeña producción y producción campesina, ese afán, de control de la naturaleza, se ve representado en la utilización de venenos, fertilizante de síntesis, semillas patentadas, y algo que he notado mucho en comentarios, es en el uso de los invernaderos.

Los invernaderos representan la posibilidad de mantener control sobre todas las condiciones: si hace mucho calor, se suben los plásticos dos veces al día y se intensifica el riego; si hace mucho frío, los plásticos mantienen abajo y el riego se hace menor. Eso sí, con el paso del tiempo, la tierra se erosiona, el uso de los pesticidas y fertilizantes de síntesis son mucho más elevados y como buen círculo vicioso, las plagas y enfermedades son cada vez más constantes y duras de contrarrestar.

Los invernaderos que hay en la vereda son producto de proyectos de la Umata, invernaderos que superan los costos de 10 millones de pesos, se les entregan a los campesinos que se inscriben en las oficinas de la Umata para recibir asistencia técnica al momento que salgan proyectos; se capacitan, se regalan abonos y semillas y ya ellos tienen que mantenerlos. Al cabo de unos años, cuando el plástico se rompe –estas formas de agricultura son dependientes del petróleo y sus derivados– el campesino tiene que mirar cómo se consigue 2 o 3 millones para cambiarlo. En la montaña del frente, en La Frisola, se ven varios invernaderos muy grandes sin techos, con los plásticos rotos, inservibles por completo.

Figura 19. Invernadero dotado por la Umata. (2020)



El paquete tecnológico de la revolución verde se sostiene bajo la dicotomía naturaleza/cultura, donde lo humano se eleva sobre lo no humano imponiéndose, buscando el control y dominio de la naturaleza para el beneficio del capital. Así, se convierte al campesino en consumidor de los paquetes biotecnológicos y se promueve su integración a una agricultura especializada que finalmente forma una relación de dependencia y una disminución de las posibilidades de que estos pequeños agricultores puedan continuar.

El desarrollo rural, desde sus inicios, ha sido un excelente medio de intervención en la vida de los pueblos rurales que, bajo la promesa de la ayuda y la creación de expectativas, ha logrado crear dependencias incapacitantes y un sistema de necesidades amparado en la racionalidad económica moderna. (Giraldo, 2018, p. 189)

A la vez que se genera dependencia del campesino a estos insumos, el paquete tecnológico ha generado efectos desastrosos en los ecosistemas; el uso de fertilizantes, abonos, venenos de síntesis, provoca la degradación de los suelos y la pérdida de biodiversidad, lo que a su vez promueve que las condiciones de vida sean más complicadas y que se amplíe la ruptura de la relación con la naturaleza.

Omar Felipe recalca algunos de los compuestos que generan más repercusiones en la biodiversidad:

El compuesto más usado y más dañino para la salud ecosistémica es el nitrógeno sintético, cuyos efectos se relacionan con la reducción del contenido de humus, materia orgánica, y biodiversidad del suelo. (...) además es responsable del incremento de la acidez de los suelos y la consecuente inhibición del crecimiento de los cultivos. [...] El fósforo, por ejemplo, se está acumulando en los suelos agrícolas, causando eutroficación en ríos, lagos y costas oceánicas. Sin embargo, el peor efecto de los fertilizantes sobre el ambiente es la emisión de óxido nitroso: un gas implicado en la destrucción del ozono estratosférico y el calentamiento global. [...] Los pesticidas, por su parte, también suponen una amenaza para la misma productividad del sistema, ya que el 75% de los cultivos más importantes dependen de polinizadores bióticos, los cuales están seriamente afectados por el creciente uso de insecticidas. (Giraldo, 2018, p. 60-61)

Así, el impacto de la agricultura moderna sobre los ecosistemas es desmedido. Al convertir la tierra, la semilla, las plantas, el alimento en mercancías, en cosas, en objetos que son puestos al

servicio del capital, se trasgreden las formas de habitar y convivir en el territorio, y se separa cada vez más al campesino de su relación con la naturaleza más allá de la tierra.

3.1.4 Comercialización– transporte-distribución

El cilantro y la cebolla junca son los productos agrícolas que más se siembran para la comercialización, ambos tienen como principal destino los paradores a lo largo de la Autopista al mar. Algunos fines de semana muy temprano, a eso de las 5 de la mañana viene una camioneta de estacas por cosecha de cebolla o cilantro para ser llevadas a los restaurantes. Además, parte de algunas cosechas (incluyendo cítricos como naranjas, limón mandarina y mandarinas cuando hay cosecha) son comprados por Leo: el dueño de la que era la única verdulería del casco urbano de San Sebastián de Palmitas (a principios del 2021 abrieron otra verdulería en el pueblo). Sin embargo, muchos de mis vecinos se han quejado por los precios bajos a los que se les paga.

Los compradores de las cosechas no siempre son los mismos. Cuando los paradores no necesitan y hay demasiada producción, algunos alimentos son transportados a restaurantes en Urabá.

El costo del transporte de los alimentos a Medellín aumentó con la construcción del Túnel de occidente, donde sólo el peaje tiene un costo de \$33.000 ida y vuelta, haciendo que sea inviable su venta allí.

En el 2020 durante la primera cuarentena obligatoria por la Covid 19, los paradores cerraron y no había compradores para la cebolla y el cilantro, lo que derivó en tener que desechar bultos de comida y ser utilizados como cobertura vegetal para los cultivos. Ese momento demostró la fragilidad de la economía agrícola campesina.

Por otro lado, los cultivos de caña son destinados en su totalidad a la producción de panela en la molienda de Jhon Fredy que hace parte de la vereda. Estos cultivos son transportados desde su lugar de cosecha hasta la molienda por mulas llevadas por arrieros.

Figura 20. Desmote y transporte de caña. (2021)

3.1.5 Transformación

Comíamos lo que daba la tierra y la medicina también

Rosa.

Cuentan mis vecinas que antes, 30 años atrás aproximadamente, eran ellas las encargadas de la transformación total de los alimentos. La tierra daba la subsistencia diaria, se cosechaba café y cacao, se secaban, tostaban y molían para la bebida diaria. Con el maíz se hacían arepas, mazamorra, tortas, envueltos.

Hoy en día, en la vereda se puede conseguir morcilla, arepas, panela, queso; la mayoría transformados por mujeres en sus hogares y vendidos por encargo a los mismos pobladores de la vereda o a paradores (como es el caso de la morcilla).

Alba hace morcilla hace más de 40 años, toda su vida y lo que tiene ha salido de ahí. Ha llegado a vender a más de 4 paradores al tiempo. Ahora está muy enferma y sólo vende a un parador [...] Nena, Luceli y Doña Nubia hacen arepas de maíz. Compran el maíz en su

mayoría porque aquí ya no hay suficientes cultivos de maíz. Preparan todo en sus cocinas con fogón de leña y manos, muy artesanal y sin ninguna ayuda tecnológica (Diario de campo, 2020)

La economía de la vereda ha sido la producción agrícola, la transformación de los alimentos se ha dado principalmente para consumo propio o para venta en la misma vereda. Esta transformación es principalmente llevada a cabo por mujeres.

Figura 21. Quesito. En la primera cuarentena obligatoria en 2020, se transformaban más alimentos para consumo propio y para venta en la vereda. (2020)



Por otra parte, la producción panelera ha sido tradicional en el corregimiento, sin embargo, ahora sólo queda un trapiche en la vereda, su dueño es Jhon Fredy y en él trabajan personas, casi todos adultos hombres de la vereda y de otras veredas de San Sebastián de Palmitas y Ebéjico.

Hoy sólo estaban los trabajadores, son 9 hombres. Eso de hacer panela es todo un trabajo, pero es tan hermoso que no se produzcan desechos, el ciclo va así:

Dos hombres se dedican a sacar el guarapo a la caña, a molerla. Ese guarapo baja por un tubo hasta un primer tanque, paralelo hay otro hombre dedicado con todos los residuos de la caña ya molida mantener vivo el fuego, en el tanque donde cae el guarapo se va calentando y otro hombre va pasando con una cuchara gigante de tanque a tanque, en total hay como 6 tanques; en el 4 tanque se le aplica color –una anilina vegetal–, para que “eso no quede tan pálido” y aceite para que no se pegue y sea fácil manejarla; cuando ya llega un punto –el punto– el hombre del cucharón la pasa a dos mesas, donde otros dos hombres la empiezan a batir y batir, con una “técnica específica”, hasta que coja cierta textura y la

pasan a moldes, es todo como un baile, hay 3 moldes, el grande “el atado de panela”, los pequeños, que son circulitos y unos corazoncitos. Los moldes son de madera, echan ahí la mezcla y esperan que se seque para después sacarlos. Hay otro hombre que se encarga de ir empacando, lo ayuda Jhon Fredy que es el dueño de este trapiche y administrador de dos trapiches más en otras veredas; el hombre que empaca los pone en paquetes de 50 kilos y los baja. Y por último hay otro hombre que coje los residuos al moler caña los echa en el 6to tanque, eso lo utilizan para darle de comer a las “bestias” que después transportan muchos de esos paquetes de 50 kilos hasta la carretera de abajo donde lo recoge un carro para llevar a San Jerónimo y otro para llevar a Palmitas.

Esta vez sólo había uno que no era adulto, era tipo 30 o algo así, el resto son señores muy adultos y todos hombres. No hay ninguna mujer en el momento de la producción, están siempre atrás, en la casa, adentro, haciendo la comida de todos, limpiando el mugre, el desorden, organizando las camas donde duermen, porque se quedan a dormir los 2 o 3 días que muelen (Diario de campo, 2020).

Figura 22. Molienda. (2020)



3.1.6 Consumo

La fuerza de la boca es tal que puede llegar a modificar los mercados o a remodelar los paisajes.
Di Masso

La desvinculación del productor con sus productos, es decir, del campesino con el alimento, se ve con claridad al momento del consumo. La dieta de mis vecinos ya no se basa en los alimentos que la tierra y sus manos producen, sino, en la compra de alimentos que proceden de diferentes lugares.

Algunos de ellos mercan donde sea más económico, siendo principalmente en “La Vaquita” de San Cristóbal, una cadena de supermercados de Antioquia, otros compran la comida al diario en las tiendas en La Aldea parte baja, donde también les fían.

A inicios del 2021, por la vía al mar, a poca distancia de la entrada a la vereda, siguiendo los parámetros del desarrollo, se construyó un paradero muy grande que tiene incorporado restaurante, ferretería, venta de artículos para ir a la piscina, verdulería “Fruver” y un D1. El D1 es una tienda de cadena que ofrece variedad de productos a precios muy bajos, debido a esto y el tipo de productos que se ofrecen, es también un factor que ha modificado y seguirá modificando los patrones de consumo de los pobladores, a su vez, afectando el comercio del pueblo y tiendas cercanas. Ya es común encontrar basuras en los caminos de la vereda de diferentes productos del D1, casi todos de mecato como helado, papitas, dulces, etc.

Como bien lo recuerda Marina Di Masso,

Una de las tendencias de cambio más relevantes [del sistema alimentario actual] es la concentración (de poder de decisión, de valor añadido) en el eslabón de la gran distribución. Los supermercados y grandes superficies son los actores protagonistas de un sistema supermercadista que, paralelamente, produce una dinámica de desempoderamiento de los extremos productivo y de consumo en la cadena agroalimentaria. (Masso, 2012, p. 42)

Así, el consumo pasa a tener prioridad en la cadena alimentaria, dándole poder a estas grandes superficies y restándolo a pequeñas tiendas, minimercados, e incluso, al consumo de alimentos de siembra propia.

La dieta de mis vecinos se basa principalmente en carbohidratos como el arroz, la papa, la yuca, el plátano. Y la proteína es queso, huevo, fríjoles, salchichón y carne o pollo cuando el dinero les alcanza para comprar. Las verduras no son parte importante –más allá del aliño– en las comidas.

Los cultivos pancoger y la transformación de los alimentos en casa para el consumo propio son cada vez menores, así, el campesino se desvincula de sus propios productos, ya no son para su consumo, ya la tierra ofrece posibilidades de generar dinero más que generar el propio alimento, propiciando la pérdida de soberanía alimentaria y la dependencia a los mercados.

En este sentido, la relación con la naturaleza tiene aquí también profundas transformaciones. Antes, del contacto con ella se obtenían alimentos, incluso sin ser sembrados, ahora, es principalmente una posibilidad de generar dinero para alimentarse. Me cuenta mi vecina Rosa,

Antes comíamos frisol vida, un frisol morado, amarillo y blanco que no hemos vuelto a ver. Se cultivaba para cultivo de la casa o eso daba en los cañones y ya no volvió a ver. El chachafruto era lo que más se comía antes, pero ya casi nunca se ve, o maíz sancochado pelado con arepa de mote. Comíamos lo que daba la tierra y la medicina también. (Diario de campo, 2020).

Esto responde a las dinámicas del sistema alimentario global, que promueve el consumo de determinados alimentos, generando una homogenización del mercado, y a su vez, facilitando la siembra de dichos alimentos y excluyendo la de otros como lo son en su mayoría las especies nativas, que terminan extinguiéndose de los territorios.

El nacimiento y la consolidación del agroextractivismo, están atados a esos signos del mercado según los cuales lo mejor es dedicarse a producir una sola especie útil para obtener una ganancia, y que es racionalmente más adecuado proveerse de alimentos mediante la compra en el mercado con el dinero que surja de la venta de la monocosecha. La racionalidad económica orientada a la especialización está en el corazón del capitalismo como bien decía Adam Smith, por lo que no es de extrañar que, si esta lógica es asumida en la agricultura, se acabe por anular la diversificación y se favorezca el establecimiento de una producción homogeneizada. (Worster, 2008 citado por Giraldo, 2018, p. 51)

Así, los pequeños cultivos de cebolla y cilantro, los cultivos de caña y la construcción de casas para arriendo, han reemplazado los cultivos para consume propio, desligando a su vez al campesino de su relación con la tierra y con el alimento.

3.2 Capítulo 5. Territorialización desterritorializante: Agricultura, carreteras y saber experto en La Aldea

“¿Qué es el territorio?

El espacio que tenemos, que nos pertenece, a veces el espacio que no nos pertenece, el espacio que nos roban, que creemos que es de nosotros y no es de nosotros, que nos invaden, que nos lo dañan. Eso.”

Análida.

En este trabajo entiendo la noción de territorio desde una perspectiva amplia, que toma en cuenta las construcciones materiales y a su vez las tramas de poder. La noción de territorio excede la dimensión de la materialidad y,

Se expande a las relaciones sociales que expresan relaciones de poder materializadas en prácticas espaciales, pero a su vez, en representaciones específicas de cada actor involucrado, conformando un amplio mapa que expresa múltiples territorialidades que en ocasiones pueden entrar en tensión. (Moreno, D’Amico, Pessolano, & Accorinti, 2013, p. 6)

De esta manera, el territorio no puede comprenderse independiente de la intervención humana, sino más bien, íntimamente vinculado con esta y con las diversas formas como los lugares son significados, percibidos y sentidos por la sociedad. Es entonces, la conjunción del espacio con lo orgánico y lo tecnológico (Giraldo, 2018). Allí se desenvuelve un juego de relaciones donde se articula lo biofísico con el ordenamiento imaginario y simbólico.

El territorio es una red de interacciones dinámicas, que surge en movimiento a partir de nuestras herramientas simbólicas y biológicas que creamos con-otros-en-sociedad. Se trata, pues, de pensar el lugar en interrelación con los cuerpos, los lenguajes y la historia biológica y social; siempre co-emergiendo, co-surgiendo, como fruto de la constante interacción entre los pueblos y sus ambientes naturales específicos. [...] En pocas palabras: se trata de entender el territorio no como una cosa, sino como una relación entre la materialidad y la inmaterialidad, sin separación entre lugar y población. (Giraldo, 2018, p. 205)

Esta noción del territorio permite comprender, como lo propone Omar Felipe Giraldo, de manera amplia “el fenómeno del acaparamiento de la tierra, reconceptualizado ahora como

acaparamiento territorial”. Y para ello, como hemos visto, no sólo se necesita de la apropiación física del espacio, sino también del control simbólico.

Marx hablaba de la acumulación originaria, aquel proceso histórico de desloca el productor de los medios de producción, siendo esta la base sobre la que opera la expropiación de la tierra a los agricultores, una ruptura violenta donde se despoja al campesino de sus tierras.

Sin embargo, autores como Omar Felipe Giraldo, desde la ecología política, proponen que “la expropiación no depende solo de la expulsión física, sino de una disociación que trascendería el despojo directo” (Giraldo, 2018, p. 74-75). En la vereda La Aldea se puede analizar dicho proceso pues, a pesar de que si ha habido desplazamientos físicos principalmente por las condiciones que impuso la construcción de la Autopista al Mar, los dispositivos por medio de los que se ha desligado al campesino de su tierra han sido más sutiles, simbólicos y epistemológicos.

Los que han leído la biblia, los viejos que les gusta leer, dicen que va a haber plata pero que no va a haber comida, porque después que nos muramos los viejos, los jóvenes no van a trabajar, va a haber plata en abundancia pero no comida (Coco, Diario de campo, 2020)

“Va a haber plata, pero no comida”, me dicen varios de mis vecinos al hablar sobre las dinámicas actuales en la vereda. La imposición de otras dinámicas de vida y las transformaciones profundas que se llevan a cabo en la vereda dejan claro que la vida campesina, y su relación con la naturaleza, cambian constantemente y se encaminan hacia la pérdida de sus modos de vida tradicionales. El desarrollo, en este caso puesto en marcha a partir de la infraestructura vial y los dispositivos de transformación del sistema alimentario, han generado que los saberes y haceres de las poblaciones campesinas de la vereda, cada vez sean menos “útiles” para llevarse a cabo y vivir a partir de ellos.

Al tener que asumir las lógicas de la agricultura convencional e intentar insertarse en un mercado que no los desea allí, al campesino se le ponen trabas para que sus conocimientos, saberes, haceres y formas de habitar ya no tengan lugar. Así, el despojo y la desterritorialización empiezan a tener otras formas, no sólo estas violentas que se imponen en territorios de agroindustria y que se hacen también muy evidentes a los ojos de todos.

Sólo a unas horas de Palmitas nos encontramos con el Urabá Antioqueño, allí podemos observar la gran agroindustria: kilómetros y kilómetros de monocultivos de banano y palma africana, que han sido causa y consecuencia de la violencia que habita este territorio al ser posicionado como rincón de producción para la exportación. Ante mis ojos, los monocultivos son

impactantes, grandes extensiones de tierra abonadas con agroquímicos y venenos tóxicos para la vida.

Estos paisajes de muerte se hacen más difusos en territorios como San Sebastián de Palmitas. Aquí los paisajes del desarrollo (Bustamante, 2016) se presentan de maneras más sutiles –si así se puede nombrar– que hace necesario una observación y análisis detenidos a las transformaciones que se viven, pues son el resultado de la misma lógica, pero con otras maneras de llevarse a cabo. Ordenan y planifican los territorios bajo ideas específicas de lo que es la naturaleza y la relación con ella, y a su vez, definen las vidas de los campesinos. La desposesión de sus territorios inicia con la desposesión de sus saberes.

Cuando el campesino adopta las reglas de la revolución verde, las tecnologías y conocimientos, cuando los hace suyos y los defiende, allí empieza la dominación epistémica, simbólica y cultural. Y es por medio de ésta que se presenta la desterritorialización. A este

Ejercicio de poder sobre los territorios sin que medie la expulsión previa de los pueblos, es lo que Rogerio Haesbaert (2001), llama una desterritorialización en la inmovilización. Surge cuando el mando de los territorios no es determinado por sus habitantes, sino cuando queda bajo potestad de otros. (Giraldo, 2018, p. 82)

De esta manera, en algunos territorios, como es el caso de la vereda La Aldea de San Sebastián de Palmitas, el dominio sobre la tierra y la vida se basa en dispositivos más sutiles donde el poder termina “disciplinando, no solo el espacio, sino también los cuerpos de los agricultores” (Giraldo, 2018, p. 80).

El capitalismo crea a su Otro en dos fases: primero, desterritorializando las formas de habitar existentes, para luego territorializarlas según su propia racionalidad. La separación del productor de los medios de producción –dirían Deleuze y Guattari–, tiene como condición primaria la destrucción de territorialidades previas para luego reincorporarlas como parte del sistema. Se trata ni más ni menos, de una vorágine que desestructura las interrelaciones de espacio-tiempo, cambia los lugares física y simbólicamente, y moviliza cuerpos para re-incorporarlos como pieza funcional al engranaje de producción y agregación de valor. No solo para quienes son expulsados de sus tierras y son convertidos en proletarios agrícolas, sino también para todos aquellos que se quedan viviendo en un lugar transformado bajo la lógica de los monocultivos o son insertados a la lógica mercantil del paquete tecnológico para la agroexportación, la desterritorialización es una expresión

de la desestructuración de sus mundos, modos de producción, temporalidades, significados y sentires, para ser integrados servilmente al agrocapitalismo a escala global. (Giraldo, 2018, p.s. 82-83)

En este sentido, la inclusión del campesino al mercado, y de la vereda a las dinámicas globales por medio de la infraestructura vial, son formas que no se presentan por medio de una violencia directa, sino que se basan en la inclusión y homogeneización para insertar dichos territorios a lógicas globales. Así, la relación con la naturaleza se transforma, se separa, al punto, que los planes para los territorios pasan de ser proyectados por la población a ser manejados por las instituciones, surgiendo una desterritorialización sin desplazamiento físico total, pero donde las formas de habitar el territorio se fracturan, se vuelven dependientes a entes y mercados externos.

La nueva geopolítica de desarrollo agrícola trata de insertar todos los territorios posibles a las conexiones globales de acumulación de capital, lo que significa, en palabras de este geógrafo, una “territorialización desterritorializante”, pues al final se disocia al campesino de su tierra, una vez se logra dominar sus prácticas, sus saberes, sus campos de enunciación y la manera de estar instalados en el mundo.

Las prácticas del sistema alimentario actuales en la vereda muestran que la relación campesino-naturaleza está evidentemente permeada por las lógicas economicistas del desarrollo rural, que son interiorizadas por el campesino, atravesando sus corporalidades y afectos.

El poder es mucho más efectivo cuando no es coercitivo, sino cuando se apoya en la creación de un sentido común. Cuando crea certezas, rituales de verdad que son aceptados como incuestionables, y una vez el mundo de la vida cotidiana se somete a ciertos órdenes del discurso. (Giraldo, 2018, p. 92)

El capitalismo no permite que ningún territorio se salga de sus proyectos y así, se crean diferentes estrategias para que cada espacio sea útil para la acumulación. En este caso, primero se van destruyendo los saberes tradicionales por medio de la inserción de tecnologías de la revolución verde y una vez despojados de la capacidad para mantener los modos de vida acorde a las condiciones ecológicas y culturales del lugar habitado, incluso, llegando a afectar su permanencia allí por las mismas prácticas, como es el caso de la contaminación de las aguas, la erosión e infertilidad de los suelos, la pérdida de diversidad. Allí, quedan supeditados a buscar otras opciones como jornaleros agrícolas, o en trabajos en la carretera o en la ciudad, fuera de sus formas de habitar y comprender la vida y el territorio.

Después de un año de realizado mi trabajo de campo, ya en el 2021, Coco ya no está sembrando casi comida porque las condiciones no dan para que pueda llevar a cabo su vida como hasta el momento. Para subsistir, Coco trabaja en lo que encuentre: instalando pozos sépticos en otras veredas, como obrero en la construcción de restaurantes al borde de la carretera e incluso, desplazándose a Fredonia a recoger café. Para Análida, pagar la cuenta de energía cada vez es más complicado, un día me dijo que es muy “verraco tener que dejar de comer para pagar la luz”.

A pesar de que aún es posible el habitar la vereda desde sus propias formas, o por medio de esas mezclas, ensamblajes, interfaces, son preocupantes los ritmos acelerados y los cambios que se ven en cortos periodos de tiempo. Las dinámicas generacionales de la vereda son parte de los signos más alarmantes de esta desterritorialización, donde para las personas adultas es inevitable la incertidumbre por un futuro, viendo a los jóvenes y niños casi que por completo desligados del territorio. De esta manera,

Se pone en marcha una desterritorialización afectiva, un redireccionamiento del deseo y las sensibilidades en el tiempo abstracto del progreso. Se construyen imaginarios desterritorializados, así como corporalidades y sentimientos acordes a las dinámicas de la acumulación y el consumo, escindiendo los cuerpos de los territorios, desafectándolos del lugar y de sus vecinos, extrañándolos de las condiciones comunales de habitación y del sentimiento de reconocerse pertenecientes a la tierra. Reitero, no se trata de crear insensibilidades, sino de orientar la sensibilidad, estableciendo aquello que puede ser sentido de aquello que no puede serlo (León, 2011). Mediante la instauración de un régimen de lo sensible se separan ideológicamente los cuerpos del lugar habitado, desligando las afecciones de los espacios, haciendo que los mismos lugares sean resignificados, inscrito al interior del orden discursivo del desarrollo. (Giraldo, 2018, p. 120)

San Sebastián de Palmitas es un territorio muy diverso, su población, sus actividades, sus ecosistemas, están constantemente recordándome que es un territorio en disputa, siempre en los límites del desarrollo rural. Así como se da una desterritorialización por medio de cambios en las prácticas, saberes, afectos y corporalidades, también se percibe la fuerza y sencillez de la vida campesina.

Pese a su pretensión de subsumir todas las relaciones sociales para insertarlas en los circuitos globales de agregación de valor, del otro lado de la historia, hay luchas, resistencias, y estrategias ocultas de poder que también le son invisibles al capital [...] Los pueblos no son agentes

pasivos, ni simples marionetas movidas según el capricho de un poder que los avasalla. Aunque, sin duda, las marcas del poder son inobjtables, la subordinación es siempre parcial (Giraldo, 2018, p. 125).

4. Parte 3

¿Por qué hablar de las mujeres campesinas?

Mujeres que cuidan, cuidan sus territorios, sus cuerpos y la vida. Mujeres que defienden, que contemplan, que sienten. Mujeres que cuidan las plantas, que cuidan a los hijos, que cuidan a sus esposos y la vida de sus hogares. Mujeres que sostienen, que protegen y contienen. Mujeres que dan vida, que sonríen y lloran.

¿Qué es cuidar? ¿Qué implica en los cuerpos y en la vida? ¿Qué relaciones se tejen en torno al cuidado?

Este es un homenaje a las mujeres que, siendo consciente o no, han cuidado la vida desde tiempos atrás, que guardan sus historias, sus penas, dolores y alegrías debajo de sus brazos; brazos con los que abrazan cada día, con los que preparan el alimento y acarician las plantas. Este es un reconocimiento a aquellas mujeres, guardianas de los territorios, del agua y del fuego, que en frente de un fogón, avivando la leña, dan calor al hogar y posibilitan el alimento.

¿Qué pasaría si la historia la escribieran las mujeres? ¿Qué pasaría si leyéramos el territorio a través de nuestros ojos? ¿Cuánto cambia la historia y la realidad?

Las mujeres de las que aquí hablo, mujeres campesinas, rurales, mujeres amas de casa, trabajadoras, cuidadoras, me enseñan a abrir la mirada, abrirla a mi ser mujer, a nuestras formas de habitar, ser, y relacionarnos, nuestras formas de sentipensar y construir el territorio.

Este apartado no estaba dentro de los planes iniciales del diseño para el proyecto de grado, no había pensado sobre la relación diferencial de las mujeres y hombres con el territorio, sin embargo, durante el trabajo de campo, y mucho más, en la sistematización de la información y la escritura, fueron apareciendo los hallazgos más importantes en este trabajo: se construye territorio de maneras diferentes, si se es hombre o se es mujer. Partí al entender que el papel de la mujer en el sistema alimentario local era diferente al del hombre, es más, parecía que no estaba su presencia, pero al poner el lente sobre las mujeres, me di cuenta de que siempre están ahí, en los roles más privados, en los hogares, con sus jardines y el alimento.

De allí surgen estas reflexiones que se nutren de los aportes del feminismo y particularmente de la ecología política feminista y los feminismos ambientales. No pretendo sean a profundidad un estudio de género o introducirme en debates que no hacen parte de este trabajo, sino dejar pinceladas para posibles miradas futuras y hacer un llamado a la importancia de fijarnos

en la mujer, y particularmente en la mujer rural/campesina y las relaciones que tejen con el territorio.

Ante un relacionamiento hegemónico con el territorio y la naturaleza que pasa por una mirada moderna/colonial, extractiva, androcéntrica, que prima la producción; la mirada del cuidado y de la mujer rural en este territorio se puede observar como una alternativa o resistencia: resistencia al uso de agroquímicos, a la destrucción de los bosques, al cuidado del agua y del alimento; una alternativa a relacionarse con la naturaleza desde otra mirada.

En este capítulo planteo algunas situaciones locales que dan cuenta de las posibilidades que se desprenden de centrar el foco en las mujeres y algunas de sus prácticas y percepciones referentes a su relacionamiento y construcción de territorio y naturaleza.

4.1 Capítulo 6. Entre el cuidado y la belleza: Construcción de territorio desde las mujeres

¿Cuál cultivar? A mí me gusta es sembrar matas.

*Antes no había que echar venenos al jardín ni nada de eso, todo este frente era de flores,
allá canastas con geranio. Me provocaba llorar de ver mi jardín antes.*

¡Yo tenía astromelias! ¿Quién tiene astromelias ya por aquí? Nadie.

Otilia.



Figura 23. Conversando sobre el achote. (2020)

4.1.1 Feminismo, ecología y cuidados.

Para este capítulo haré un breve recuento sobre algunas posturas que me permiten pensar la relación entre el cuidado, la mujer rural y el territorio, sin pretender ahondar en debates sobre género, sino más bien, abrir la posibilidad de vislumbrar las reflexiones tan potentes y urgentes que surgen de estos postulados y de abrir la mirada a pensar las construcciones femeninas. Cabe aclarar que en este trabajo no me sitúo en una u otra postura teórica, mejor, pongo sobre el papel y para posibles investigaciones o acciones, lo que he observado en este territorio.

Dentro del feminismo y su relación con la ecología, se han destacado dos posturas: el ecofeminismo esencialista y el constructivista o feminismo ambiental.

El ecofeminismo esencialista se desenvuelve con autoras como Vandana Shiva y María Mies, quienes proponen que la constitución del sistema capitalista y su mantenimiento es posible por la dominación de la naturaleza y de las mujeres. En cuanto al cuidado, en el ecofeminismo de Vandana Shiva “hay una visión biologicista y esencialista que asocia la sensibilidad y la naturaleza orgánica de las mujeres con el cuidado de la naturaleza” (Velazquez G & Medina Ortiz, 2020, p. 235)

Autoras más contemporáneas de esta misma corriente, proponen que al pensar la relación género-naturaleza, se evidencian los dualismos de la lógica moderna dominante, como: naturaleza/cultura, emoción/razón, cuerpo/mente, doméstico/público; que dan cuenta de la desvalorización de las mujeres, la naturaleza, los sentimientos, y de allí, la urgencia de repensar estas lógicas.

Por otro lado, la corriente constructivista o de los feminismos ambientales, considera la identidad de género como una construcción sociocultural, lo que abre paso a la capacidad de agencia de las mujeres para deconstruir los modelos patriarcales de feminidad que han sido impuestos. Dentro de esta corriente se entiende la relación de las mujeres con la naturaleza como resultado de procesos históricos que nos han mantenido en los ámbitos privados y domésticos a cargo de las tareas de reproducción social, destacando las actividades del cuidado. Desde este punto de vista, la relación de las mujeres con sus entornos naturales se determina por contextos económicos, sociales y culturales en los que transcurre la vida cotidiana.

Ambas corrientes reconocen que el capitalismo, para lograr su acumulación ilimitada y su expansión, ha requerido de la explotación y dominación de la naturaleza y a su vez, del tiempo de las personas para ponerlas al servicio del mercado por medio de su fuerza de trabajo. En este sentido, los trabajos de reproducción social y de cuidado, que en sociedades patriarcales

históricamente han desempeñado las mujeres, han sido invisibilizados, desvalorizados socialmente y separados del entorno productivo, sin embargo, son un eslabón crucial, ya que producen fuerza de trabajo, una mercancía fundamental para el sistema económico.

Así, se subraya que

la vida, y la actividad económica como parte de ella, no es posible sin los bienes y servicios que presta el planeta (bienes y servicios limitados y en progresivo deterioro) y sin los trabajos de las mujeres, a las que se delega la responsabilidad de la reproducción social (Pascual Rodríguez & Herrero López, 2010, p. 4)

De estas propuestas surgen dos conceptos importantes, la ecoddependencia y la interdependencia. Los feminismos ambientales proponen que somos seres que vivimos en la naturaleza y necesitamos de ella para sobrevivir (ecoddependencia), y a su vez, a lo largo de toda nuestra vida necesitamos una serie de demandas y tiempos de cuidados (interdependencia).

Así, todas las personas requerimos cuidados, “tanto para sostener la vida física, como para poder mantener las condiciones que nos permitan subsistir. Los cuidados, desde la visión de los feminismos ambientales, son imprescindibles para que podamos existir, para que haya reproducción social cotidiana y para que subsista la reproducción generacional de la vida humana.” (Velazquez G & Medina Ortiz, 2020, p. 236)

Los feminismos ambientales plantean que el cuidado y los trabajos de la reproducción social son imprescindibles, y a su vez, cuestionan que las mujeres sean quienes deben asumir estas labores como responsables exclusivas. Así, buscan que los hombres, los estados-nación y los mercados también asuman su corresponsabilidad.

Sin poner en duda este postulado, cabe resaltar la importancia del papel de cuidadora que ha desempeñado la mujer a lo largo de nuestra historia y la necesidad de pensar las transformaciones necesarias para la visibilización, reconocimiento y valoración.

Para pensar el tema de los cuidados, las autoras Margarita Velázquez y Maiexe Medina (2020), nos recuerdan la importancia de tener en cuenta las siguientes tres tensiones:

1. La importancia de no identificar ni reducir la ética del cuidado con una ética femenina. Trascender de la mirada esencialista de que el cuidado es inherente a las mujeres o sólo debe ser analizado como un tema de género. El cuidado puede y debe ser ejercido por todas las personas, no es responsabilidad de las mujeres y así mismo, la naturaleza no debe ser feminizada.

2. La ética del cuidado no es un posicionamiento que se coloque por encima de la ética de los derechos o de la ética de la justicia. Se plantea el cuidado y la justicia,

como dos perspectivas morales que organizan la mente, las emociones y que llevan a las personas a tomar diferentes acciones en la vida pública y en la privada. Desde este planteamiento, no siendo consideradas como antagónicas ni jerárquicas, se han reconocido interrelaciones posibles entre la ética del cuidado y los derechos humanos, propiamente en la integración de valores y actitudes del cuidado con los derechos, responsabilidades y fines en los que se materializa. (Velázquez G & Medina Ortiz, 2020, p. 252)

3. La necesidad urgente de “incidir en cambios epistémicos, imaginarios y de representaciones en un sistema capitalista, patriarcal y androcéntrico para priorizar la sostenibilidad de la vida” (Velázquez G & Medina Ortiz, 2020, p. 253). Para esto es fundamental nuevas formas de conocimiento y comprensión del mundo, más allá del paradigma racional y objetivo. Necesitamos generar nuevos planteamientos éticos y epistemológicos que permitan reflexionar sobre la existencia y sostenibilidad de la vida. Lo cual plantea un giro epistémico.

En el que la sostenibilidad de la vida sea central y en el que las ciencias, los horizontes políticos, las formas de concebir y posicionarnos en el mundo tengan como marco la relacionalidad; esto es, las formas de relación y dependencia con el medio ambiente y la interdependencia en las relaciones humanas, sociales, dándole importancia a los vínculos comunitarios y a lo colectivo (Velázquez G & Medina Ortiz, 2020, p. 253)

De esta manera, el ecofeminismo y los feminismos ambientales ponen en escena la importancia de pensar el cuidado y los trabajos de reproducción social y comprender el papel de la mujer en estas labores. Sin desmeritar la importancia de pensar la redistribución de cargas, los tiempos que se destinan a los cuidados y sin querer fortalecer el sesgo del cuidado que recae sobre la mujer.

Es importante enfatizar que dado que han sido las mujeres quienes han asumido un rol histórico frente a los cuidados y los trabajos domésticos, se han generado responsabilidades que consideran el bienestar y el cuidado de otras personas y en muchos casos el cuidado de la vida, han aprendido habilidades que buscan la supervivencia propia y las de los más cercanos y con esto, la creación de vínculos que favorecen la interdependencia y la sostenibilidad de la vida. Estos aprendizajes han sido motivo para justificar la esencialización de las mujeres, pero si nos salimos de esta visión, es importante reconocer las habilidades y capacidades aprendidas que son más

acordes con poner la vida en el centro, la supervivencia de la especie y otros relacionamientos con la naturaleza, para superar los valores individualistas, competitivos, de costo-beneficio y lucro que caracterizan al capitalismo patriarcal.

De esta manera, el sentido no es desmeritar las prácticas y habilidades en las que se han desempeñado las mujeres en su rol como cuidadores, ni argumentar que son capacidades femeninas, sino más bien, reconocerlas para entender la importancia de resignificar y darle lugar a estas capacidades, que desde las experiencias femeninas pueden dar luces para pensar otras formas de habitar. Así, pensar desde la mujer toma especial importancia, por un lado, para visibilizar “los problemas, impactos y demandas específicas de género que las mujeres presentan en su relación con el medio ambiente y con la sobrecarga de cuidados y de tiempos que le dedican” (Velázquez G & Medina Ortiz, 2020, p. 249). Y por otro, por la importancia de realzar las voces femeninas, las prácticas cotidianas que promuevan la socialización y el trabajo grupal entre mujeres en torno a sus actividades, luchas y estrategias para la defensa de la vida.

A , exploraré observaciones de campo que permiten reconocer la ética del cuidado en las vidas cotidianas de las mujeres, sin esencializar, sin responsabilizar, sino reconociendo su importancia y las posibilidades que surgen de estas para pensar un nuevo paradigma de relacionamiento.

4.1.2 El alimento, las plantas y el jardín

En el sistema alimentario local aparentemente las mujeres no tienen un rol muy notorio, sin embargo, su relación con el alimento se teje directamente con la transformación. Son ellas quienes preparan los alimentos para sí mismas y para la familia, llevan los alimentos al hombre que sale a trabajar, jornalear; son ellas quienes se acuerdan de cómo antes cosechaban y hacían los diferentes alimentos: chocolate con el cacao, panela con la caña de azúcar, las arepas con el maíz; cómo se cogían y cocinaba el chachafruto, la sidra, las diferentes variedades de frijol y otras muchas especies; son ellas quienes saben de dónde se toma el agua, si el agua viene muy sucia a dónde deben ir para tomar agua más limpia; y son ellas quienes han generado un vínculo diferente más allá del cultivo como lo vimos en los capítulos anteriores, rompiendo a su vez, la lógica productivista de costo-beneficio que caracteriza la agricultura que se observa en la vereda; por

ejemplo, ellas en vez de agregar agroquímicos, cuidan sus pequeñas huertas para consumo diario con hojarasca, cagajón, arena, compost, etc.

Algunas mujeres recalcan que antes podía existir soberanía alimentaria, que a pesar de que se recuerdan muy pobres, no había hambre y por el contrario había mucha comida, muchos huertos de alimentos. Sin embargo, ahora hay momentos de escasez de productos básicos y en contraparte, hay relaciones cotidianas entre los pobladores, redes familiares y vecinales que se han construido por años y que se convierten en estrategias de subsistencia, relaciones que aún permiten un sostenimiento de la vida.

Dentro de los sistemas alimentarios, en cuanto a la agricultura, el papel que se le ha destinado a la mujer rural ha sido el cuidado y el mantenimiento de algunos cultivos pancoger y la cría de animales, sin embargo, en la vereda, estas labores que se relacionan con la tierra y animales ya no son tan comunes, pues hay poco vínculo con el alimento y el sustento diario a partir de la tierra, es decir, las preparaciones alimentarias con lo que se cultiva ya no son comunes y la dependencia a las tiendas, minimercados y supermercados de cadena como D1 es cada vez mayor. Sin embargo, son ellas las que se encargan de la reproducción familiar y los cuidados, son ellas las que sostienen los hogares para que los hombres, agricultores puedan desenvolverse con la tierra en búsqueda de dinero para suplir las necesidades básicas.

Por otro lado, la siembra de otras plantas, de flores, jardín, de plantas medicinales, es común en la vereda, muchas de ellas a partir de las plantas medicinales y aromáticas y el cuidado del jardín encuentran una forma de tejer relaciones de amistad entre mujeres, de apoyo y una excusa para la comunicación entre ellas. Sin embargo, a pesar de que conocen y hasta siembren muchas plantas medicinales y aromáticas, las reconozcan en los caminos y en las casas de otras, que saben sobre sus propiedades medicinales y formas de usarlas, que recuerdan que antes todos los remedios eran con plantas y con lo que había, ahora no es tan común su uso, y ese conocimiento está cada vez más difuso.

Figura 24. Reconociendo plantas medicinales silvestres con Rosa. (2020)



Los conocimientos sobre plantas medicinales van quedando en las prácticas y saberes de las abuelas y adultas de la vereda. Mujeres que cuidan sus plantas y sus jardines, que se conocen todos los nombres de las plantas y sus propiedades y usos.

Figura 25. El jardín de Otilia y el jardín de Marta. (2020)



La lógica productivista que se ha impuesto en las zonas rurales del país permea muchos de los rincones de la experiencia social y cultural de las poblaciones, como lo vimos anteriormente, las formas de relacionamiento con la naturaleza y el territorio se han transformado a la par que se

transforman las dinámicas globales y nacionales. Me dice Rosa: “Comíamos lo que daba la tierra y la medicina también. No se le echaba químicos, abonos o venenos.” Le pregunto qué acabó todo eso:

La gente que se pusieron a abonar, los abonos acabaron con la naturaleza bonita, la tierra. Usted sembraba una vaina de alverja y la comida daba, ahora ya no da. Si la gente no hiciera eso, estaría esto bonito. Yo si le digo, acabaron con toda la naturaleza. (Diario de campo, 2020)

El uso de agroquímicos como símbolo de la revolución verde y con esto de la imposición de esta lógica, ha logrado transformar hábitos que implican cambios en el relacionamiento con la naturaleza y la construcción de territorio. Así, el uso de plantas medicinales y la siembra y cuidado de jardines son formas de pensar y tejer relación con la naturaleza y la comunidad, que son resistencia a la lógica dominante.

4.1.3 Agua

*Como se dice, el agua tiene vida, como los ríos, ellos vuelven al cauce y se llevan lo que
sea
Análida*

Figura 26. Luceli recogiendo agua. (2020)



En la casa de mi amiga Daniela, a 15 minutos de mi casa camino abajo, en la misma vereda, hay dos tomas diferentes de agua. Un día cualquiera, me dispongo a lavar los utensilios sucios; abro la llave del agua que proviene del nacimiento, gotea un hilito de agua café, cierro la llave, vuelvo y abro con la esperanza ingenua de que al abrirla de nuevo brote el agua; abro la llave, ya sólo salen unas cuantas gotas. Respiro. Voy al lavadero, abro la otra llave que proviene del acueducto veredal, salen chorros de agua que nunca tomaría, que incluso no utilizaría para lavar: agua café, negra, sucia, cargada de sedimentos. En la casa del lado está Rosa, con su mirada siempre tranquila dice que ya salió Marlon a revisar qué pasaba con el agua.

Otro día bajaba con Análida rumbo a la carretera, nos topamos con Luceli. Caminaba con una olla grande rumbo al nacimiento. Iba a preparar la comida, abrió la llave y el agua turbia bajaba por borbotones. Su mirada asqueada, su mirada de frustración. Toma la olla grande, la lava y sale en busca del nacimiento. El tanque se encuentra a unos 100 metros de su casa, un tanque mohoso que contiene el agua que baja de un pequeño nacimiento; este tiene a su alrededor unos pocos árboles que lo protegen, y más allá, sólo veo caña. Luceli abre con un poco de dificultad la tapa de cemento, sumerge la olla, y con ayuda de Análida, sacan la olla llena de agua cristalina. Este tanque

provee el agua de varias viviendas por medio de tubos de pvc que salen de allí. Entre sonrisas y afanes por el almuerzo, Luceli carga la olla y la vemos alejarse con esfuerzo.

En la vereda, hay dos acueductos veredales que son tomados de dos diferentes quebradas. El más conocido es el de Agua bendita, una quebrada que pasa por el antiguo camino del virrey y que en la actualidad tiene poca vegetación más allá de los cultivos de caña que fueron sembrados a su alrededor. El otro, alimenta el sector de “los rieles del padre”, y nace de las montañas por la vereda Miserengó. El agua para consumo y riego se toma del mismo lugar, algunas casas toman el agua de los acueductos veredales, otras de nacimientos.

El agua es fundamental para la vida, para los cultivos y para el consumo diario. Gracias a la biodiversidad presente en el corregimiento, las aguas abundan, muchas de ellas nacen en las zonas que son reserva en la parte superior del corregimiento, se deslizan por la montaña, atraviesan rincones y bajan dándole vida a toda la vereda. Además, hay muchos nacimientos que brotan del suelo en la vereda y en invierno, se desbordan por los angostos caminos y brotan soltando las tierras arcillosas.

Estas aguas antes de llegar a la carretera (la Autopista al Mar), recorren la vereda generando deslizamientos y derrumbes, por falta de canalizaciones y por las características de la tierra, erosionada, suelta y sin suficiente capa vegetal que la sostenga. Cuando construyeron la Autopista al mar, tuvieron que desviar varios nacimientos y quebradas y allí donde mis vecinos recuerdan que iban a río a bañarse, ahora quedan aguas contaminadas o escasas.

Se está agotando el agua, tienen ganas de echar agua por acá porque la Bendita no está dando abasto para toda la gente que hay y el riego, además, entonces quieren echar agua de Boquerón. Que ahora ya quitan un peso con que La Chinita, que van a echar para la Aldea baja, y del pueblo para abajo [La Aldea parte alta] de Boquerón. (Coco, Diario de campo, 2020).

Con la llegada de más personas a la vereda, el agua viene siendo un desencadenante de discusiones y problemas. Su cuidado es casi nulo. Muchos nacimientos se secan casi en su totalidad en verano, debido a que cada vez más familias toman el agua de allí, y ante la ausencia de consciencia, se talan los árboles alrededor, siembran cultivos como caña e incluso, ponen vacas a pastar o marraneras.

El riego para los cultivos se complejiza en estas épocas de verano, que también debido al calentamiento global, se extienden o disminuyen de acuerdo con el año. En invierno, los excesos

de agua generan deslizamientos constantes de tierra, dejando sin salida ni entrada a la vereda, ni para las personas, ni para las cosechas; además, tierras erosionadas y con poco drenaje generan hongos y plagas que han dañado cosechas enteras. Sin embargo, no se toman acciones para el cuidado del agua, parece que no se piensa en ella, no se tiene en cuenta como parte fundamental de la subsistencia, lo que para Omar Felipe Giraldo es muestra tal de una lógica productivista que deja de lado la vida y el sustento de ella,

el incremento de un sistema económico que no toma sus bases en el suelo, sino en la metafísica de las leyes del mercado, incrementa de manera violenta el abuso del agua, reduciendo así la disponibilidad para saciar la sed de plantas, animales y humanos, y degradando su calidad hasta hacerla inapropiada para la reproducción de las urdimbres vitales. (Giraldo, 2018, p. 196)

El agua ya no es potable en la vereda, los acueductos veredales vienen contaminados generando enfermedades estomacales, algunos dicen que caen allí las aguas de los pozos sépticos, otros dicen que las marraneras, otros, que cuando llueve, caen las aguas negras de la vieja carretera al mar. Muchos de mis vecinos no relacionan el consumo del agua con las afecciones que sufren, “toda la vida hemos tomado agua cruda y mire, no nos ha pasado nada. Ahora Lucía insiste en que hay que hervirla, pero hervida a mí no me gusta.” (Coco, Diario de campo, 2020).

Figura 27. Tanque de nacimiento de agua. (2020)



Sin embargo, las mujeres, con el rol histórico del cuidado, son más conscientes de la importancia de cuidar los nacimientos y de las aguas.

Figura 28. Sacando Agua para cocinar y tomar. (2020)



Así, la gestión del agua dentro de los hogares y la relación con ella en el territorio es principalmente pensada por las mujeres. Ellas son quienes, ante la preocupación de la enfermedad, o ante la ausencia del agua para el consumo o la cocción de los alimentos, buscan formas de subsanar esta necesidad. De esta manera, en la vereda, el agua para el riego de los cultivos es asunto del que se encargan los hombres agricultores y el agua para el consumo, su potabilidad y su cuidado, es asunto de las mujeres.

4.1.4 Análida y la belleza

“A: Análida ¿qué es la Naturaleza?”

Análida: Pues, todo esto.

A: ¿usted también es naturaleza? ¿Los humanos somos naturaleza?”

Análida: Según el corazón que tengamos, porque hay gente que no es naturaleza. La gente no le para bolas, no le parece gracia, un árbol les estorba, lo van tumbando porque sí, porque no les parece gracia. Hay gente que no es naturaleza, ¿o qué? Yo lo veo por

ese lado, ser naturaleza qué es... que a usted no le estorbe nada, que todo le parezca bonito, que a todo le vea gracia, que a todas las matas les vea algo bueno.

A: ¿Para usted los cultivos, la huerta, también son naturaleza?

Análida: Son naturaleza mientras no le metan químico. [...]”(Diario de campo, 2020)

Salgo de mi casa con un morral en la espalda, cargo allí la cámara, un cuaderno, envases de vidrio y plantas secas. Con cuidado y linterna en mano, bajo los rieles mohosos, tomo la entrada a la derecha y me sumerjo en un camino de mulas –y humanos– de piedras, barro y hojas. Paso la primera quebrada, que ahora huele a caño y está rodeada por caña y muy pocos árboles; continúo hasta llegar a donde Nena e Iván, saludo con entusiasmo mientras admiro sus rosas y su ahuyama desparramada por todo el borde de la casa. Al elevar mi vista me encuentro con caña, mucha caña.

A sólo 10 metros aparecen flores moradas; entro por el pasadizo a mi izquierda, mis sentidos se despiertan, respiro profundo, me recibe un corredor de muchas plantas, flores, medicina, olores, colores, y de seguro muchos sabores. Al entrar escucho las paticas correr sobre la tierra, rozando –y aporriando– las plantas, los ladridos anunciando mi llegada; grito “Análida” varias veces para saber si está, para que amarre al peludo bravo, para que me grite “pase”. Me reciben los peludos y ella, casi siempre con las manos y la ropa llena de tierra, con su rostro sonriente de verme, sus ojos brillantes, su cuerpo delgado y un abrazo que me alegra a mí también. Entre flores, hojas y tallos, se encuentra ella, amante de la belleza y cuidadora de la vida.

Entro a saludar, a hablar de yerbas, a que me muestre las plantas que tiene sembradas, a conversar. Caminamos entre el bosque de plantas que sus manos han construido, ella con una linterna, como una hormiguita recorriendo y mostrando su lugar, entre palabras a ritmos rápidos que la caracterizan, me va mostrando a sus hijitas: pronto alivios, romeros, rudas, geranios de muchas variedades, mentas, hierbabuenas, oréganos, inciensos, flores amarillas, rojas, rosadas, moradas, blancas; un sinfín de formas y colores, un sinfín de seres que nos acompañan en medio de la conversación.

A Análida la conocí cuando empecé a vivir aquí; ella, con sus 7, 8, 9, 10, incluso 11 perros, y sus cientos de plantas, es una mujer muy particular en la vereda. La recorre arriba y abajo, recogiendo y llevando plantas, reciclaje y favores. Durante la cuarentena empezamos a tener un vínculo más cercano, a hablar de plantas, de la vida. Ella venía a la casa a conversar con Dani y

conmigo, horas y ratos riéndonos o acompañándola a llorar. Las plantas y la magia han sido nuestro mayor encuentro, nuestra amistad se ha construido entre piecitos, plantas secas y escucha.

Ella es una mujer amante de la vida, sensible, amadora de animales y plantas, seres que son su compañía. Nacida aquí, en San Sebastián de Palmitas, en la vereda La Aldea. Su mamá es precisamente mi vecina, y este territorio donde ahora vivo era propiedad de su papá hace muchos años.

Ahora, Análida vive un poco más abajo, con sus perros y sus plantas, viviendo las contradicciones de la vida rural y las tensiones de ser una cuidadora de los bosques, el agua y los animales en un territorio donde predomina la lógica campesina de producción.

Una noche en su casa, y con la luz de la linterna que danza al son del relato, conversábamos sobre el alimento y la siembra:

Yo: ¿Usted cómo empezó a sembrar?

Análida: Todo esto era Pará, le eché matamalezas 2 veces, y empecé a echar hojarasca, cargaba 35 bultos diarios, porque había mucha hojarasca, mucho bosque en ese entonces, traía hojas de plátano, pata de gallina, traía hojas, lo tiraba todo ahí. Todo lo que tenía hojas, cartón, todo.

Yo: ¿Qué fue lo primero que sembró?

Análida: Estas copas amarillas, esto fue lo primero que sembré. Don diego de la noche.

Yo: ¿Por qué esa?

Análida: Porque era la que más me gustaba, llegué a tener 35 matas de don diego de la noche, y ésta [moviendo la luz para señalar una plantica], porque es la que conseguí más fácil con raíz y después le fui metiendo todo lo que cayera, lo que fuera.

Yo: ¿Usted por qué no siembra comida?

Análida: Porque la legumbre, primero hay mucha plaga, fogoneras, arrieras, hay de 3 hormigas. [...]. [Sembrar comida] es de mucha dedicación, para que produzca hay que combatirle mucha plaga. Por ejemplo, maíz, para dar buen maíz hay que echarle abono y guerriarle mucho. [...] A mí la comida no, porque los animales pisotean [...] Yo desde pequeñita que tengo 5 o 6 años siembro jardín, yo le arrancaba a mi papa cebolla para meterle matas, sembraba de lo que cayera, de lo que cayera y encontrara, eso era una revoltura la verraca.

Yo: ¿a usted por qué le gusta sembrar plantas?

Análida: Yo no sé por qué me enferma el jardín, desde pequeña era enferma, me iba con mi mamita y me iba por allá a las casas y decía que quería esas matas. Y la comida, qué tan raro que es lo principal y lo que yo más puedo necesitar, pero a mí no me llama la atención, que yo diga sembrar una mata de tomate, pa' que, yo con un tomate tengo, yo digo no, un hijo de cebolla, yo por ahí me consigo una cebolla.

Yo: ¿y maíz?

Análida: Ayy que rico tortas, chócolos... pero aquí ya no da porque es demasiada mata. A mí me dicen que Análida por qué vas a sembrar todo esto así, todas esas matas estorbando. Será porque a mí me descresta y me gusta más ver jardín y ver árboles y ver matas que ver una mata de tomate o una mata de ají.

Yo: y ¿por qué sembrar tanto cilantro y cebolla?

Análida: porque eso huele rico (risas), y le regalo a la gente. (Diario de campo, 2020)

Figura 29. Análida con un perro amigo. (2020)



Análida no siembra comida porque tiene la idea de que para sembrar comida debe usar muchos agroquímicos. A ella le encantan las plantas, ver sus flores, sus aromas, sus colores. Su casa es un bosque de plantas medicinales y jardín. Las plantas que dan comida para ella están

destinadas a otras tierras y en su percepción las separa por completo de las plantas que le proporcionan belleza a su vida.

Su relación con la naturaleza parte de la belleza. Con los bosques, las quebradas, las flores, las plantas medicinales, los animales, ella se relaciona dando amor, reproduciendo y protegiendo. Se relaciona desde el amor, el cuidado y la belleza.

¿Cuál es entonces la relación con la vida? Análida tiene una relación especial con las plantas, ella las entiende y en ellas encuentra medicina, salud y también amigas. Va por la vereda hablando entre vecinas –amigas de toda la vida– sobre diferentes plantas, se intercambian “piecitos” y se cuentan las especies que vieron en casas de otras; ella va por ahí, repartiendo esquejes, piecitos y hojas. Tiene en su cuaderno anotado todas las que tiene, las que ha visto y las que quisiera tener. Sabe sobre sus propiedades, sobre su uso, aunque no las usa. Conoce plantas que dice que ya no se encuentran, que cuando era joven había por todas partes y que ya ella no ha podido coger. Siembra en baldes, tarros, bolsas, llantas. Siembra en todo lo que va reciclando, dice que las plantas que tiene son por buena mano, porque la tierra de su casa es muy mala, arcillosa y llena de piedra, entonces que sus plantitas crecen por suerte y buena mano, aunque en realidad en mi forma de ver, ha preparado un suelo mejor que todos los de la vereda. También dice que no siembra comida porque no tiene plata para todos los fertilizantes y químicos que habría que aplicar, que ella prefiere las plantitas así.

Análida guarda una relación diferente con esta forma de vida, muy diferente a la relación que guardan mis vecinos agricultores. Para algunos de ellos, la tierra es útil en la medida que da comida, cuando la tierra es infértil no habría que hacer nada con ella. La naturaleza es vista como tierra, para ser racionalmente utilizada y ordenada. La importancia de la tierra para ellos es su cantidad y calidad para producir, en este caso, alimentos. La forma de Análida de ver la naturaleza, la tierra y las plantas, difiere de esta lógica utilitarista y precisamente en ella y su vida podemos observar las contradicciones de dicha lógica.

Análida no siembra comida, pero el hambre es una constante en su vida; ella protege los bosques y los nacimientos de agua, sufre por el daño que se les hacen, y por esto, a su alrededor muchos vecinos no la quieren cerca, no les conviene sus búsquedas de cuidado. La tensión se encuentra entre la búsqueda interna suya de cuidar, de la belleza, de la sensibilidad, y la necesidad de dinero para sobrevivir en un sistema que, además, no busca proteger la vida y menos, la valoración de quienes se encargan de ello. Así, Análida es una conocedora del territorio, de sus

aguas, sus plantas, sus bosques y animales, y a su vez, vive una constante tensión por vivir dignamente.

En las búsquedas de una vida digna, de obtener entradas económicas, Análida y las mujeres de la vereda han buscado diferentes medios, casi siempre se parte de las mismas labores de cuidado: vender arepas, queso, morcilla, piccitos o plantas, reciclar, entre otras. Sin embargo, esto se cruza con los tiempos que se destinan a las labores de reproducción social y particularmente al cuidado.

4.2 El cuidado como posibilidad para pensar un nuevo paradigma de relacionamiento.

La necesidad urgente de pensar un vínculo diferente entre los humanos, y entre los humanos en el territorio, que ponga sobre el centro la vida y la sostenibilidad de ella, nos pone en una búsqueda constante de otras miradas.

Para esto, no hay que ir muy lejos, la mirada desde el cuidado presenta una posibilidad, una alternativa, o si se quiere, una resistencia, a las lógicas hegemónicas que buscan separar cada vez más la idea de naturaleza de la cultura, las emociones de lo racional, el cuerpo de la mente; desvalorizando a la mujer, los sentimientos, los animales, los bosques, el agua. Quiero proponer que desde el cuidado se puede generar una ruptura de estas dualidades para pensarnos como *parte de*. En este sentido ya que las mujeres son las que históricamente en la sociedad, y específicamente en esta vereda, se han encargado de dicho cuidado, este es un llamado a pensar, reflexionar y escuchar más la voz de las mujeres, dignificar y comprender los roles que han ejercido, con todas las contradicciones y problemáticas que ello conlleva y con todos los debates al interior –que suponen también retos para seguir pensando y luchando– pero que su práctica y su vida cotidiana pueden proponer una forma diferente de relacionamiento que parte del cuidado.

Desde estos enfoques del cuidado, el ecofeminismo, el feminismo ambiental, la economía feminista, es también un llamado a pensar el sostenimiento de la propia vida como humanos pero también a un cambio total para salir de la lógica androcéntrica y empezar a pensar en otros paradigmas que pongan el cuidado de la vida humana y de los territorios, entornos, naturaleza en el centro, y unas vidas humanas dignas y compatibles con esta relación.

Los feminismos ambientales enfatizan en la importancia de no sólo pensar la relación humanos-naturaleza, sino, dentro de este cuestionamiento, pensar las relaciones entre las personas, para poder pensar los problemas de sostenibilidad de la vida, también entendiendo que “las

relaciones que las personas establecen con sus entornos naturales son también relaciones sociales” (Velázquez G & Medina Ortiz, 2020, p. 247)

La importancia de poner la vida en el centro de nuestros debates, pensamientos y acciones, parte de que lo humano sólo es posible si nuestros entornos son sostenibles, pensar una vida digna y cambios económicos, sociales y políticos, pasa por pensar una concepción diferente de la naturaleza, y a su vez, pensar relacionamientos diferentes entre humanos. Por esto, pensar primero en la vida, y quitar gradualmente la centralidad que tienen los mercados, la lógica de acumulación, de extracción y devastación, requiere de propuestas que coincidan con la búsqueda de modos de vida no desiguales, que piensen en la interdependencia y en la ecodependencia, y que así, se puedan juntar ideas, prácticas, voces, sentimientos y pensamientos para que se puedan exigir acciones y responsabilidades públicas para las transformaciones. De esta manera, las prácticas, percepciones, pensamientos y sentimientos de mis interlocutoras se presentan como otras formas posibles de vivir en naturaleza, que, bajo otras condiciones sociales, económicas y políticas, pueden ser vistas como lógicas ejemplo para pensar otros relacionamientos.

Queda entonces abierta la pregunta, cada día nos exige pensar cómo nos relacionamos, desde lo íntimo y privado, hasta las relaciones públicas, sociales y con el territorio. ¿Cómo queremos que se transforme nuestra sociedad? ¿De qué relaciones queremos partir? ¿Cómo poner la vida en el centro?

Reflexiones finales

Este trabajo inició esbozando un panorama amplio de las relaciones que se entrecruzan entre las decisiones globales-nacionales y lo local, específicamente la vereda La Aldea parte alta del corregimiento San Sebastián de Palmitas.

Por un lado, la reflexión parte del papel que ha cumplido la infraestructura vial del desarrollo en la configuración territorial del corregimiento, haciendo la pregunta, de ¿para quién son estas grandes vías? ¿Qué repercusiones tiene la infraestructura en la configuración de los territorios?

Así, el sistema alimentario empieza a aparecer para pensar las decisiones globales sobre la alimentación y cómo han repercutido en el campo colombiano, generando perjuicios a las vidas de los campesinos y a los ecosistemas.

A su vez, la importancia de pensar y hablar sobre el campesino/a en un país donde poca importancia se le da al campo, y en la esfera académica, donde las investigaciones sobre el campesino se han enfocado en temas como la violencia, la guerra, la asociatividad, más no al reconocer sus conocimientos, prácticas y relacionamientos.

De esta manera, esta primera parte recuerda que los procesos no son solamente resultado de lo que pasa en la vereda, de las interacciones de las personas con su entorno, con su trabajo, con sus formas de entender y hacer el mundo, sino que también de factores externos, de otras escalas espaciales y temporales que han transformado constantemente la vida, creando nuevas dinámicas y a su vez, los pobladores y ecosistemas responden a esto y empiezan a crear nuevas configuraciones que están en constante cambio.

De aquí, reflexiono sobre la importancia de analizar los contextos, tener claridades sobre ellos, analizarlos desde las diferentes esferas y escalas que nos están hablando todo el tiempo sobre su configuración.

El seguimiento de las trayectorias del sistema alimentario en la vereda: cómo se produce, se comercializa, se transforma y se consumen los alimentos, permite pensar sobre las formas en que el sistema alimentario hegemónico global, impone la lógica moderna/colonial, que separa la naturaleza de la cultura, y determina unas formas específicas en dicho relacionamiento que se basan en la explotación, la utilidad, la búsqueda de beneficios, convirtiendo la naturaleza en sólo tierra, que se espera sea productiva.

Así, desde instituciones locales, han capacitado al campesino con las tecnologías de la revolución verde, que traen implícitas las lógicas hegemónicas, generando rupturas en las formas de conocer, saber y hacer del campesino.

Sin embargo, dichos conocimientos y prácticas se entremezclan y se crean, lo que autores ya citados denominan *interfaces del desarrollo* (Arce & Charão Marques, 2022). Con esto, podemos entender los procesos en doble vía, es decir, no se impone una forma de agricultura y por tanto de relacionamiento con la naturaleza, que se desarrolla tal cual, sino que, se configuran muchas formas diferentes que podrían ser vistas como contradictorias, pero también, como resistencias a lo hegemónico.

A pesar de esto, los procesos que ocurren en la vereda me permiten pensar los procesos de desterritorialización que impulsa el capitalismo. Estos, se pueden observar en la vereda, por medio de prácticas más “sutiles”, que no parten del despojo violento característico de muchas zonas del país, sino que, ordenan y planifican los territorios bajo ideas específicas que terminan definiendo las vidas de los campesinos. La desposesión de sus territorios inicia con la desposesión de sus saberes. Con la desposesión de los saberes, se termina habitando un territorio en el que los saberes y haceres de las poblaciones campesinas de la vereda, cada vez sean menos “útiles” para llevarse a cabo y vivir a partir de ellos. Al tener que asumir las lógicas de la agricultura convencional e intentar insertarse en un mercado que no los desea allí, al campesino se le ponen trabas para que sus conocimientos, saberes, haceres y formas de habitar ya no tengan lugar.

Finalmente, la pregunta por la mujer campesina surge con especial importancia. A partir de la ética del cuidado, las mujeres han sido quienes se han encargado del cuidado de las familias, el hogar, y de la vida en general. Desde el cuidado se pueden tomar alternativas para poner la vida en el centro y proponer otras formas de relacionamiento con la naturaleza y de habitar los territorios, para esto, es importante pensar en las mujeres, escuchar sus voces y experiencias.

Las reflexiones de este trabajo me crean otras preguntas que son posibilidad para pensar otros trabajos, investigaciones, preguntas, acciones futuras. Principalmente, la pregunta es por la lógica de relacionamiento, en este caso se centró en el campesino/a y el alimento y, al final, en el relacionamiento campesino con la naturaleza; pero, ¿qué podemos observar en todos los ámbitos de nuestras vidas? ¿cómo entendemos la naturaleza? ¿Cómo nos relacionamos en la naturaleza? ¿Cómo poner la vida en el centro?

La crisis social, ecológica, política, económica por la que atravesamos nos pone como urgente pensar sobre las formas de relacionamiento y las alternativas que necesitamos encontrar y accionar. Este trabajo tiene como objetivo ampliar la visión para complejizar la mirada sobre el cómo nos relacionamos, desde algo que pareciera tan básico y esencial como el alimento, pero que, con este trabajo evidencio que en últimas es sobre cómo nos relacionamos con la vida misma.

Referencias

- ANI. (2014). *Encadenamiento e infraestructura*. ANI.
- Anzola, J. S. (2017). “*Uno hace la finca y la finca lo hace a uno*” *Trabajo, conocimiento y organización campesina en Sucre*. Gente Nueva Editores.
- Arce, A., & Charão Marques, F. (2022). Interfaces y Ensamblajes en la antropología del desarrollo: actores, afectos y materialidades. En: Claudia Puerta Silva (Compiladora), *Metodologías para desarrollos situados: propuestas críticas y comprometidas*. Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Antioquia.
- Blog La peste. (2016). *La peste*. <https://n9.cl/05peez>
- Burbano-Orjuela, H. (2016). El suelo y su relación con los servicios ecosistémicos. *Revista de ciencias agrícolas*, 117-124.
- Bustamante Cardona, J.C. (2016). *Los paisajes del desarrollo en San Sebastián de Palmitas. El Turismo Como Régimen Espacial Para La Ruralidad de Medellín*. Universidad de Antioquia, Instituto de Estudios Regionales.
- Campos Delgado, N. A. (2016). *Sistemas alimentarios, semillas y complejidad*. Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.
- Cárdenas, D. P. (2011). *Planeación y configuraciones globales desde lo local: El caso de San Sebastián de Palmitas*. [Tesis de maestría en estudios socioespaciales Universidad de Antioquia]. Repositorio digital Universidad de Antioquia.
- Carrasco, N. (2004). *Antropología de los problemas alimentarios en contemporáneos*. Universidad Autónoma de Barcelona.
- CORANTIOQUIA. (2014). *Distrito de Manejo Integrado. Divisoria Valle de Aburrá– Río Cauca*. Ficha técnica, Itagui.
- Corporación ecológica y cultural Penca de Sábila. (2011). *Una vida digna para la comunidad campesina de Medellín*. Corporación Penca de Sábila.
- Devimar. (sf). *Devimar*. <https://www.devimar.co/autopista-al-mar-1>
- Donato, M. D. (S/f). *Hacia una ecología de la alimentación. La comida no es sólo comida*.
- Durán, F. (2008). Globalización, identidad social y hábitos alimentarios. *Revista de las ciencias sociales*, 27-38.
- Durand, L. (2002). La relación ambiente-cultura en antropología: recuento y perspectivas. *Nueva Antropología*. vol. XVIII, núm. 61, 169-184.

- Escobar, A. (2007). *La invención del tercer mundo*. Fundación editorial el perro y la rana.
- ETC. (2017). *Quién nos alimentará? ¿La red campesina alimentaria o la cadena agroindustrial?* Grupo ETC.
- Fajardo, D. (2018). *Agricultura, campesinos y alimentos (1980-2010)*. Universidad Externado de Colombia.
- FAO. (2017). *Reflexiones en torno al sistema alimentario*. FAO.
- Federici, S. (2013). *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Traficantes de sueños.
- Fuentes, E., Borja, F., & Gomez, A. (2010). Gestión ambiental y sistemas alimentarios: Una nueva dimensión transdisciplinar. *Revista ciencias e ingeniería al día.*, 67-82.
- Giraldo, O. F. (2018). *Ecología política de la alimentación*. El Colegio de la Frontera Sur.
- Gómez, A. C. (2010). Gestión ambiental y sistemas alimentarios: Una nueva dimensión transdisciplinar. *Revista Ciencias y tecnologías al día*.
- Grosfoguel, R. (2016). Del extractivismo económico al extractivismo epistémico y ontológico. *Revista Internacional de Comunicación y Desarrollo (RICD)*, 33-45.
- Gudynas, E. (2011). *Imágenes, ideas y conceptos sobre la naturaleza en América Latina. Cultura y Naturaleza*.
- ICAHN. (2017). *Elementos para la conceptualización de lo “campesino” en Colombia*. ICAHN.
- IDEAS. (2006). *La gran distribución: supermercados, hipermercados y cadenas de descuentos*. IDEAS.
- Ingold, T. (2015). Conociendo desde dentro: reconfigurando las relaciones entre la antropología y la etnografía. *Etnografías Contemporáneas 2*, 218-230.
- IPCC. (2020). *El cambio climático y la tierra*. IPCC.
- Ley 135. Sobre reforma social agraria. Congreso de Colombia. Bogotá, 1961
- Ley 101. Ley General de Desarrollo Agropecuario y Pesquero. Congreso de Colombia. Bogotá, 1963
- Machado, H. (2010). La ‘Naturaleza’ como objeto colonial. Una mirada desde la condición eco-bio-política del colonialismo contemporáneo. *Episteme*, 35-47.
- Masso, M. D. (2012). *Redes Alimentarias alternativas y soberanía alimentaria*. Universidad autónoma de Barcelona.

- Medellín. Alcaldía (2020). *Comuna 50: San Sebastián de Palmitas*. Ficha informativa, Alcaldía Medellín.
- Mejía, A. (2020). *Diario de campo*. Diario de campo.
- Ministerio de transporte. (2015). *Ministerio de transporte*. <https://www.mintransporte.gov.co/publicaciones/4442/gobierno-firma-contrato-de-la-autopista-al-mar-1-en-antioquia/>
- Moreno, S., D'Amico, P., Pessolano, D., & Accorinti, C.-E. (2013). Territorio y reproducción social: herramientas conceptuales para repensar el desierto de Lavalle (Argentina). *Ambiente y desarrollo*, 57-70.
- Muñoz, L. D. (2009). *San Sebastián de Palmitas: cambios socioeconómicos a partir de la construcción de la Conexión Vial Aburrá – Río Cauca y el túnel de Occidente. Periodo 1996-2008*. [Tesis de maestría en antropología Universidad de Antioquia] Repositorio institucional CISH.
- Muñoz, L. D. (2014). Nuevos escenarios para la comunidad campesina de San e Palmitas luego de la construcción de la Conexión Vial Aburrá-río Cauca y el Túnel de occidente. *Boletín de antropología*, 353-375.
- Pascual Rodríguez, M., & Herrero López, Y. (2010). Ecofeminismo, una propuesta para repensar el presente y construir el futuro. *Boletín ECOS n° 10*, 1-9.
- Redacciones El tiempo. (1992). *Umata: qué es y para qué sirve*. En *Redacciones El tiempo*. <https://n9.cl/kzjih>
- Rentería, C. (2007). *IRRSA en Colombia: Rutas para el nuevo comercio*. [Discurso] Uruguay.
- Revista Kavilando. (2011). *¿Qué es el IRRSA?*. <https://n9.cl/519bh>
- Rodríguez, M., & Green, R. (s/f). Las perspectivas del sistema agroalimentario. *Distribución Consumo*, 36-46.
- Rubio, B., & Peña, J. (2013). Una visión histórica del dominio agroalimentario de Estados Unidos. *Revista Interdisciplinaria de Estudios Agrarios N° 38*, 6 – 23.
- Ruiz Serna, D., & Del Cairo, C. (2016). Los debates del giro ontológico en torno al naturalismo moderno. *rev.estud.soc. No. 55*, 193-204.
- Seger, S. (2020). Campesinado, concepciones de Naturaleza y tensiones asociadas: narrativas desde la zona de Íntag, Ecuador. *Antípoda, Revista de antropología y arqueología*, 129-151.

-
- Serje, M., & Suaza, M. C. (2002). *Palabras para desarmar. Una mirada crítica al vocabulario del reconocimiento cultural*. ICAHN.
- Ulloa, A. (2001). De una naturaleza dual a la proliferación de sentido: La discusión antropológica en torno a la naturaleza, la ecología y el medio ambiente. En Varios, *Repensando la naturaleza* (p.s. 139-156).
- Ulloa, A. (2011). Concepciones de la naturaleza en la antropología actual. *Cultura y naturaleza*.
- Ulloa, A. (2020). Ecología política feminista latinoamericana. En A. d. Zuria, E. Fosada Centeno, & M. Velazquez Gutierrez, *Feminismos socioambientales: revitalizando el debate desde América Latina* (p.s. 75-105). Universidad Nacional Autónoma de México.
- Velázquez G, M., & Medina Ortiz, M. (2020). Cuidados. En A. De Luca Zuria, E. Fosada Centeno, & M. Velázquez Gutiérrez, *Feminismos socioambientales: revitalizando el debate desde América Latina* (p.s. 231-261). Universidad Nacional Autónoma de México.